RADICALITZEM *la vida*

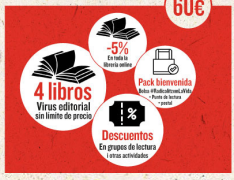
La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscríbete!

Satèl·lit
sense quota

Càpsida

Replicant



https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios

folletos

Éric Hazan

La dinámica de la revuelta

Sobre insurrecciones pasadas y otras por venir

VIRUS

LICENCIA CREATIVE COMMONS
AUTORÍA - NO DERIVADOS -
NO COMERCIAL 1.0

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar la autoría del texto y/o la traducción.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo podrán alterarse con el permiso expreso del autor o la autora.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia puede visitarse: creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© 2015 del texto, Éric Hazan

© 2019 de la presente edición, Virus Editorial

Título original: La dynamique de la révolte. Sur des insurrections passées et d'autres à venir, 2015

Diseño de colección: Pilar Sánchez Molina y Silvio García-Aguirre
Diseño de cubierta: Lidia Sardà y Miquel Costa Reimóndez

Traducción: Meritxell Martínez
Edición y maquetación: Virus Editorial
Corrección de estilo y ortotipográfica: Carlos Marín Hernández

Primera edición en castellano: octubre del 2019

ISBN: 978-84-92559-97-8
Depósito legal: B-22673-2019

VIRUS Editorial i Distribuïdora, SCCL
C/ Junta de Comerç, 18, baixos
08001 Barcelona
Tel. / Fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

Índice

9 Prólogo

21 Politización
43 Correlación de fuerzas
57 Parlamentarismo
73 Vanguardia
165 Oklahoma

185 Bibliografía

Se reprocha a los jóvenes el empleo de la violencia. ¿Pero no estamos en un estado perpetuo de violencia? Como hemos nacido y crecido en prisión, no nos damos cuenta ya del calabozo en el que nos encontramos, encadenados de manos y pies y con una mordaza en la boca. ¿A qué llamáis pues orden legal? ¿A una ley que convierte a la gran masa de ciudadanos en sumiso ganado destinado a satisfacer las necesidades artificiales de una insignificante y corrompida minoría? Y esa ley, respaldada por la brutalidad de un poder militar y la estúpida marrullería de sus agentes, esa ley es una brutal y perpetua violencia infligida al derecho y al sentido común, y yo la combatiré, con la palabra y con la acción, allí donde pueda.

Georg Büchner, 1833
(Carta a su familia)

Un agradecimiento fraternal a Valérie Kubiak y Julien Coupat por su lectura crítica y sus inestimables sugerencias; a Heitor de Macedo, Jérôme Baschet y Marcello Tarì por todas sus aclaraciones. Su apoyo me ha reconfortado y alentado a lo largo de todo el proyecto.

Prólogo

En la década de 1950, los taxis parisinos eran cuadrados y bicolores, negros por arriba y rojos por abajo, con un taxímetro exterior que se ponía a cero con una llave. Los taxistas eran casi siempre rusos blancos; príncipes, decíamos. Un día que estaba con mi madre en uno de esos suntuosos G7,[1] esta opinó en voz alta que si las cosas no cambiaban de rumbo habría una revolución. El taxista —con camisa gris, boina negra y un *Gitane* de maíz en los labios— respondió con un acento irreproducible por escrito: «En Francia, señora, nunca ha habido y nunca habrá revolución». El presente libro podría estar dedicado a ese antiguo soldado de los ejércitos de Denikin o Wrangel.[2]

---

1. Taxis G7 era una compañía de taxis parisinos creada en 1905, cuyo nombre provenía de la matrícula que siempre acababa con la letra G y el número 7. *(N. de la T.)*

2. Antón Denikin y Piotr Wrangel, dirigentes del Ejército de Voluntarios, fundado en 1917 por Mijaíl Alekséyev y

Si confiamos en la opinión general —o *conventional wisdom*, equivalente inglés más crítico—, ya no puede producirse ninguna revolución en los países desarrollados, es decir, desindustrializados. A quienes defienden lo contrario, no se les oponen argumentos sino un sentido común consternado: mirad alrededor vuestro, como bien veis no pasa nada, «la gente» ni siquiera piensa en eso, en la revolución. Se admite de buen grado que el mundo es insoportable y que todo va de mal en peor, se reconoce también que los remedios prescritos no son, en el mejor de los casos, más que cuidados paliativos, pero no se va mucho más allá. De ahí el pesimismo reinante, como una enfermedad incurable de esta época.

Que hayamos visto como se derrumbaban, a principios del siglo XX, imperios que parecían eternos —el imperio del Reino del Sol, el imperio del Zar y el del Káiser, los Imperios austríaco y otomano—, que en tiempos más recientes hayan sido abatidas las dictaduras de Grecia, Argentina, Túnez, Egipto, Burkina Faso y otros lugares, no es un argumento válido: la noción de continuidad histórica no está en boga.

Lavr Kornílov como respuesta a la Revolución de Octubre que había aupado a los bolcheviques al poder. No solo era hostil a los bolcheviques, sino también al resto de agrupaciones socialistas y a los partidarios del desaparecido Gobierno provisional ruso. *(N. de la T.)*

El historiador francés Jules Michelet escribió hace siglos: «Cada época sueña la siguiente», pero también es cierto que cada época se vive como si fuera excepcional respecto a las precedentes, y en la nuestra eso se produce de manera singular. Al considerar que las invenciones técnicas y las modificaciones del mapa industrial del mundo no tienen precedentes, se ha generalizado el convencimiento de que empieza una era totalmente nueva, a tal punto que, para entenderla, *el pasado no sirve para nada*. Esta ilusión es alimentada por un sinfín de discursos, artículos, libros y programas sobre «la mundialización», «la crisis», «la revolución digital», «las redes sociales», que presentan estos fenómenos como si estuvieran desconectados de la vida cotidiana, sin raíces históricas, y fueran tan *complejos* que nos es completamente imposible intervenir sobre la situación que han generado.

El propósito de este libro es oponerse claramente a esta posición negacionista. He rastreado la historia con la intención de señalar revoluciones pasadas y recientes, algo que puede ayudarnos a vencer el pesimismo reinante y a reflexionar sobre la acción en común. Sin embargo, cabe puntualizar que este texto, que no pretende conmemorar ni idealizar —y aún menos perpetuar— tradiciones, tampoco es «objetivo».

Servirse de la historia para hablar de la época actual no es un planteamiento que caiga por su propio peso. Cuando terminó la larga agonía del comunismo de cuartel, surgieron dos corrientes de pensamiento que compartían un mismo objetivo: cuestionar el papel de la historia y la relación pasado-presente. Por un lado, el desguace de los restos del marxismo ortodoxo generó toda una serie de *rechazos*: al determinismo histórico y la ciencia de la historia, a la idea de un fin irrevocable del capitalismo minado por sus contradicciones, al pensamiento dialéctico y, de forma más general, a una visión totalizante del mundo heredada de Hegel y de Marx. Bajo la influencia de Foucault, se desmigajaron sobre todo las nociones más pesadas del discurso filosófico-político (poder, represión, dominación) y la propia lucha de clases envejeció de repente. Todo esto tuvo un efecto salubre, pero también dio nacimiento a lo que se convino en llamar «filosofía posmoderna», retomando un término proveniente de la arquitectura. De origen francés (a partir de Lyotard, pero también de Foucault, que a mi parecer es el primer posmoderno), esta corriente se desarrolló, no obstante, en los círculos universitarios anglosajones, regresando como un efecto bumerán. Los *cultural*, *subaltern* y otros *studies* propagaron la idea de que solo cuentan las luchas de las minorías, de los estigmatizados, de los exiliados del interior. Las revoluciones pasadas, cuya historia ordinaria se basa en

categorías heredadas del marxismo («las masas», «las clases», etc.), se hallaron, de pronto, relegadas al olvido. Poco a poco, se fue adoptando ese relativismo generalizado que, junto con sus primos el nihilismo y el cinismo, condujo al pensamiento hacia la renuncia: la aceptación de un orden lamentable, pero bajo el que hay que vivir.

Por otro lado —y paralelamente a esa deriva posmoderna en la que también existieron cruces y puentes—, en los años ochenta se produjo un giro de ciento ochenta grados que repudiaba también la historia revolucionaria. En esa época de reacción triunfante, el binomio antagonista opresión-revuelta dio paso a otra oposición: totalitarismo-democracia, esta denominada también como derechos humanos. Manipulando estos comodines ideológicos en todos los sentidos, se ha logrado que de las revoluciones pasadas se recuerde a menudo (y sobre todo) la arbitrariedad, la sangre derramada, el sacrificio de las libertades individuales. La voluntad emancipadora, la búsqueda de la igualdad anuncian la llegada del Terror y, por ello, la historia revolucionaria ya no es más que un ejemplo a no seguir, una serie de recuerdos que hay que exorcizar.

El presente libro no pretende situar las revoluciones pasadas y las que están por venir en una misma flecha del tiempo orientada hacia un porvenir radiante. El enfoque tiene que ver, más bien, con aquello que se denomina, utilizando una palabra de

moda, «comparativismo».[3] Pues en la historia de las revoluciones pueden detectarse secuencias que se reproducen en diferentes épocas y países. Por ejemplo, cada vez que una insurrección victoriosa desemboca en un gobierno provisional, dicho gobierno procura controlar y luego combatir la revolución, a menudo de manera sangrienta. Fue el caso, entre otros, del Gobierno provisional de Alphonse de Lamartine en febrero de 1848, que masacró al proletariado parisino insurrecto durante las Jornadas de Junio; del Gobierno de «Defensa Nacional» autoproclamado el 4 de septiembre de 1870, que entronizó a Adolphe Thiers para que aplastara a la Comuna de París; del Gobierno provisional del socialdemócrata Friedrich Ebert, instalado dos días después de que venciera la insurrección de noviembre de 1918 en Alemania y que, bajo la máscara de un «Consejo de Comisarios del Pueblo», ahogó en un baño de sangre la insurrección espartaquista; del Gobierno provisional de Charles de Gaulle en 1944 que, con la ayuda del Partido Comunista, procuró apagar la llama insurreccional de la Liberación, desarmando al maquis y resucitando la unión sagrada. Es cierto que

3. El comparativismo, en disciplinas como la antropología o filología, trata de establecer paralelismos y semejanzas entre fenómenos y formas de construcción social en contextos históricos, culturales, sociales o lingüísticos diferentes e incluso remotos. *(N. de la E.)*

ha habido —rara vez— algún gobierno provisional que ha fracasado en su lucha contra el movimiento revolucionario: fue el caso, en 1917, del poder dirigido por Aleksandr Fiódorovich Kérenski, aunque no fuera por no haberlo intentado reiteradamente. En el siglo XX, los ejemplos tunecino y egipcio muestran que la secuencia gobierno provisional-contrarrevolución sigue estando al orden del día. No es sorprendente: quienes se autoproclaman como gobierno provisional no son los insurrectos de rostro ennegrecido por la pólvora sino los notables, es decir, casi siempre opositores *legales* al régimen abatido por la insurrección. Para estos, la revolución consiste en echar a quienes tienen el poder y acomodarse en su lugar. La confrontación con el movimiento popular, que ve las cosas de otro modo, es inevitable.

Otro ejemplo de recurrencia histórica: cuando el pueblo insurrecto derroca el poder, destruye el aparato estatal y la administración vigente, el caos, esgrimido siempre como una amenaza apocalíptica, no se produce. Todos los relatos coinciden: durante esos días excepcionales se instala una alegría colectiva, el sentimiento de una fraternidad recobrada y *la invención de nuevas formas de vida*. Desde Prosper-Olivier Lissagaray hasta el Che Guevara, desde John Reed hasta George Orwell, incontables actores y testimonios encuentran las mismas palabras para esos momentos de felicidad en los que la gente se habla, se abraza, se organiza,

en los que el pueblo muestra una capacidad creativa que nadie había imaginado. Cuando el caos se instala es, más bien, después de las intervenciones armadas que pretenden «instaurar la democracia»: en Afganistán, en Irak, en Libia, solo por citar algunos casos recientes.

Evaluar la posibilidad o la probabilidad de un acontecimiento viene a ser lo mismo que sopesar las probabilidades de que *comience*. Es casi tautológico, pero no del todo: una revolución no forma un conjunto homogéneo y coherente, y su momento inicial tiene unas particularidades que justifican que se le conceda autonomía. Aquí reside, justamente, la clave del presente libro: el tiempo del detonante revolucionario, «el instante decisivo», como decía Henri Cartier-Bresson cuando hablaba del dedo sobre el disparador de la cámara fotográfica. A este momento se le llama a menudo —pero no siempre— insurrección; no se utiliza esta palabra ni para el 14 de julio de 1789 ni para el 18 de marzo de 1871, por ejemplo, a pesar de ser típicas jornadas insurreccionales.

Las revoluciones pueden comenzar de muchas maneras. La primera imagen que aparece es la de una multitud asaltando la sede del poder (las Tullerías de París, en agosto de 1792 y en julio de 1830; el Palacio de Invierno de Petrogrado, en octubre de 1917) o un edificio estratégico (el hotel Colón de Barcelona, en julio de 1936; el cuartel Moncada de Santiago de Cuba, en julio de 1953). Es muy probable que no volvamos a ver esta forma de revolución, al menos en Occidente, puesto que ya casi no existen lugares simbólicos cuya ocupación sería determinante. Los palacios y los ministerios no son más que cáscaras vacías; ya en 1968, los manifestantes parisinos pasaban por delante del Palacio Borbón sin prestarle la más mínima atención. La obsesión del general de Gaulle, que se veía asediado por los comunistas en el Elíseo, remite a lo que era: un hombre de otra época.

Hay casos en los que la insurrección nace y permanece concentrada en una gran ciudad o provincia. En 1871, París, rodeada por los prusianos y las tropas de Versalles, no logró establecer vínculos con las efímeras comunas que habían nacido en Lyon, Saint-Étienne, Creusot, Marsella, Toulouse o Narbona. En febrero de 1967, la Comuna de Shanghái había empezado a dispersarse por toda China, pero el poder maoísta organizó su aislamiento e incluso la obligó a cambiar de nombre.[4] En el 2006, la rebelión de la Comuna de Oaxaca quedó más o menos limitada a la ciudad del sur mexicano donde había

4. Hongsheng Jiang: *La Commune de Shanghai*, La Fabrique, París, 2014.

nacido, a pesar de su gran repercusión en todo el país. Una insurrección victoriosa que no consigue vencer el aislamiento está perdida (entiéndase, en el mismo orden de ideas, el destino del «socialismo en un solo país»).

Pero, al principio, la revolución puede tomar otras formas, como la de una ola que parte de un lugar periférico e inesperado y se propaga en círculos concéntricos hasta inundar todo el territorio. Así fue la ola que barrió Alemania en noviembre de 1918: impulsada por el motín de la flota de guerra de Kiel, se extendió primero hasta otros puertos del mar del Norte, luego Hamburgo, Halle, Leipzig, Múnich y, por último, Berlín. También se desplegó una ola similar durante la Revolución Tunecina del 2011: partió de Sidi Bouzid tras la inmolación de Mohamed Bouazizi, llegó hasta el centro del país —en particular hasta Meknassy y Redeyef, ciudad minera en constante agitación desde la gran huelga del 2008—, luego hasta Gafsa y las ciudades de la costa (Gabes y Susa), y alcanzó finalmente Túnez. En Francia, por ejemplo, la insurrección tomará esta forma. Partirá de no se sabe dónde, de un movimiento contra una central nuclear, de un corte de carreteras, de una línea ferroviaria de alta velocidad, de una universidad en huelga, de una planta de tratamiento de residuos, de alguno de estos puntos de exasperación donde se incuba el incendio de nuestros barrios marginales y nuestras apacibles campiñas.

Los episodios insurreccionales expuestos en este libro son célebres, pero se abordan desde un ángulo sesgado que proporciona una visión muy alejada de los relatos habituales. He hecho hincapié, sin orden cronológico e incluso con cierto desorden, en aquello que me parece útil para el debate sobre la insurrección en la actualidad. Es verdad que muchos de estos episodios son fracasos, a menudo sangrientos, pero, como escribía Rosa Luxemburg en el último número de *Die Rote Fahne*[5] justo antes de su asesinato:

> *Acampamos sobre esas derrotas y no podemos renunciar a ninguna de ellas, pues de cada una de ellas obtenemos una parte de nuestra fuerza y de nuestra lucidez.*

5. *Die Rote Fahne* (La Bandera Roja) era el órgano de expresión de la Liga Espartaquista. *(N. de la E.)*

Politización

El 30 de abril de 1968, *Le Monde* publicaba un artículo de Pierre Viansson-Ponté titulado «Quand la France s'ennuie» (Cuando Francia se aburre). Describía en él a una juventud apática que no participa «ni de cerca ni de lejos en las grandes convulsiones que agitan el mundo», a estudiantes que «se preocupan por saber si las chicas de Nanterre y Antony podrán acceder libremente a los dormitorios de los chicos, una concepción de los derechos humanos, no obstante, limitada». Concluía de modo irónico: «Puede que esto sea, para un pueblo, lo que se ha dado en llamar la felicidad. ¿Hay que echar de menos las guerras, las crisis, las huelgas? Solo quienes sueñan con heridas y golpes, perturbaciones y desórdenes, se quejan de la paz, de la estabilidad, de la tranquilidad social». Doce días más tarde, el Barrio Latino de París se llenaba de barricadas, cientos de miles de estudiantes y de obreros tomaban las calles, el país quedaba paralizado por la huelga más multitudinaria de todos los tiempos

y el general de Gaulle se iba a Alemania para tener garantizada la fidelidad del Ejército. Se ponía fin al aburrimiento con alegría. Y nadie lo había visto venir (¿nadie realmente? No: un año antes, en *La Chinoise*, Jean-Luc Godard había ofrecido una muestra de lo que iba a ser la juventud de mayo, en los roles principales de Anne Wiazemsky, Juliet Berto y Jean-Pierre Léaud. Esta película premonitoria fue recibida como un delirio más de Godard).

Si sustituimos «dormitorios de Nanterre y Antony» por «marcas de tejanos y zapatillas» o «el último modelo de *smartphone*», podríamos volver a publicar el artículo de Pierre Viansson-Ponté tal cual. Es muy corriente denunciar el materialismo de la juventud, su poco interés por «las grandes convulsiones que agitan el mundo», en definitiva, su *despolitización*. Cuando esa misma juventud empieza a quemar coches, atacar comisarías o destrozar escaparates de bancos, no es un acto político: son unos violentos, unos encapuchados, unos yihadistas en potencia que, en materia de discusión, solo merecen la *comparution immédiate*.[1]

[1] La *comparution immédiate* («comparecencia inmediata») es un procedimiento por el cual determinados delitos son juzgados inmediatamente después de la detención del acusado (alrededor de las cuarenta y ocho horas posteriores al arresto), mediante un juicio rápido que reduce drásticamente las garantías procesales y el tiempo de preparación de la defensa. Según el propio Estado francés, «se utiliza para juzgar hechos simples y claros» que supuestamente «no requieren una investigación exhaustiva» (bit.ly/2ZkPzxV, última consulta: septiembre del 2019). En los últimos años se ha utilizado como ariete del populismo punitivo, incluyendo este procedimiento para los «menores delincuentes», o para la represión de movilizaciones políticas como las de los chalecos amarillos. Hemos optado por mantener el término en el idioma original por ser una figura específica del ordenamiento jurídico francés. *(N. de la E.)*

En fin, el país está despolitizado y se concluye, por lo tanto, que no habrá insurrección. Una manera fácil de sentirse tranquilo, pues ¿estamos seguros de que existe un vínculo entre *politización* —en el sentido usual de la palabra— y revuelta? ¿Acaso estallaron todas las insurrecciones del pasado en la ebullición de las ideas revolucionarias? ¿Se encontraban unidos por una doctrina común los pueblos sublevados? ¿Se encontraban a salvo de ese materialismo que deploran los maníacos del presente subjuntivo? Pues no. Prueba de ello es cómo *se desencadenaron* las dos revoluciones más importantes de la historia de Occidente: la Revolución francesa y la Revolución rusa de 1917. (*Occidente* es un término cómodo pero impreciso: es una superficie agujereada. Algunos países geográficamente occidentales —Bolivia con Evo Morales, Ecuador

con Rafael Correa— se salieron de la nebulosa occidental. Otros solo son occidentales en parte: el norte de Italia lo es sin duda, pero no Nápoles ni Sicilia; México lo es en buena medida, pero no Chiapas.)

Sobre los orígenes culturales o intelectuales de la Revolución francesa, cabe señalar dos obras eruditas que muestran cómo los filósofos y Rousseau habían destruido los fundamentos de la monarquía del derecho divino y establecido un clima político nuevo.[2] Quienes desempeñaban los papeles principales a lo largo de la Revolución se sabían casi de memoria *Julia, o la nueva Eloísa* y *Del espíritu de las leyes*. Pero —y es un *pero* que cuenta— la Revolución *no fue impulsada por ellos*. La tradición pretende que el primer llamamiento a las armas, el domingo 12 de julio de 1789, fue lanzado por

2. Daniel Mornet: *Les Origines intellectuelles de la Révolution française, T*allandier, París, 2010 [1933] [en castellano: *Los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa. 1715-1787*, trad. Carlos A. Fayard, Paidós, Buenos Aires, 1962]; y Roger Chartier: *Les Origines culturelles de la Révolution française,* Seuil, París, 2000 [1990] [en castellano: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, trad. Beatriz Lonné, Gedisa, Barcelona, 2003].

Camille Desmoulins, un abogado, condiscípulo de Robespierre, en el instituto Louis-le-Grand. Puede que sea así, pero quienes se arman y se dirigen masivamente a la Bastilla no son lectores de Montesquieu. La comisión reunida en marzo de 1790 para realizar la lista oficial de los «vencedores de la Bastilla» muestra que la mayoría viven en el suburbio de Saint-Antoine y son obreros: 51 carpinteros, 45 ebanistas, 28 zapateros, 28 ganapanes, 27 escultores, 23 obreros del textil de las gasas, 14 comerciantes de vino, 11 cinceladores, 9 joyeros y otros tantos sombrereros, marmolistas, vendedores de clavos, fabricantes de ajedrez, tintoreros, sastres.[3] Irán adquiriendo conciencia política a medida que avanzan los acontecimientos, como lo explica uno de ellos, un obrero orfebre llamado Jean Rossignol:

> *El 12 de julio de 1789, no sabía nada de la Revolución y no tenía ni idea de todo lo que podíamos intentar.*[4]

3. Albert Mathiez: *Les Grandes journées de la Constituante*, Éditions de la Passion, París, 1989, p. 32.

4. Victor Barrucand: *La Vie véritable du citoyen Jean Rossignol. Vainqueur de la Bastille et Général en Chef des Armées de la République dans la guerre de Vendée (1759-1802)*, Libraire Plon, París, 1896, p. 7. Disponible en: bit.ly/2Ubdyu4 (última consulta: septiembre del 2019).

Sucede un domingo, está bailando en una taberna cuando se da cuenta de que están quemando las barreras. Al día siguiente, ve a la muchedumbre amparándose de los fusiles en las tiendas de armas. Le interesa el espectáculo.

> *Fui al Palais Royal. Allí vi a unos oradores subidos a unas maderas que arengaban a los ciudadanos y que decían verdades que yo empezaba a apreciar. Todas sus mociones tenían como fin destruir el régimen de la tiranía y llamaban a las armas para expulsar a las tropas que estaban en el Campo de Marte.*[5]

Vuelve a su barrio, el suburbio de Saint-Antoine, donde se elige, en una iglesia, a los oficiales de la milicia que recibirán entrenamiento.

> *Nos juntamos gente que nos conocíamos y en un instante ya éramos más de sesenta, todos bien determinados. […] Entramos en la iglesia; donde vimos a todos aquellos grandes aristócratas alborotados; digo aristócratas porque los que hablaban en aquella asamblea eran casi todos caballeros de Saint-Louis, marqueses, barones, etc. Se estaba nombrando a los comandantes, a los subcomandantes y se reservaban todos los cargos a los caballeros de Saint-Louis. Al final, hice una intervención contra aquellas nominaciones porque no se incluía a ningún ciudadano. Me indignaba tanto ver cómo se unía aquella camarilla infernal para mandar a los ciudadanos que pedí la palabra. […] Dije que debíamos juntarnos por barrios y que, como cada uno de ellos estaba armado, cada uno debía tener derecho a nombrar su propio jefe.*[6]

Jean Rossignol, que «no sabía nada de la Revolución» a principios de julio de 1789, será una de las grandes figuras del Club des Cordeliers,[7] dirigirá

5. *Ibid.*, p. 65.

6. *Ibid.*, p. 71.

7. El Club de los Cordeleros fue una sociedad política republicana, fundada en abril de 1790 por Georges-Jacques Danton, uno de los inspiradores de las jornadas revolucionarias de 1792. Estaba instalada en el antiguo refectorio del convento de los franciscanos, monjes denominados *cordeliers* («cordeleros») porque usaban una *corde* («cuerda») en lugar de un cinturón. Exigían la eliminación de la monarquía, la instauración de una república y el sufragio universal. Representaban al pueblo más humilde, esto es, los *sans-culottes*. *(N. de la T.)*

a las tropas republicanas del Oeste y, más tarde, se unirá a la Conjuration des Égaux de Gracchus Babeuf.[8]

Los campesinos que encabezaron la revuelta en el campo durante el verano de 1789, las mujeres que tomaron la carretera de Versalles y trajeron al rey a París en octubre de ese mismo año, esas grandes multitudes anónimas no conocían ni a Condorcet ni a Mably, se pusieron a caminar bajo el empuje de la cólera, del miedo y del hambre. Su educación política *se constituirá más tarde*, en el transcurso de los acontecimientos revolucionarios, leyendo los artículos de Jean-Paul Marat en el periódico *L'Ami du peuple* o frecuentando las sociedades fraternales como la de Claude Dansart, el dueño de una pensión que, por las noches, en una pequeña sala bajo el convento de los jacobinos, reunía a los artesanos y a los vendedores de frutas y verduras del barrio, con sus mujeres y sus hijos para leerles, a la lumbre de una vela que llevaba en el bolsillo, los

8. La Conspiración de los Iguales fue un movimiento revolucionario que tuvo lugar en 1796 durante la Revolución francesa, encabezado por François Babeuf, cuya ideología suele considerarse el antecedente o el germen del comunismo. Defendía la democracia radical y la abolición de la propiedad privada, ya que veía en ella la verdadera fuente de toda la injusticia y de toda desigualdad social. *(N. de la T.)*

decretos de la Asamblea Nacional Constituyente, que luego les explicaba.

El desarrollo de la Revolución de 1917 que tuvo lugar en Rusia también suele contextualizarse en un clima de intensa politización. Pero ¿cómo *se desencadenó*? Empieza con las jornadas del 23 al 27 de febrero (Octubre es otra historia, de la que Eisenstein, John Reed y muchos otros han creado una imagen tan potente que suele borrar el conjunto de ese año memorable, dejando en la sombra el momento revolucionario inicial). Hacia mediados de mes, cuando la guerra se encamina ya hacia el desastre, empieza a faltar la harina en San Petersburgo y la municipalidad decide instaurar cartillas de racionamiento. Nada más recibir la noticia, las mujeres forman colas delante de las panaderías pese al gélido frío; se producen incidentes, se derriban algunas puertas, aumenta la tensión (las mujeres y el pan, al igual que sucedió en los meses de septiembre y octubre en París). El 23 de febrero es el Día de la Mujer.[9] En los círculos de extrema izquierda se prevé celebrarlo con reuniones, discursos y reparto de octavillas.

9. 8 de marzo en el calendario occidental. *(N. de la T.)*

Ni una sola organización abogaba por la huelga ese día. Es más, una de las organizaciones bolcheviques más combativas, el comité del barrio obrero de Vyborg, desaconsejaba toda huelga.[10]

En ese momento, el partido bolchevique se encuentra en las últimas. Ha sido decapitado al principio de la guerra, cuando sus diputados y su comité central fueron arrestados, condenados y deportados. En febrero de 1917, Lenin y Zinóviev se hallan en Suiza; Kámenev Sverdlov, Rýkov y Stalin en Siberia; Trotsky en Nueva York. El «buró ruso» del partido se compone de tres miembros: Shliápnikov (un viejo militante y antiguo obrero metalúrgico), Zaloutski, metalúrgico también, y Skryabin, antiguo estudiante, conocido sobre todo bajo el pseudónimo de *Mólotov*. El movimiento obrero ha quedado desmenuzado en grupos autónomos clandestinos, los pocos periódicos que se vuelven a publicar ilegalmente tienen una audiencia muy limitada.

La mañana del 23 de febrero, desobedeciendo todas las directivas, las obreras textiles salen a la calle.

10. Leon Trotsky: *Histoire de la Révolution russe*, tomo 1: *La révolution de Février*, Seuil, París, 1995 [1930-1932], p. 143 [en castellano: *Historia de la Revolución rusa*, trad. Andreu Nin y Emilio Ayllón, Capitán Swing, Madrid, 2017].

Miles de obreras de la fábrica siderúrgica Putilov, despedidas de los talleres debido a un cierre patronal, se suman a ellas. Los barrios populares se unen también a la huelga, aparecen banderas rojas, se producen enfrentamientos con la policía. Al día siguiente, la muchedumbre, dispersa por todos los barrios de la ciudad, es perseguida por la policía, pero las mujeres y los obreros entablan contactos con los cosacos y el ejército:

Alrededor de las casernas, cerca de los centinelas, de las patrullas y de los puntos de bloqueo, se reunían trabajadores y trabajadoras que charlaban amistosamente con la tropa.[11]

El día 25 la huelga se extiende, los estudiantes se unen al movimiento, los tranvías dejan de funcionar, la mayoría de las tiendas cierran. Delante de la catedral de Kazán, la policía montada abre fuego contra la multitud, pero las tropas de la guarnición vacilan y, en algunas ocasiones, se niegan a disparar. Esa misma noche, el buró bolchevique decide publicar una octavilla llamando a la huelga general en toda Rusia, justo cuando la ciudad emprende la insurrección armada.

11. *Ibid.*, p. 146.

La dirección observa desde las alturas, vacila, posterga, es decir, no dirige. Va a remolque del movimiento.[12]

Los días 26 y 27 los obreros afluyen desde los barrios populares hacia el centro de la ciudad. Los puentes sobre el río Nevá están bloqueados por las tropas, pero la muchedumbre pasa caminando sobre el hielo. Se libra una batalla que deja decenas de muertos, pero el rumbo de los acontecimientos cambia cuando los soldados del regimiento de Volhynia, los de Lituania, los del regimiento Preobrazhenski e incluso los guardias hacen causa común con los obreros. El último puñado de tropas fieles al régimen se refugia en el Almirantazgo, convertido en campamento atrincherado, pero al final del día se dispersan; la insurrección triunfa, el zar prepara sus maletas.

Por último, citaré a un historiador bolchevique:

La Revolución de Febrero de 1917, la llamada «insurrección anónima», ha sido un levantamiento espontáneo de las masas, que sorprendió a todos los socialistas, incluso a los bolcheviques, cuyo papel como organización fue nulo durante su desencadenamiento*, a pesar de que sus militantes desempeñaran una labor individual importante, en las fábricas y en las calles, como agitadores y organizadores.*[13]

Tal y como ocurrió en el verano de 1789 en Francia, lo que puso en marcha a la multitud fue la cólera y el hambre, sin más jefes ni ideas políticas que el sentimiento de que «¡esto no puede durar más!».

Sin embargo, hay insurrecciones, revoluciones que se iniciaron en una atmósfera de agitación política. Es el caso, en particular, de la Comuna de París y de la Revolución española de 1936. Tanto una como otra estuvieron precedidas de un prolongado y turbulento período, en el que las huelgas, las manifestaciones, los golpes de mano y los duros ataques forjaron vínculos, nuevas amistades, en el que una serie de acciones realizadas en común transformó las subjetividades y el paisaje. Podría decirse que esas revoluciones comenzaron antes de la fecha oficial establecida por los libros de historia.

Así, la insurrección de la Comuna del 18 de marzo de 1871 tiene sus raíces en el prolongado asedio

12. *Ibid.*, p. 154.

13. Pierre Broué: *Le Parti Bolchevique*, Éditions de Minuit, París, 1963, p. 80; el énfasis es mío. [En castellano: *El Partido Bolchevique*, trad. Ramón García, Ayuso, Madrid, 1974.]

que padeció París durante el invierno de 1870-1871. Los republicanos «jacobinos», los internacionales, los blanquistas —cuyo jefe, Louis Auguste Blanqui, acababa de ser encarcelado por haber participado en la jornada insurreccional del 31 de octubre de 1870—, la pequeña burguesía sublevada ante la traición del Gobierno de «Defensa Nacional», la bohemia estudiantil y artística, todos esos individuos y esos grupos —que solían estar enfrentados durante los últimos años del Imperio— condujeron conjuntamente la jornada del 18 de marzo, con mucho éxito y sin derramar prácticamente ni una sola gota de sangre. Y fue así porque, durante el asedio, habían formado parte de los mismos batallones, habían disparado juntos, se habían hablado, habían constituido el Comité Central de la Guardia Nacional, del que formaban parte tanto Varli (obrero encuadernador y miembro de la Internacional) como Flourens (antiguo profesor del Collège de France). Una vez más, la verdadera política nace de la acción común y no al revés.

Aunque los acontecimientos que preceden la Revolución de 1936 en España son muy diferentes, la conciencia política del pueblo también se forma durante el turbulento período posterior a la proclamación de la Segunda República en 1931. Contra las viejas fuerzas dirigentes —el Ejército, la Iglesia, los grandes terratenientes—, los obreros y los campesinos pobres emprenden

una serie ininterrumpida de huelgas, ataques a mano armada contra edificios públicos, ocupación de tierras, sabotajes, sublevaciones insurreccionales. Estos movimientos son reprimidos, pero los encarcelamientos y los fusilamientos solo consiguen alimentar el ardor popular. A lo largo de esta cuasi guerra civil, los anarquistas se organizan, una parte de los socialistas pasan del reformismo a la lucha armada, los comunistas ortodoxos salen del estadio grupuscular y los disidentes «trotskistas» se convierten en un grupo que dará que hablar. Es verdad que esos movimientos, esos sindicatos, esos partidos compiten entre sí y, en algunas ocasiones, incluso libran una lucha abierta entre ellos, pero ese aparente desorden no impide su reacción conjunta frente al golpe de Estado fascista.

Aun así, a veces la ebullición política y la insurrección no van de la mano, a veces una situación que se presenta como prerrevolucionaria acaba desmoronándose y conduce al desánimo y la represión. ¿Cómo explicar que el excepcional movimiento de la autonomía italiana de los años setenta no llegase a ser una revolución? Si bien no consiguió provocar una gran ola insurreccional que barriera todo a su paso, logró crear nuevas formas de vida

...que reúnen a Marx y la antipsiquiatría, la Comuna de París y la contracultura americana, el dadaísmo y el insurreccionalismo,

el obrerismo y el feminismo, enfrentan a Lenin con Frank Zappa, mientras pasan como una apisonadora sobre los escombros de la Tercera Internacional que estaban incrustados en los grupos y en la ideología de izquierda. [...] [Era] la afirmación de un modo de vida comunista, [que] no se parecía en nada al «comunismo democrático» y penitencial predicado por la izquierda, ni siquiera a aquel, feroz y resistente, de sus padres o de sus abuelos.[14]

Pero el movimiento se topó con un partido comunista —que disponía de los sindicatos oficiales y la magistratura— muy decidido a acabar con él. En esas condiciones, era muy difícil afrontar una guerra contra el aparato de Estado a la vez que se iban ampliando las formas de vida inventadas por el movimiento día tras día: en el ejercicio de la acción, la contracultura primaba sobre la dimensión material. La derrota de 1979-1980 se explica, ante

14. Marcello Tarì: *Autonomie! Italie, les années 1970*, trad. francesa Étienne Dobenesque, La Fabrique, París, 2011. Gracias a Marcello por las aclaraciones aportadas sobre todas estas cuestiones. [En castellano: *Un comunismo más fuerte que la métropoli. La Autonomía italiana en la década de 1970*, trad. Roberto Giovanetti, Asier Merino *et al.*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2016.]

todo, por la incapacidad de mantener unidos esos dos niveles. Y en las situaciones revolucionarias frustradas recientemente —como ocurrió en Grecia en diciembre del 2008—, lo que falló no fue la politización, sino la concepción común de una estrategia y de lo que hubiera podido ser la victoria.

Una vez expuestas todas estas variaciones, regresemos a la cuestión inicial: no es la difusión de las ideas lo que crea el clima insurreccional, sino la intensificación de una cólera que, de repente, vence las distracciones habituales, las campañas electorales, las catástrofes climáticas o las malversaciones de fondos públicos. Entonces, ¿está encolerizada la Francia actual? Recuerdo que un día de mayo de 1968, en un pasillo del hospital Laennec, uno de mis maestros, cirujano de espíritu refinado, me dijo:

Amigo mío, en un país donde las dos principales preocupaciones son la lucha contra la obesidad y la búsqueda de un sitio donde aparcar el coche, no entiendo qué les pasa a todos.

Medio siglo más tarde, periodistas, sociólogos, políticos y filósofos de feria «crean opinión», pero en cuanto a la cólera, no saben muy bien lo que es,

no se relacionan con ella salvo en esos trabajos de campo que, en la práctica, tienen un carácter etnológico. Casi todos ellos viven en la ciudad de París, un pésimo observatorio donde la atomización va en aumento y los lugares de encuentro son cada vez más escasos y dispersos.

Pero incluso en París han llegado a cristalizar a veces acontecimientos inesperados. Así lo explica Roger Vailland:

> *En 1932 trabajaba como periodista en un gran diario; recuerdo perfectamente algunas reuniones de la redacción, nos decían: «Hitler, Mussolini, la crisis americana, los asuntos soviéticos, nuestro público ya no puede más; lo que le interesa es la vida cotidiana». […] Y era verdad, los comerciales del periódico lo confirmaban: ese año, los franceses ya no querían oír hablar de Hitler ni de Mussolini; empezaban a comprarse tándems para dar paseos dominicales. […] Cuatro años más tarde, las* demoiselles de magasin[15] *de Galeries Lafayette ocupaban estos grandes almacenes y los empleados de los ministerios desfilaban con el puño en alto reclamando «cañones, aviones para España». Las* demoiselles de magasin *también vitoreaban: «El fascismo no pasará».*
>
> *Creo que hoy, hasta quienes tienen edad para recordarlo han olvidado qué era, antes de 1936, una* demoiselle de magasin. *[…] No se había «organizado» nunca, era* demoiselle*, era temporal; no ganaba suficiente para vivir, pero era mejor que estar en el paro; no se le había enseñado nunca nada, nada más que el respeto, no el respeto de sí misma, sino hacia los demás: respeto al cliente y respeto al jefe de sección. No se encontraba «despolitizada», se encontraba situada antes de toda política. El respeto (impuesto, sufrido) es lo contrario de la política.*
>
> *Ahora bien, en junio de 1936, las vendedoras de los grandes almacenes echaron a la calle a los clientes y a los jefes de sección, ocuparon los mostradores, se organizaron*

15. Literalmente, «señoritas de almacén». Este tipo de dependienta vio la luz a mediados del siglo XIX, cuando empezaron a aparecer los grandes almacenes en París. El oficio era completamente femenino y estaba reservado a las jóvenes de menos de veinte años. Las jornadas de trabajo eran largas y las vacaciones inexistentes, a diferencia de las de los jefes, los encargados o los inspectores. Los grandes almacenes se multiplicaron rápidamente en la capital francesa (Bon Marché, Samaritaine, Louvre, Galeries Lafayette…), a principios de siglo XX ya empleaban a más de seis mil vendedoras al año. *(N. de la T.)*

«en su lugar de trabajo», como se decía entonces, como en un campamento atrincherado. Del mismo modo que lo estaban haciendo, en ese mismo momento, los metalurgistas, los mineros, etc. Pero lo extraordinario fue que, sobre la marcha, las demoiselles de magasin *también emprendieran y organizaran la huelga. Ahí estaban cantando* La Carmagnole *y* La Internacional*, alzando el puño, fundando sindicatos, sindicatos políticos que no solo exigían vacaciones remuneradas, sino derecho a expresarse sobre los asuntos del país.*[16]

Quienes admiten que hay una cólera de fondo, una cólera política y popular, consideran que esta está mal enfocada, es decir, que está canalizada hacia el racismo, el antisemitismo, hacia el ansia de un poder fuerte que limpiará el terreno de toda la escoria. Como prueba de ello, se suele invocar el gran éxito de los vídeos racistas del ensayista Alain Soral[17] y del humorista Dieudonné.[18] La burguesía cultural reprocha a los obreros que hayan empezado a votar al Front National y no al Parti Comuniste; considera que el pueblo es, sin duda alguna, reaccionario. Respecto al fulgurante auge del fascismo en Francia, lo que sucede en realidad es que la gente ya no soporta los marcos políticos e ideológicos impuestos, pierden los estribos y caen en toda clase de trampas, a falta de movimientos revolucionarios que puedan entender y a los que se puedan unir. Y, sin embargo, esa burguesía cultural es justamente la que alimenta esta carencia, la que trabaja duro e instintivamente en la desmoralización política general, unas veces usando la calumnia, otras veces burlándose, a menudo callándose. En cuanto la situación se salga de sus casillas, en cuanto «el movimiento real que abole las condiciones existentes» haga su aparición en las calles, veremos como se desintegran los fenómenos fascistizantes. Si dejamos de lado a los neonazis, a los irrecuperables de cabeza rapada, ¿de verdad creemos que los proletarios que votan a la extrema derecha,

16. Roger Vailland: *Éloge de la politique*, Le Temps des Cerises, París, 2012, pp. 24-28.

17. Alain Soral (1958). Intelectual de extrema derecha, excomunista, colaborador del Front National durante la década de los 2000, es uno de los referentes contemporáneos de las posiciones antisemitas y negacionistas del Holocausto en Francia. *(N. de la E.)*

18. Dieudonné M'bala M'bala (1966). Humorista francés, identificado al principio de su carrera con posiciones políticas antirracistas y de izquierdas, ha protagonizado en los últimos años agrias polémicas por chistes y gags antisemitas, por los que ha sido encausado en varios procesos judiciales. En el 2009 se presentó con Alain Soral a las elecciones bajo el nombre Lista Antisionista, apareciendo en los carteles junto a él. *(N. de la E.)*

por odio a un sistema que los ignora, se quedarán quietos delante del televisor? ¿No se unirán a sus hermanos y hermanas de clase? Confiemos en ellos.

Correlación de fuerzas

La pregunta es célebre: «¿Cuántas divisiones tiene el papa?». Stalin no podía imaginarse que un día los escombros de aquello que había puesto en funcionamiento tan metódicamente serían barridos por un papa —polaco además—, ni tampoco que las fuerzas ya no serían evaluadas en función del número de tanques T-34. La noción de «correlación de fuerzas» aporta como único argumento su «objetividad», ya que las dos palabras del sintagma forman parte del vocabulario científico. Se suele oír: la insurrección es imposible y más vale que sea así porque, si estallara, *vista la correlación de fuerzas*, aquella sería inevitablemente aplastada. ¿Qué podrían hacer los cócteles molotov (¿cómo es posible que el arma principal de la guerrilla urbana se bautizara con el nombre de uno de los más grises burócratas soviéticos?), los adoquines y las pistolas de aire comprimido contra las maravillas de la

tecnología antidisturbios expuestas en la Feria Milipol?[1]

Una correlación de fuerzas no es más que una instantánea que evoluciona bajo el efecto de la dinámica insurreccional, a veces a gran velocidad. Ya hemos comprobado —tan solo hay que pensar en el 14 de julio de 1789— cómo se invertía el transcurso de los acontecimientos en un mismo día. Poner a un lado de la balanza a los policías con todo su arsenal y al otro a seres humanos en rebelión, se corresponde con una visión contable del mundo. Utilizar la noción de correlación de fuerzas para juzgar si es factible una insurrección o si es posible que triunfe, es utilizar un solo fotograma para explicar toda la película. Curiosamente, los marxistas —pero no Marx, salvo error— recurren a menudo a esta manera de pensar que es, como mínimo, antidialéctica.

Es inherente a toda insurrección encontrarse en situación de inferioridad en el momento en que se desencadena: menos numerosa, menos armada, menos organizada que el campo contrario. ¿Qué posibilidades tenía aquel grupo de insurrectos —el Che Guevara, los hermanos Castro, Camilo Cienfuegos y algunos otros— que partió a la guerra en la Sierra Maestra con «veintitrés armas en buen

1. Feria internacional sobre defensa y seguridad interna, que cuenta con tres eventos anuales: París, Qatar y Milipol Asia-Pacific en Singapur. *(N. de la T.)*

estado: nueve fusiles con mira telescópica, cinco semiautomáticos, cuatro rifles de cerrojo, dos metralletas Thompson, dos pistolas ametralladoras y un fusil de calibre 16»?[2]

Y diez años más tarde en Shanghái, ¿no les hacía falta optimismo e inconsciencia a aquellas pocas decenas de agitadores, obreros y guardias rojos que se atrevieron a enfrentarse con un partido comunista y un ayuntamiento cimentado por la ortodoxia, y que consiguieron, aun así, tomar el poder de la ciudad y proclamar la comuna?

Los insurrectos, quienes se alzan y se ponen en pie, al principio pueden ser grupos poco numerosos, como los que se constituyeron entorno a Auguste Blanqui, a Emiliano Zapata o a Georges Guingouin quien, completamente solo en el maquis en 1941, entró en Limoges encabezando un ejército. También pueden congregar desde el principio a una muchedumbre, como la que arropó el ataúd del general Lamarque los días 5 y 6 de junio de 1832, las jornadas que vieron morir a Gavroche y a Enjolras en la iglesia de Saint-Merri.[3] Pero, sea cual sea la

2. Ernesto Guevara, *Souvenirs de la guerre révolutionnaire cubaine,* Mille et une Nuits, París, 2007 [1963], pp. 27-28 [en castellano: *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Txalaparta, Tafalla, 2001].

3. Gavroche y Enjolras son dos personajes de ficción del libro *Los miserables*, escrito por Victor Hugo en 1862. Ambos se

cantidad, lo que impulsa a insurreccionarse no es la evaluación de un informe ni un cálculo de probabilidades, sino una necesidad interior experimentada colectivamente, la certeza compartida de que «ahora, ha llegado el momento».

Ha ocurrido, con frecuencia, que una insurrección ya desencadenada fracase y que hasta su recuerdo se desvanezca. Para las que han logrado desarrollarse, el éxito —la inversión de la correlación de fuerzas— se debe a dos elementos principales: la puesta en marcha de las «masas» y la defección de las fuerzas del orden. El efecto bola de nieve puede darse muy rápidamente: un solo día en el caso de la insurrección de la Comuna, el 18 de marzo de 1871, que vio como el gentío afluía desde todos los rincones de París para tomar durante la noche el Ayuntamiento y la jefatura

unen a la rebelión de junio de 1832, ampliamente descrita en la novela. Gavroche es un niño valiente, travieso e inteligente que vive solo en las calles de París y que se une a los revolucionarios en las barricadas, donde muere mientras recoge armas para sus compañeros. Este personaje ha alcanzado tal popularidad en Francia que su nombre se ha convertido en sinónimo de «niño de la calle». Enjolras es un joven estudiante, apasionado e idealista que lucha contra los abusos e injusticias de su época. Es una figura emblemática del movimiento revolucionario parisino del siglo XIX, que fallece también durante la revuelta antimonárquica. Louise Michel (1830-1905), militante anarquista francesa que desempeñó un papel primordial en la Comuna de París de 1871, fue apodada *Enjolras* por sus camaradas de rebelión. *(N. de la T.)*

de policía; una semana para la Revolución de Noviembre de 1918 en Alemania, entre el motín de la flota en Kiel y la proclamación, desde el balcón del palacio imperial, de la «república socialista» por parte de Karl Liebknecht; menos de tres semanas para la Revolución Egipcia del 2011, desde las primeras manifestaciones del 25 de enero en El Cairo, hasta la caída de Mubarak el 11 de febrero. (Que estas insurrecciones hayan sido luego desviadas, recuperadas o masacradas, es otro asunto. Como ya se ha dicho, lo que nos interesa aquí no es la historia de las revoluciones sino la de su desencadenamiento.)

Las insurrecciones por venir tomarán, sin duda, esta forma acelerada, sobre todo gracias a las redes sociales que, si en tiempos normales son válvulas de escape que permiten decir cualquier cosa sin riesgos ni consecuencias, en período de guerra civil se convierten en una herramienta valiosa. Una herramienta y no un motor; una insurrección no nacerá jamás de una coalición de individuos atomizados y súbitamente reunidos a través de *bytes*. En Túnez y en Egipto, Facebook y Twitter fueron útiles para que los grupos se comunicaran entre ellos, para conocer de inmediato la situación que se vivía en todos los frentes y coordinar los movimientos tácticos. En El Cairo, la jornada del 25 de enero se había organizado a partir de veinte puntos de reunión anunciados en Internet, además del punto veintiuno que no había sido publicado y que estaba en Boulaq

al Dakrour, un barrio periférico pobre y descuidado por la policía. El grupo que se formó en este lugar, mantenido en secreto respecto a las redes, fue creciendo sobre la marcha y fue el primero que llegó a la plaza Tahrir, mientras los otros iban llegando en pequeños manojos, tan numerosos y tan bien dirigidos por Internet que los policías no podían cortarles el paso.

Los tiempos han cambiado, ya no hace falta una semana para que la noticia de la caída de Luis Felipe llegue a Berlín, Viena, Milán o Budapest, ni que las barricadas inunden todas estas capitales. En las insurrecciones por venir, la difusión instantánea de noticias creará una reacción en cadena mucho más vasta y rápida que la de aquella primavera de los pueblos de 1848, o la de los acontecimientos que sacudieron al mundo en 1968. Da igual que se desencadene en México, en Turquía o en Corrèze, la revolución no conocerá fronteras y no habrá refugio alguno —¿Corea del Norte, quizás?— para los oligarcas que huyan.

En el desarrollo de las insurrecciones, la defección de la policía y/o del ejército es un momento crucial. En 1830, en París, el último día de las Tres Gloriosas,[4]

[4] El 27 de julio de 1830 un fuerte descontento estalla en las calles de París, donde comienza la Revolución de Julio, denominada también como las Jornadas de Julio, las Tres

Auguste Marmont había replegado sus tropas en un cuadrilátero que iba desde el Sena hasta la calle Saint-Honoré, enmarcado por la columnata del Louvre al este y por la plaza Louis XVI (hoy de la Concordia) al oeste. Pensaba que esta posición era inexpugnable pero, al final de la mañana, llegaba la noticia de que los regimientos de línea 5.º y 53.º, estacionados en la plaza Vendôme, se ponían del lado del pueblo, abriendo un agujero inmenso en el dispositivo de defensa. Unas horas más tarde, se tomaba el Louvre y vencía la insurrección. En julio de 1936, en Barcelona, la contribución de los guardias de asalto fue determinante en la victoria sobre los fascistas. Recientemente, una vez más, la policía en la Revolución Tunecina, el ejército en la Revolución Egipcia, después de haber disparado contra el pueblo durante varios días y de haber matado a mucha gente, acabaron desobedeciendo a sus oficiales e, incluso, hubo unidades que confraternizaron con los insurrectos.

Jornadas Gloriosas o las Tres Gloriosas. Las clases medias y populares se atrincheran contra el rey Carlos X, que había suspendido la libertad de prensa, había disuelto la Cámara y había reformado la ley electoral para beneficiar a los que estaban de su lado. Es un momento clave en la historia del socialismo europeo porque las reivindicaciones políticas ya no son expresadas por un reducido círculo de activistas, intelectuales y conspiradores, sino por sectores más amplios: obreros, comerciantes, estudiantes, algún diputado, etc. *(N. de la T.)*

Este giro de los soldados y de los policías se explica por el hastío y el miedo: hastío de la matanza y, a su vez, miedo a ser fusilados o colgados. Así, la policía parisina, tras cuatro años de colaboración activa con el ocupante, tomó la prudente decisión de unirse a la insurrección en agosto de 1944. Los muros parisinos lucen placas recordando que allí murieron policías, pero no es gran cosa en comparación con el precio que hubieran tenido que pagar de sufrir la cólera popular.

En algunas ocasiones, no obstante, las fuerzas armadas no cambian de campo, obedecen sin ningún miramiento e incluso disfrutan con la represión. En este caso, la insurrección acaba casi siempre aplastada, es una masacre. Después de la Revolución de Febrero de 1848, el Gobierno provisional dirigido por Lamartine, ante un proletariado cada vez más agitado, no podía confiar en la Guardia Nacional, ya que en febrero esta había optado por la defección, precipitando así la caída de Luis Felipe. (Como decía Henri Monnier, a propósito de su arquetipo de burgués, «el sable de monsieur Prudhomme está hecho para defender las instituciones y, si es necesario, para combatirlas».)

Lamartine, ese dulce poeta, había mandado contratar una fuerza especial de veinte mil miembros, la

Guardia Móvil, entrenada para mantener el orden. Pero tampoco podía confiar en ella, pues estaba formada por jóvenes del mismo origen social que aquellos con quienes probablemente se enfrentarían (en sus *Souvenirs d'un révolutionnaire*, Gustave Lefrançais explica que estuvo a punto de alistarse a ella para ganarse el pan).[5] El 21 de mayo de 1848, durante la Fiesta de la Concordia, Tocqueville asistía a un gran desfile militar en el Campo de Marte. Tras la Guardia Nacional de los barrios ricos y la de los suburbios,

> *...los batallones de la Guardia Móvil lanzaron diversas aclamaciones que nos dejaron llenos de dudas y de ansiedad a propósito de la intención de aquellos jóvenes o, más bien, aquellos niños que tenían entonces, más que nadie, nuestro destino en sus manos.*

Un mes más tarde, estas inquietudes se habían desvanecido. «Esos jóvenes indisciplinados que eran todos hijos, hermanos o padres de insurgentes, y cuyas inclinaciones eran muy dudosas», lucharon con sus últimas energías. «Una vez decididos, hicieron prodigios. Iban a la guerra como a la fiesta»,[6]

5. Gustave Lefrançais: *Souvenirs d'un révolutionnaire,* La Fabrique, París, 2013 [1886], p. 48.

6. Alexis de Tocqueville: *Souvenirs*, Gallimard, París, 1999 [1850]

fusilando a los prisioneros, rematando a los heridos, extendiendo la masacre a todos los rincones de la ciudad insurrecta. Los obreros parisinos fueron aplastados por proletarios —y por campesinos que llegaban en trenes repletos— durante las Jornadas de Junio de 1848.

En Alemania, después de la Revolución de Noviembre de 1918, el Ejército se encontraba en total descomposición: se habían formado consejos de soldados en todas partes, se habían arrancado a los oficiales sus insignias de grado, ya no se obedecía a ninguna orden. El Alto Mando y el Gobierno provisional de Friedrich Ebert y Gustave Noske le encomendaron al general Märcher la misión de organizar una fuerza especial, los Freikorps.[7] No fue difícil reclutar a oficiales entre los miles de *junkers* (terratenientes aristócratas), pues estos vivían la desmovilización como una amenaza para su carrera. (El más célebre de ellos, Ernst von Salomon, explicó su experiencia, años después, en *Los proscritos*.)[8] Los componentes de las tropas provenían de unidades de élite, a menudo ya comprometidas en la lucha contra los rojos en los países bálticos. Su sueldo, muy elevado, se pagaba gracias a las aportaciones de los grandes industriales. Unidos por el odio a la revolución, estos mercenarios desempeñaron, como se verá, un papel crucial en la represión de la insurrección espartaquista de enero de 1919.

Las insurrecciones por venir deberían ser muy diferentes de estos acontecimientos trágicos. Como se ha dicho anteriormente, ya no existen centros simbólicos de poder que asaltar. Pero, aunque el aparato de Estado tome hoy formas difusas, aunque el movimiento insurreccional pretenda bloquear su funcionamiento en lugar de abatirlo en una confrontación directa, se puede prever que en Francia, por ejemplo, el poder existente ordenará proteger militarmente la televisión y la radio, las reservas petrolíferas, las estaciones, los aeropuertos, los *data centers* y otros puntos neurálgicos. Para ello, no será necesario reclutar una fuerza especial porque ya existe, y desde hace tiempo: en 1944, el general de Gaulle creó las Compañías Republicanas de Seguridad (CRS) que sucedían a los Grupos Móviles de Reserva (GMR), famosos por su ferocidad contra los maquis bajo el Gobierno de Vichy, sobre todo en la meseta de Glières. Los CRS, por su parte, conocieron momentos de gloria en el otoño de 1948, durante la represión de las huelgas insurreccionales de los mineros, cuando el ministro de Interior socialista,

[en castellano: *Recuerdos de la Revolución de 1848*, trad. Marcial Suárez, Trotta, Madrid, 2016].

7. Literalmente, «cuerpos libres» o «cuerpos francos». Cuerpos paramilitares formados por militares en la reserva y elementos reaccionarios. *(N. de la E.)*

8. Ernst von Salomon: *Los proscritos*, Luis de Caralt Editores, Madrid, 1969.

Jules Moch, decidió desplegar más de 50.000 agentes. Actualmente, si se suman los escuadrones de los gendarmes móviles (14.000), las diferentes unidades especializadas en la preservación del orden social (la policía de proximidad, las BAC,[9] las fuerzas antiterroristas, las unidades de élite, etc.) y los agentes de policía, se alcanza una cifra que supera los 150.000 miembros; eso sin contar las policías municipales, la policía regional de transportes y ferrocarriles o las diferentes empresas de seguridad privada que vigilan aeropuertos, puertos y transporte de joyas o dinero.

Si se razona en términos de «correlación de fuerzas», está claro que, incluso antes de comenzar, la insurrección por venir no empieza con buen pie. Pero esas unidades, por muy bien equipadas que estén, no constituyen un todo homogéneo. En efecto, ¿qué tienen en común los tríos policiales que recorren el bulevar de Belleville confiscando de vez en cuando algún hornillo a los vendedores de mazorcas tostadas, con la brigada anticriminalidad, sus

9. Brigade Anti-Criminalité. Se trata de un cuerpo especial de la Policía Nacional francesa creado en 1994 para actuar principalmente en las *banlieus*. Célebre por su habitual uso desproporcionado de la fuerza y como figura táctica central de las estrategias de asedio principalmente a las poblaciones juveniles francomagrebís o francoafricanas, también realiza labores antidisturbios en manifestaciones. *(N. de la E.)*

balas de goma, sus pistolas eléctricas, su racismo? Si la defección de las fuerzas del orden es la condición del éxito de toda insurrección, los revolucionarios deben explotar las contradicciones existentes en su seno. Para hacerlas estallar, hay que aumentar hasta tal punto la presión que eso provoque que una parte del cuerpo policial ya no soporte el odio que se le profesa. Los que flaquearán son los «polis de menor rango», mal pagados, maltratados por su jerarquía, ya que forman parte de la categoría de los explotados tanto o más que el resto. Hagámosles saber que estamos al corriente, que forman parte del pueblo, para que un día se nieguen a obedecer. Entonces, se dirá que no será a ellos a quienes se les confíe la salvaguarda de los puntos neurálgicos frente a la insurrección. Pero, justamente, un movimiento de defección parte siempre del nivel más bajo de la escala. Vale la pena recordarlo una vez más: el 29 de julio de 1830, el 5.º y el 53.º regimientos de línea confraternizaron con los insurgentes. La línea estaba peor pagada y peor considerada que la guardia, se la posicionaba allí donde no se esperaba que pasara gran cosa y es lógico que fuera la primera en cambiar de bando. Actualmente, el número de mujeres, de negros y de árabes que se incorporan a la policía francesa crece. Es previsible que no deseen defender un régimen que sigue menospreciándolos abiertamente. «¡La policía con nosotros!», este es el mensaje que hay que hacerles llegar.

Parlamentarismo

Unos días antes de la insurrección del 18 de marzo de 1871, los batallones populares de la Guardia Nacional, reunidos en asamblea en el Vauxhall, deciden crear un comité ejecutivo para

> *...proteger el país mejor de lo que han podido hacerlo hasta ahora los ejércitos permanentes y defender por todos los medios posibles la República amenazada.*

Este grupo de una treintena de miembros, que adopta el nombre de Comité Central de la Guardia Nacional, se hará cargo de la coordinación de la jornada insurreccional. Una semana después, instalado ya en el Ayuntamiento, organiza los aprovisionamientos, evita cualquier desorden y reprime, sin demasiada violencia, las tentativas contrarrevolucionarias de los barrios pudientes; en resumen, asume la función de una administración que se ha volatilizado. Se impone aquí, a mi parecer, el paralelismo

con la Comuna insurreccional que tomó el poder en el Ayuntamiento la noche del 9 al 10 de agosto de 1792, preparó la insurrección del día siguiente y, a continuación, desempeñó una función esencial frente a la Convención. Pero la elección del Comité Central de la Guardia Nacional no respeta las disposiciones legales. Dice Prosper-Olivier Lissagaray que el comité es un «advenimiento de seres oscuros»[1] (como sucedió, por lo demás, en la Comuna de 1792), aunque formen parte de él Eugène Varlin, Gabriel Ranvier o Gustave Flourens, personajes muy conocidos en los barrios populares. Por ello, no se considera a sí mismo legítimo para gobernar la ciudad y, por lo tanto, toma la decisión de elegir una asamblea parisina representativa. Algunas mentes lúcidas, como Gustave Lefrançais, ven el peligro que esto representa:

> *Cuando los ciudadanos del distrito VI me hicieron el honor de incluirme en la lista de candidatos, mi primera idea fue negarme […]. Creo que este llamamiento al sufragio universal para constituir un gobierno revolucionario hará que vuelva a caer inevitablemente en la encrucijada del parlamentarismo. Una suerte de comité puramente ejecutivo de decisiones tomadas en las asambleas populares de diversos barrios de París, que se pronuncia sobre todas las cuestiones, ya sean políticas, militares o económicas, me parece preferible a esta nueva delegación de la soberanía popular. […] En fin, el propio modo de votación no me complace. No otorgaré al sufragio universal ninguna validez, mientras se manifieste mediante un escrutinio secreto.*[2]

Pero el deseo electoralista era demasiado fuerte: el 28 de marzo, diez días después de la insurrección, en una fiesta suntuosa delante del Ayuntamiento, el Comité Central de la Guardia Nacional entregaba el poder a la asamblea electa, el Consejo General de la Comuna. De los aproximadamente ochenta miembros de este consejo —denominado en adelante «Comuna»—, la mayoría eran trabajadores, algo sin precedentes en ese país: alrededor de treinta obreros, «el pensamiento, el esfuerzo, el honor del proletariado parisino»,[3] empleados y contables (entre ellos, los blanquistas François Jourde, Émile Eudes,

1. H. Prosper-Olivier Lissagaray: *Historia de la Comuna*, trad. Wenceslao Roces, Estela, Barcelona, 1971. *(N. de la T.)*

2. Gustave Lefrançais: *Souvenirs d'un révolutionnaire*, *op. cit.*, p. 408. Lefrançais será el primer presidente electo del Consejo General de la Comuna.

3. H. Prosper-Olivier Lissagaray: *Historia de la Comuna*, *op. cit. (N. de la T.)*

Théophile Ferré), periodistas (como Jules Vallès). Esta composición no permitió evitar los errores más frecuentes de las asambleas representativas. La Comuna tomó, sin duda alguna, medidas importantes: la separación de la Iglesia y el Estado, la laicización de la enseñanza, la abolición del reclutamiento, la transformación del Monte de Piedad en banco popular para las asociaciones y la restitución gratuita de los objetos empeñados, la confiscación de los talleres abandonados por los patrones, la gestión obrera de las empresas que pertenecían a la administración municipal y estatal. Una serie de iniciativas muy respetables, pese a que no lograron ponerse totalmente en práctica por falta de tiempo. Sin embargo, la asamblea comunal fue incapaz de organizar la defensa. Mientras los versalleses avanzaban de forma metódica hasta la línea de los fuertes, los debates en el Ayuntamiento a menudo solo abordaban asuntos secundarios. Y como en todo parlamento, se formaron facciones que pasaron la mayor parte del tiempo peleándose entre ellas para, al final, provocar la escisión entre una mayoría que deseaba confiar la dirección a un «Comité de Salvación Pública», como en 1793, y una minoría que rechazaba esa «usurpación de la soberanía del pueblo».

El viernes 16 de mayo, tres días antes de que los versalleses lleguen a París, los cañones enemigos disparan sobre la ciudad, desde Montrouge hasta Saint-Ouen, desde Neuilly hasta Clichy. La

Comuna se encuentra reunida. Se discuten cuestiones como la reforma del régimen de prisiones, los dos miembros que le faltan a la comisión de justicia, las rectificaciones pendientes de las actas del *Journal officiel*, las indemnizaciones que deben entregarse a las víctimas de la explosión del polvorín de la avenida Rapp, todo ello interrumpido por altercados entre la mayoría y la minoría. Nada, ni tan solo una palabra sobre la catástrofe que está teniendo lugar.[4] En mi opinión, esta ceguera, esta parálisis parlamentaria es la principal causa de la derrota de la Comuna, y eso que, tras la insurrección, partía de una posición favorable: París podía reunir un ejército de cien mil personas a las que no les hubieran faltado ni fusiles, ni municiones, ni cañones, frente a los quince mil soldados concedidos por el Gobierno de Bismarck que no tenían gran peso.

Con todo, el Consejo General de la Comuna solo fue ineficaz. En otros momentos históricos, aún fue peor: la Constituyente, elegida en mayo de 1848, ordenó aplastar, bajo el mando del general Cavaignac, a la gran insurrección proletaria de junio; en Alemania, solo dos días después de la victoria revolucionaria de noviembre de 1918, que pulveriza el Imperio alemán, los socialdemócratas organizaron a toda prisa una «asamblea de obreros y de soldados»,

4. *Journal officiel de la République française sous la Commune*, Victor Brunel ediciones, París, 1871.

muy controlada por ellos, que confió el poder a Friedrich Ebert, el cual pronto organizaría la aniquilación de la insurrección espartaquista.

¿Cómo explicar que, con frecuencia, tras una insurrección victoriosa, se sienta la necesidad de recurrir al sufragio universal? La búsqueda de legitimidad es, sin duda, un factor importante, sobre todo desde que existe, como se dice, una «opinión pública internacional» —entiéndase: los mercados y los inversores cuya fuga quiere evitarse— a la que hay que tranquilizar. Pero también —prudente incursión en el ámbito de la psicología colectiva— un afán de redención por haber transgredido el orden establecido que, pese a sus iniquidades, sigue teniendo un valor simbólico. «Fundar las bases de un nuevo marco de pensamiento es una experiencia espantosa para el fundador», escribe un psicoanalista.[5] Los revolucionarios deben prepararse para ese espanto para conjurarlo mejor, llegado el momento.

Suele ocurrir que una asamblea elegida después de una revolución victoriosa sea contrarrevolucionaria. El movimiento que derroca el poder establecido nunca es mayoritario. Gracias al sufragio universal, la masa fluctuante adquiere voz, una masa cuyo sentimiento predominante es, justamente, el espanto, el

5. Heitor de Macedo: «Loup Verlet: la cure psychanalytique est une révolution du cadre de pensée», en *Lettres à une jeune psychanaliste*, Stock, París, 2008.

miedo a lo desconocido, al caos, al apocalipsis. Esta se tranquiliza votando a hombres que conoce, personalidades provenientes del régimen derrotado. Es inherente al propio «proceso constituyente» hacer regresar el pasado, como ha quedado patente, hace poco, en las elecciones tunecinas de octubre del 2014, que han provocado el retorno masivo de figuras muy conocidas en la época de Ben Ali.

•

Que el parlamentarismo funciona como sepulturero de los movimientos populares cuenta con un argumento, en apariencia contradictorio, pero importante. Hasta la fecha, Occidente solo ha conocido dos grandes revoluciones victoriosas, la Revolución francesa y la Revolución rusa de 1917 (descarto la Revolución inglesa cuyo triunfo, en 1688, fue una restauración monárquica bajo control holandés). Ahora bien, en el transcurso de ambas revoluciones, cuyas peripecias no han empañado su esplendor, cuando el parlamentarismo intentó instalarse en su seno, fue esquivado o desarticulado.

En la primavera de 1793, la Francia revolucionaria se encuentra al borde de la desesperación. En las fronteras, el ejército, dirigido por Charles François Dumouriez (que pronto se pasa al bando enemigo), es aplastado por los austríacos en Neerwinden, provocando la evacuación de Bélgica y de

la orilla izquierda del Rin. La guerra se dirige hacia el territorio francés. En el interior del país, la insurrección vandeana[6] estalla en marzo y triunfa de inmediato. La carretera de París se encuentra abierta a ambos lados. En todos los lugares, desaparecen los productos de primera necesidad, se forman colas delante de las panaderías, se saquean las tiendas, el propio ejército carece de víveres y de zapatos.

La Convención, que se había reunido en septiembre de 1792 en una atmósfera distendida, se convierte en el teatro de una lucha encarnizada entre los girondinos y los montañeses,[7] respaldados por el

6. Entre 1793 y 1796, bajo el liderazgo de sectores monárquicos, se produjo una revuelta contra el reclutamiento obligatorio de hombres para la guerra, en la región de Vendée, que se convertiría en una auténtica guerra en el interior del territorio republicano. *(N. de la E.)*

7. Tras las elecciones de septiembre de 1792, la Convención Nacional que sustituyó a la Asamblea estaba formada por la derecha o girondinos, la izquierda o montañeses, y la mayoría, llamada el centro o llanura, sin una ideología definida. Los girondinos representaban a la alta burguesía, y eran partidarios de hacer la revolución, pero siguiendo las leyes y manteniendo la figura del rey, puesto que desconfiaban de la Comuna de París. Los montañeses representaban a la burguesía media y a las clases populares (los *sans-culottes*), y creían que la Revolución francesa debía triunfar sin reparar en los medios, eliminando al rey si era necesario. El grupo político de los girondinos, que estaba

movimiento popular de las secciones. Los primeros, más moderados —y mayoritarios en la Asamblea—, llevan a cabo una política de mínima injerencia y son incapaces de reaccionar ante los desastres militares. Los debates en la Convención son solamente intercambios de invectivas (cómo no recordar el famoso discurso del girondino Maximin Isnard que amenazaba con destruir todo París: «Buscarían en las orillas del Sena si existió esta ciudad»). Se estanca la situación, el parlamentarismo ha conducido a la impotencia, la Europa coaligada y la contrarrevolución podrían vencer mañana. Es entonces cuando se produce la gran sacudida: los días 31 de mayo y 2 de junio de 1793, los *sans-culottes*[8] invaden la Convención, la Comuna insurreccional apunta con sus cañones y, para rematar, veintidós disputados girondinos son

compuesto por bastantes diputados del departamento francés de Gironda (de ahí su nombre), se situaba a la derecha en la Convención Nacional. Los montañeses, por su parte, se sentaban en la «montaña», es decir, en los bancos más altos. *(N. de la T.)*

8. El término *sans-culotte* (literalmente, «sin calzones») proviene de la prenda de vestir (*culotte*) que llevaban las clases más pudientes de Francia a finales del siglo XVIII. Las clases populares jamás la utilizaban, la sustituían por pantalones largos. Los *sans-culottes* procedían de los sectores que más padecían la crisis económica que azotaba Francia desde 1788: artesanos, obreros, sirvientes, pequeños comerciantes… Jugaron un papel muy importante en el inicio de la Revolución francesa. (*N. de la T.)*

cesados de su mandato y arrestados preventivamente en sus casas. Este tercer gran momento de la Revolución —después del 14 de julio de 1789 y del 10 de agosto de 1792— pone fin, por un tiempo, al parlamentarismo. El sistema que funcionará durante un año, entre el verano de 1793 y el 9 de termidor (27 de julio de 1794), ya no es parlamentario. La Convención continúa desempeñando su papel de tribuna popular, pero son los once miembros del Comité de Salvación Pública, órgano colectivo derivado del cuerpo legislativo, quienes salvarán la revolución y la conducirán a la victoria.

En la historiografía ordinaria, la expulsión de los girondinos, la «amputación» de la Convención, suele asimilarse a un golpe de Estado, al pecado original que conducirá al Terror. Sin embargo, Jules Michelet, que apoya a los girondinos y detesta a Robespierre, escribe:

> *Durante los primeros meses de 1793, la política girondina era impotente; hubiera perdido Francia.*[9]

9. Jules Michelet: *Histoire de la Révolution française*, tomo II, Éditions Robert Laffont, París, 1979 [1874], p. 443 [en castellano: *Historia de la Revolución Francesa*, trad. Vicente Blasco Ibáñez, Editora de los Amigos del Círculo del Bibliófilo, Barcelona, 1982].

En Petrogrado, la noche del 25 de octubre de 1917, la insurrección ha triunfado, los miembros del Gobierno provisional han tenido que huir o están en la prisión. El Congreso Panruso de los Sóviets (consejos de trabajadores), celebrado en el Instituto Smolny mientras se libran los combates, vota a favor de la formación de un Consejo de Comisarios del Pueblo, formado únicamente por bolcheviques. Pero este consejo solo puede ser provisional: en efecto, la instancia suprema, la futura Asamblea Constituyente, tendrá la misión de organizar un gobierno que represente a los diferentes movimientos socialistas. Dicha asamblea es reclamada desde la Revolución de Febrero por todos los partidos. Entre los propios bolcheviques la idea cuenta con el apoyo del ala «derecha» (Lev Kámenev, David Riazánov, Anatoli Lunacharski), que defiende una política de coalición con todos los socialistas; pero Lenin considera que semejante asamblea no es más que una «fantasía liberal», un «retroceso respecto al poder de los sóviets». Sin embargo, ya no se puede renunciar a esa asamblea porque su convocatoria, continuamente retrasada, ha sido durante meses uno de los temas que han alimentado la agitación popular, incluso entre los bolcheviques. Las elecciones tienen lugar a finales de noviembre y, como era de esperar, los socialrevolucionarios ganan ampliamente. Los bolcheviques obtienen ciento setenta y cinco diputados sobre setecientos siete,

por lo que son muy minoritarios, incluso con el apoyo de cuarenta socialrevolucionarios de izquierdas.[10] La Asamblea Constituyente se reúne el 18 de enero de 1918 y elige como presidente al viejo socialrevolucionario Víctor Chernov —frente a Mariya Spiridónova, socialrevolucionaria de izquierdas respaldada por los bolcheviques—. Rechaza una «declaración de derechos del pueblo trabajador y explotado», presentada por Yákov Sverdlov, que retoma lo esencial de las reivindicaciones bolcheviques sobre la paz, la tierra de los campesinos, el poder de los sóviets. Pero esta primera sesión es interrumpida por el joven marinero anarquista Anatoli Zhelezniakov. La Guardia Roja ordena evacuar la sala. Ya no se celebrarán más sesiones, los guardias rojos le negarán el acceso al hemiciclo a los diputados que acudieron al día siguiente. El parlamentarismo, que no ha durado más de unas horas, llega a su fin.

En la historiografía tradicional, la disolución de la Asamblea Constituyente suele presentarse como un golpe de Estado bolchevique, un pecado original. Hasta Rosa Luxemburg reprocha a Lenin y a Trotsky que hayan relegado al olvido esta asamblea, fruto de un «voto popular, emitido sobre la

10. Marc Ferro: *La Révolution de 1917*, Albin Michel, París, 1997 [1967], pp. 800-801 [en castellano: *La revolución de 1917. La caída del zarismo y los orígenes de Octubre*, trad. Máximo Loizu, Laia, Barcelona, 1975].

base del derecho al sufragio más democrático del mundo». Esta medida, dice, «fue decisiva para su actitud posterior; fue, en cierto modo, el punto de inflexión de su táctica».[11]

Si retomo aquí las mismas palabras que he empleado para hablar de la eliminación de los girondinos no es por inadvertencia. Además, el vínculo entre ambos casos es un lugar común reaccionario:

> *El precedente de la Revolución francesa, y muy específicamente de su período jacobino, sirvió desde 1917 como absolución general de la arbitrariedad y del Terror que caracterizaron toda la historia soviética, con intensidades variables según los períodos.*[12]

Lo que no dicen los buenos apóstoles de la democracia es que con la Asamblea Constituyente de enero de 1918, controlada por los socialistas moderados, estaba todo listo para el retorno del antiguo

11. Rosa Luxemburg: *La Révolution russe*, Maspero, París, 1964 [1918, publicación póstuma], pp. 52-59 [en castellano: *La Revolución rusa*, pról. Hannah Arendt, trad. Antonio López y Roberto Ramos, Página Indómita, Barcelona, 2017].

12. François Furet: *Le Passé d'une illusion,* Le Livre de Poche, París, 2003 [1995], p. 216 [en castellano: *El pasado de una ilusión*, trad. Mónica Utrilla, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1995].

orden, modernizado sin duda, desembarazado del zarismo, pero donde cada cual permanecería en el mismo lugar y los pobres en el último de todos.

Cabía pensar que la afición al parlamentarismo iba a disminuir con los movimientos surgidos en el 2011, tras las Revoluciones tunecina y egipcia, las diferentes formas de *Occupy* lanzadas en el mundo entero, el «movimiento de las plazas» en Atenas, Madrid, Estambul. Estos movimientos tuvieron el mérito de reunir a cientos de miles de «gentes», muchas de las cuales no habían salido nunca políticamente a la calle. Pero las reivindicaciones formuladas —contra las desigualdades, contra las imposiciones del FMI y del Banco Mundial, contra las violencias policiales— no eran muy diferentes de las de la extrema izquierda, cuya retórica nos agota desde hace muchos años. En esas reuniones, se abordaba a menudo la cuestión de la *democracia directa*, sobre todo en la plaza Sintagma, lo cual es lógico porque esa noción deriva de una idealización del ágora ateniense. (Para Cornelius Castoriadis, gran intelectual nacional, «la vida política del pueblo griego se detiene alrededor del año 404 a. C.».)[13]

13. *Le Mouvement des places en Grèce*: bit.ly/2MJiSUO (última consulta: septiembre del 2019).

En esa plaza, los atenienses modernos pusieron en marcha esta idea. Organizaron asambleas plenarias, crearon comisiones temáticas, dispusieron turnos de palabra y discutieron sobre una futura constitución. Quien venció, a fin de cuentas, no fue la policía sino el aburrimiento, y el resultado, tres años más tarde, es el éxito electoral de formaciones políticas «radicales» como Syriza en Grecia y Podemos en España, que se aprovechan del vacío generado por el desplome de los partidos tradicionales. Sin embargo, en Occidente, la elección mediante sufragio universal de un partido o de una coalición «de izquierdas» nunca ha generado transformaciones en el sentido del interés común. Louis Auguste Blanqui:

> *Para los proletarios que se dejan entretener por ridículos paseos en las calles, por plantaciones de árboles de la libertad, por frases sonoras de abogados, habrá agua bendita primero, injurias luego y, por último, la metralleta.*[14]

Se habla con frecuencia de las «conquistas del Front Populaire» en la Francia de 1936. No es más que una reapropiación de lo heredado. No basta con bautizar una estación de metro «Front

14. *Avis au peuple*, 10 de febrero de 1851.

Populaire» para hacernos olvidar que todos los avances logrados provienen de las huelgas laborales del verano de 1936, que comenzaron incluso antes de que se celebrara la primera sesión de la nueva asamblea, antes de que se constituyera el Gobierno de Léon Blum. Fue el pavor de la patronal y de la clase política ante ese movimiento obrero sin precedentes, fue *la perspectiva de la insurrección* lo que les empujó a firmar muy deprisa los Acuerdos Matignon y promulgar leyes que luego les costaría asumir. Por lo demás, una vez apaciguada la ola de huelgas, el Gobierno socialista, respaldado por los comunistas, retomó el curso ordinario de cobardías y mentiras, y la Cámara del Front Populaire acabó votando a favor de dar plenos poderes al general Pétain.

Vanguardia

Con el libro *¿Qué hacer?*, publicado en 1902, Lenin se inscribe, a mi parecer, en la línea de Filippo Buonarroti —del que, sin duda, nunca había oído hablar— y de Auguste Blanqui, del que siempre se distanció (bajo su pluma, el calificativo «blanquista» dista de ser un elogio). Toda esta línea se apoya en un partido de revolucionarios profesionales que dirige la acción de las «masas», a las que consideran poco educadas políticamente.

Durante la primera mitad del siglo XX, los movimientos revolucionarios de tendencia marxista sostienen que un partido «de vanguardia» es absolutamente necesario. En 1983, todavía, Ernest Mandel, eminente intelectual de la Cuarta Internacional, escribía:

> *Es indispensable una organización de vanguardia para superar la brecha generada por el desarrollo desigual entre la combatividad y la conciencia de clase. Si los*

trabajadores estuvieran todo el tiempo en el nivel más elevado de la combatividad y de la conciencia de clase, semejante organización no sería necesaria. Pero, por desgracia, no es así y no puede serlo en todo momento bajo el capitalismo. Por tanto, es indispensable que un grupo de personas encarne de manera permanente un nivel elevado de combatividad, de actividad y de conciencia de clase.[1]

Pero, tras el derrumbamiento del comunismo de cuartel, el partido de vanguardia se ha sumado a los escombros del centralismo democrático y la dictadura del proletariado. En el panorama occidental, el viento de la vanguardia solo sopla en el seno de los grupúsculos trotskistas más sectarios o en los restos de los más estrictos maoístas. Los demás la han enterrado desde hace tiempo, a hurtadillas o abiertamente. En Inglaterra, no obstante, el Socialist Workers Party (SWP) sigue autodenominándose partido de vanguardia y funcionando según el modelo centralista democrático (congresos fortificados, línea burocrática, exclusión de los divergentes), pero sus continuas escisiones le auguran un futuro cada vez más incierto.

Breve momento de digresión. Desde el reaccionarismo de los años noventa, el rechazo casi general de la noción de vanguardia política ha provocado el efecto colateral de una depreciación, también casi generalizada, de las vanguardias artísticas nacidas durante los años revolucionarios, que podemos situar alrededor de la década de 1920: una época de espléndida agitación en los ámbitos de la pintura y del *collage*, de la arquitectura y del dibujo, de la fotografía y del cine, de la música y de la poesía, sin olvidar la tipografía, el cartelismo, los adornos callejeros. A pesar de esta diversidad, se puede hablar de *movimiento*, pues los hombres y las mujeres que lo animaron se conocían y se encontraban, a menudo, durante los viajes que hacían a la Rusia soviética, Alemania, Holanda y, en menor medida, a Francia. Muchas de estas personas fueron comunistas y algunas continuaron siéndolo más adelante. Pero, salvo error por mi parte, no se agrupaban bajo el término «de vanguardia», sino que fueron los historiadores del arte quienes les concedieron este apelativo. No proporcionaré nombres porque son demasiado numerosos, y solo citaré las mágicas exposiciones organizadas en Nueva York, Berlín, Moscú, Ámsterdam, Colonia, Weimar, París. Únicamente evocaré una obra poco conocida, por su carácter efímero y anónimo: la *Sinfonía de*

[1] Ernest Mandel: «Vanguard parties», *Bulletin in Defense of Marxism*, n.º 44. Originalmente publicado en *Mid-American Review of Sociology*, vol. VIII, n.º 2, 1983, pp. 3-21. Disponible en: bit.ly/30BRxHo (última consulta: septiembre del 2019).

sirenas[2] que resonó en Petrogrado en 1921 y que expresa el sentido de lo sucedido durante aquellos años. Ahora bien, la corriente derechista que domina en Francia no ve con muy buenos ojos este espléndido episodio. Suele preferir lo que llegó después, la reaparición del mármol y del bronce, las estatuas del Trocadero y la pintura de André Derain, todo aquello que el infame Jean Cocteau llamó, justamente, el «restablecimiento del orden» y que pronto alimentaría la vida cultural de la colaboración.

La idea de una organización que tendría por misión guiar al pueblo hacia y durante la revolución encierra

2. Arseny Mikhailovich Avraamov (1886-1944) fue un compositor ruso que se negó a luchar en la Primera Guerra Mundial. Su obra más famosa es la *Simfoniya gudkov* (*Sinfonía de sirenas*), una pieza que incluía sirenas de fábricas, sirenas y silbatos de buques de guerra, cuernos de autobuses y automóviles, las bocinas de la flota soviética en el mar Caspio, cañones de artillería, ametralladoras, hidroaviones y representaciones del himno izquierdista *La Internacional*, de la canción revolucionaria polaca *La Varsoviana* y del himno nacional de Francia *La Marsellesa* por una banda de masas y coro. Se interpretó en la ciudad de Bakú en 1922, con motivo del quinto aniversario de la Revolución de Octubre de 1917 y, con menos éxito, en Moscú un año más tarde. *(N. de la T.)*

una paradoja. Por un lado, hay un consenso casi general en rechazar a los partidos de tipo blanquista-leninista. Por otro, los escépticos, quienes juzgan que hoy por hoy la insurrección es imposible en un país como Francia, plantean, por ejemplo, una pregunta que no puede ignorarse fácilmente:

> *¿Dónde queda el grupo, la fuerza, por poco estructurada que esté, que sería capaz de impulsar y de dirigir la insurrección de la que habláis?*

Es verdad que semejante fuerza no existe en ningún país «desarrollado» actual. La extrema izquierda esconde a veces un contenido reformista bajo un discurso pseudorrevolucionario, a veces microgrupuscular e inaudible. Pero ¿puede deducirse de dicha ausencia que la insurrección es imposible? Esta pregunta suscita otra, formulada en los mismos términos que se han utilizado antes para abordar la «politización»: las insurrecciones pasadas, victoriosas o no, ¿fueron realmente impulsadas y dirigidas por partidos unidos, homogéneos y disciplinados?

Las insurrecciones de los siglos XX y XXI son demasiado numerosas y diversas como para dar una respuesta simple. Por ello, propongo subdividirlas en tres grupos: aquellas para las que podríamos contestar *ciertamente no* (no fueron impulsadas ni dirigidas por un partido organizado); aquellas para las

que responderíamos *sí, pero* (*sí*, existió semejante partido y desempeñó una función, *pero* no la que se le atribuye habitualmente); y, por último, *ciertamente sí* (sin restricción alguna). Para justificar esta clasificación, sin duda demasiado esquemática, me extenderé sobre algunas de estas historias, a riesgo de importunar a quienes ya las conocen al detalle.

Ciertamente no

Las revueltas impulsadas sin partido dirigente son numerosas. Entre otras: la Revolución Mexicana de 1910, el alzamiento de Pascua de 1916 en Dublín, la Revolución Cubana o Mayo del 68 en Francia —donde los militantes de las organizaciones consolidadas (los comunistas en particular) tenían prohibido intervenir—.[3] También la insurrección zapatista del 1 de enero de 1994, encabezada por el EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) que ya no es en ese momento la vanguardia maoísta-leninista-guevarista de sus inicios, sino el ejército de las comunidades

[3] Después de consultar con el autor, nos aclara que no había una decisión formal de las asambleas del Mayo del 68 de vetar la participación de los miembros de las organizaciones de la vieja izquierda, pero sí que estos eran abucheados y rechazados cada vez que pretendían intervenir. *(N. de la E.)*

indígenas de Chiapas.[4] Y, más recientemente, la insurrección egipcia del 2011, donde los Hermanos Musulmanes, único partido organizado, solo entra en la lucha al final y arrastrando los pies.

Que algunas de estas insurrecciones-revoluciones hayan sido *recuperadas más tarde* por partidos estructurados que a menudo las condujeron con una brutalidad notable, no modifica en modo alguno nuestra reflexión, pues cabe recordar, una vez más, que el presente libro se centra *en el momento inicial*.

Expondré más extensamente dos casos que me parecen ejemplares: la Revolución rusa de 1905 y la Revolución española de 1936. Mi interés por ambas viene de lejos: la primera, debido a su condición de esbozo o de estudio, como se diría de un cuadro; la segunda, porque empezó la semana que nací, lo que me hace sentir cierta familiaridad con ella.

Si desplegamos la lista de los criterios que dictan habitualmente la posibilidad o la probabilidad de una revolución, es evidente que la de 1905 en San

[4] Véase el excelente libro de Jérôme Baschet: *La Rébellion zapatiste*, Flammarion, París, 2019 [en castellano: *¡Rebeldía, resistencia y autonomía! La experiencia zapatista*, Ediciones EÓN, México, 2018].

Petersburgo no responde a ninguno de ellos: un país inmenso, poblado por un noventa por ciento de campesinos, una autocracia parapetada en el derecho divino, una policía secreta (la Ojrana) con soplones infiltrados por doquier, tribunales dispuestos a mandar a los opositores a la horca o a Siberia, obreros de fábrica agrupados en islotes perdidos en medio del océano campesino...

La oposición a la autocracia está constituida por diversas corrientes. Los liberales reclaman una monarquía constitucional de tipo occidental que vele por las libertades públicas. El partido socialrevolucionario, fundado en 1901, es el heredero de los populistas del siglo XIX, los *naródniki*, y ha conservado la base campesina y la tradición terrorista (en julio de 1904, un ataque con bomba hizo pedazos al ministro del Interior Viacheslav von Pleve, cuyo predecesor había sido acribillado a balazos). Para los socialrevolucionarios, el sujeto revolucionario ruso es el campesino y el socialismo será rural, es decir, se basará en el *mir*, la comunidad campesina tradicional.

En cuanto a los marxistas, los primeros contactos con la clase obrera naciente se establecen en San Petersburgo, durante una huelga de los obreros textiles en 1896. Dos años después, el 1 de marzo de 1898, impulsado por el Bund,[5] se celebra el primer congreso

5. Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia, muy activa en los márgenes del Imperio,

del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia en Minks.[6] (No debe teñirse aquí el término «socialdemócrata» con la connotación negativa actual. El partido no adoptará el nombre de «comunista» hasta 1918.)

Unas semanas más tarde, nueve de los miembros fundadores —así como centenares de militantes— son detenidos. Será pues el segundo congreso, celebrado en Bruselas y en Londres durante el verano de 1903, el que dará nacimiento al partido. El programa, escrito por Gueorgui Plejánov y Lenin, comprende, por primera vez, la expresión «dictadura del proletariado». Pero sobre la cuestión de los estatutos, aparecen dos tendencias divergentes: una dirigida por Yuli Mártov (un bundista), que defiende la idea de un partido ampliamente abierto a todas las fuerzas revolucionarias y que no rechaza el apoyo de los burgueses liberales; otra, encabezada por Lenin, para quien el partido no puede ser más que una vanguardia disciplinada y homogénea. Tras numerosos debates, se impone la opción de Lenin, gracias a la retirada del Bund, que abandona el partido socialdemócrata. Se produce entonces la escisión entre bolcheviques (o mayoritarios) y mencheviques, que no responde a cuestiones

desde la ciudad de Vilna hasta la de Odesa, en el Yiddishland.

6. Henri Minczeles: *Histoire générale du Bund. Un mouvement révolutionnaire juif*, Austral, París, 1995, p. 64.

personales sino a una divergencia esencial entre dos formas de dirigir la acción revolucionaria.

El célebre Domingo Sangriento (9 de enero de 1905), principio estridente de la revolución, tiene como trasfondo una doble serie de acontecimientos nefastos para el poder zarista: la guerra ruso-japonesa y una agitación social sin precedentes. «Nos hace falta una pequeña guerra victoriosa», le había dicho Viacheslav von Pleve al ministro de la Guerra.[7] Los japoneses no iban a durar mucho tiempo frente al ejército más poderoso del mundo. Pero aquellos, ejecutando el mismo golpe que repetirán treinta y siete años después en Pearl Harbor, atacan sin previo aviso y acaban con la flota rusa en Port Arthur (enero de 1904). El resto de la historia es catastrófica: capitulación de Port Arthur, derrota en Manchuria y, por último, destrucción, delante de las islas Tsushima, de la flota del Báltico que había dado la vuelta al mundo para venir a socorrer a un ejército ruso en grandes dificultades. Rusia se ve obligada a pedir la paz.

Estas derrotas contribuyen a alimentar la agitación interior. Incluso un noble liberal, Nikolái

7. Citado en François-Xavier Coquin: *1905, la Révolution russe manquée*, Éditions Complexe, París, 1985, p. 30 [en castellano: *La Revolución Rusa*, Ediciones Diana, México DF, 1966].

Trubetskói, escribe que el régimen «debe someterse al control del país y gobernar con la sociedad y no contra ella».[8] Para calmar el descontento de los obreros, el Gobierno pone en marcha un sindicato oficial, la Asamblea de Obreros Industriales Rusos. Durante la primavera de 1904, su mando cae en manos del pope Gueorgui Gapón —del que se ha dicho, sin que se haya demostrado, que estaba vinculado a la Ojrana—, una especie de sacerdote obrero adelantado a su tiempo, un personaje carismático dividido entre su lealtad a un zar supuestamente bueno y compasivo y el espectáculo de la miseria obrera.

En diciembre de 1904, estalla un conflicto en las fábricas Putilov de San Petersburgo, el complejo industrial más grande del país, que emplea aproximadamente a trece mil obreros. A raíz del despido de cuatro de ellos —y del desconcierto provocado por la noticia de la caída de Port Arthur, tras siete meses de asedio—, las fábricas Putilov se declaran en huelga el 3 de enero de 1905. El movimiento se propaga por la ciudad, dejándola rápidamente paralizada, privándola de electricidad, de tranvías y de periódicos. En colaboración con los huelguistas, Gapón escribe una misiva al zar cuya humildad adquiere, por momentos, un tono claramente reivindicativo. Entre el jueves 6 y el sábado 8 de enero, la petición recoge

8. *Ibid.*, p. 34.

ciento cincuenta mil firmas, y Gapón está determinado a presentarla al zar al día siguiente, el 9 de enero. Ese día, las comitivas populares se dirigen hacia el Palacio de Invierno desde los barrios obreros. A la cabeza de una de ellas, el padre Gapón, seguido de una muchedumbre endomingada, sin armas, con mujeres y niños, blandiendo iconos y entonando cánticos. Cuando llega justo delante de las tropas en posición de combate que controlan la ciudad, las advertencias de los militares quedan ahogadas por los cantos y las plegarias, se oyen los primeros disparos, cunde el pánico. La multitud se precipita contra las verjas del Palacio de Invierno, los muertos se cuentan por centenas. La masacre se prolonga durante toda la tarde en la ciudad y los sospechosos detenidos llenan rápidamente los calabozos. (Puede establecerse el paralelismo con la masacre del Campo de Marte, el 17 de julio de 1791 —otra vez un domingo—, cuando una multitud pacífica que se había desplazado para firmar una petición, invitando al pueblo a «recuperar el ejercicio del poder soberano», fue ametrallada por las tropas del alcalde de París, Jean Sylvain Bailly, y el marqués de Lafayette.)

La primera reacción proviene de los estudiantes que al día siguiente organizan recaudaciones en favor de las víctimas. La Universidad de San Petersburgo se declara en huelga, seguida por los abogados. La inquietud crece entre los miembros de la *intelligentsia* del país, más bien liberal pero

en adelante violentamente hostil a la autocracia. Los obreros de San Petersburgo continúan con el movimiento, que se difunde hasta provocar un movimiento insurreccional en Varsovia. Con motivo del Primero de Mayo, una nueva ola de huelgas sacude Polonia. En la ciudad de Lodz, el «Manchester polaco», el Bund impulsa un verdadero levantamiento, los obreros atacan a la policía y al ejército con fusiles arrancados de las manos de las tropas, levantan barricadas: es la primera vez que los obreros toman las armas contra la autocracia. El comité central del Bund concluirá:

> *El proletariado, que tanto lleva sufrido por la causa de la libertad, ya no se detendrá en el camino hacia la revolución. Petersburgo, Varsovia, Lodz, Odesa: el torrente revolucionario aumenta su cauce, sin cesar, irresistible. ¡Proletarios, preparaos!*[9]

Y sin embargo, luego el movimiento va disminuyendo poco a poco, durante meses, entrecortado de sobresaltos heroicos pero sin ningún futuro: una huelga general convocada por los obreros tipográficos de Moscú, el motín de la base naval de Kronstadt, el motín de la flota del mar Negro (el acorazado

9. Henri Minczeles: *Histoire générale du Bund*, *op. cit.*, p. 166.

Potemkin), una semana de barricadas en Moscú en diciembre… A finales de 1905, se acaba restableciendo el orden. No obstante, sucede algo cuyo recuerdo será determinante doce años más tarde: la creación, en octubre, en el momento álgido de la huelga general, del Sóviet de San Petersburgo. Formado por diputados directamente elegidos por las fábricas, cuenta pronto con más de quinientos miembros y organiza la resistencia durante cincuenta días. Tiene como vicepresidente, y luego como presidente, a un menchevique de veintiséis años cuyo nombre de guerra es Trotsky. Los partidos bolchevique, menchevique y socialrevolucionario mandan diez observadores cada uno: *con voz, pero sin voto*. No se trata de un detalle, sino de un indicio crucial: estos partidos, lejos de haber impulsado y dirigido el movimiento, permanecieron en los márgenes y solo se subieron al tren más tarde y cuando ya estaba en marcha.

La Revolución española de 1936 no se parece en absoluto a la Revolución rusa de 1905, excepto en un punto: el no haber sido iniciada tampoco por un partido de vanguardia homogéneo. No se pretende aquí establecer simetrías entre estos dos acontecimientos, a partir de este denominador común negativo, sino simplemente mostrar que, partiendo de una

historia muy diferente, una revolución puede desencadenarse sin partido dirigente.

De hecho, no fueron los revolucionarios quienes ocasionaron el comienzo de la Revolución española, sino el levantamiento militar surgido de Marruecos el 17 de julio de 1936. Como escribe la anarquista Federica Montseny, la insurrección militar

> *… tuvo como consecuencia adelantar la revolución que todos ansiaban, pero que nadie esperaba tan pronto.*[10]

Aunque el Gobierno republicano burgués, respaldado por los socialistas y nacido de la victoria electoral del Frente Popular en febrero, vacila y se niega a entregar armas a los obreros, la respuesta popular al golpismo no tarda en llegar. El 18 de julio, centenares de miles de manifestantes se reúnen en Madrid sin esperar la consigna de ninguna organización, reclaman armas —que les son negadas— y, aun así, se hacen con el control de la ciudad. El día 19, los Comités de Defensa de los barrios —grupos de combate

10. Citado en Burnett Bolloten: *La Guerre d'Espagne*, trad. francesa Étienne Dobenesque, Agone, Marsella, 2014, p. 37 [en castellano: *La Guerra Civil española. Revolución y contrarrevolución*, trad. Belén Urrutia, Alianza Editorial, Madrid, 2015].

anarquistas— organizan el ataque contra el ejército golpista en Barcelona. Abel Paz, por aquel entonces un joven quiosquero (tiempo después biógrafo de Durruti), recuerda:

> *El Comité de Defensa había puesto en marcha la siguiente estrategia: dejar que las tropas avanzaran hasta el centro sin atacarlas y, luego, levantar barricadas a sus espaldas para impedir que pudieran regresar a los cuarteles. Algunos grupos de obreros utilizaron el alcantarillado y los túneles del metro para desplazarse a través de la ciudad, hasta que lograron situarse detrás del enemigo. Esta estrategia fue todo un éxito. Los soldados quedaron asediados desde lo alto de los tejados y desde detrás de las barricadas […]. También se detuvo el avance de las tropas en Plaza Cataluña, en el cruce de la avenida Diagonal con el Paseo de Gracia, y en el muelle que bordea la Plaza Palacio […]. A partir de la una de la tarde, todas las fuerzas populares se concentraron en las Ramblas y alrededor de la Plaza Cataluña, frente a la tropa atrincherada en el edificio de Telefónica y el hotel Colón. Entonces fue cuando apareció, desde la calle Fontanella, una compañía de guardias civiles, encabezados por el coronel Escobar. Nadie se opuso a su paso y los guardias tomaron posición en la Plaza Cataluña con la clara intención de dirigirse al hotel Colón. De pronto y como por arte de magia, los militares cesaron el fuego. Hubo un momento de confusión entre los obreros, ya que nadie sabía si los guardias civiles venían a ayudar a los sitiados o a unirse al pueblo. Pero la situación se aclaró rápidamente. Durruti, que se encontraba entre los que asediaban la Telefónica, dio la orden de asaltar el edificio, que no tardó mucho en caer en sus manos y en hacer ondear las banderas blancas de los sediciosos. Los soldados atrincherados en el hotel Colón también enarbolaron la bandera blanca y se entregaron a los guardias civiles.*[11]

[11] Abel Paz: *Guerre d'Espagne*, Hazan, Paris, 1997, pp. 20-23. Este texto fue escrito originalmente en castellano por Abel Paz y traducido al francés por la editorial Hazan. Hemos intentado acceder al manuscrito original (inédito en castellano), pero parece que actualmente no es posible localizarlo. Una traducción al castellano (desde el francés) de una parte de este libro está incluida en *La guerra de España. Paradigma de una revolución* (Flor del Viento, 2005), donde se suprimen algunas partes que aparecen en la edición francesa, entre ellas la que aquí se cita. Esta cita, por tanto, es una traducción al castellano de la versión francesa del texto. *(N. de la E.)*

Una vez más, el hecho de que una parte de las fuerzas del orden se pasara del lado del pueblo resultó determinante.

Si el golpe de Estado fue derrotado en Madrid y en Barcelona, en Sevilla y Zaragoza, pese a ser bastiones anarquistas, triunfó o no tardaría en triunfar. A pesar de ello, la noche del 20 de julio el levantamiento militar ya no debe enfrentarse solo a un débil gobierno burgués, sino a una revolución popular.

En ese momento inicial, las dos grandes fuerzas son los anarquistas y los socialistas. Los anarquistas cuentan con un sindicato, la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), que representa prácticamente por sí solo a toda la organización, con un núcleo duro, la FAI (Federación Anarquista Ibérica), la élite de los militantes. Sus puntos fuertes son los obreros industriales en Cataluña, los trabajadores agrícolas de Andalucía, así como una buena implantación entre los obreros de la construcción de Madrid y de algunas localidades de Asturias. El Partido Socialista también tiene un sindicato, la UGT (Unión General de Trabajadores), muy potente en Madrid y en Bilbao, que ha dejado al margen el reformismo inicial para convertirse en una organización de masas durante la revolución social. Alrededor de la UGT se había constituido la Alianza Obrera en Asturias, frente único de los partidos y los sindicatos obreros —incluida la CNT local—, que había dirigido la

insurrección asturiana de octubre de 1934. En ella, durante una semana los mineros —entre los que se encuentran los famosos *dinamiteros*—[12] se rebelaron contra las tropas de la Legión —o Tercio de Extranjeros— y los Regulares de Marruecos. La represión había sido feroz: más de tres mil muertos y cerca de cuarenta mil obreros encarcelados, que serán posteriormente liberados por la revolución…

Además de los anarquistas y de los socialistas, en su fase inicial la revolución contaba con dos partidos revolucionarios más, aunque inferiores numéricamente. El POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), nacido en Barcelona en 1935 fruto de una escisión del partido comunista estaliniano. Suele tildársele de trotskista, lo que no es del todo cierto: Trotsky le reprochaba que siguiera aferrándose a las organizaciones sindicales en lugar de constituir sóviets. Apenas superaba los tres mil militantes, casi todos ellos en Cataluña, pero a pesar de su debilidad numérica, desempeña un papel esencial contra la política del Frente Popular y en favor de la revolución social. El POUM es la bestia negra de los anarquistas, pero también (y sobre todo) del partido comunista oficial. Este último no es más que una pequeña organización aislada dentro del movimiento obrero. Sigue pagando muy cara la política

12. En castellano en el original. *(N. de la T.)*

sectaria de la Komintern de principios de la década de 1930, cuando los socialistas eran considerados «socialfascistas» y toda colaboración con ellos era considerada por Moscú un pecado mortal.

Ninguna de estas dos fuerzas revolucionarias podía desempeñar el papel de vanguardia. Entre los anarquistas, no solo la doctrina, sino también toda la tradición, la manera de vivir y de trabajar, iban en contra de la idea de una dirección centralizada. Tras las derrotas del verano de 1936, cuando las columnas anarquistas son forzosamente transformadas en un ejército regular y cuatro anarquistas entran en el Gobierno central dirigido por un socialista —entre ellos Juan García Oliver y Federica Montseny—, se da una situación política desgarradora. En 1940, Diego Abad de Santillán escribirá:

> *Sacrificamos la revolución misma sin advertir que ese sacrificio implicaba también el sacrificio de los objetivos de la guerra.*[13]

Por razones muy distintas, los socialistas tampoco son capaces de guiar la revolución. El partido

13. Citado en Pierre Broué y Émile Témime: *La Révolution et la guerre d'Espagne*, Éditions de Minuit, París, 1961, p. 189 [en castellano: *La revolución y la guerra de España*, trad. Francisco González Aramburo, Fondo de Cultura Económica, México, 1977].

se halla escindido en dos tendencias irreconciliables. La primera está dirigida por Francisco Largo Caballero, cuyo recorrido personal resume a la perfección cómo es el ala «izquierda» del partido. Yesero de profesión, se dice de él que no aprendió a leer hasta los veinticuatro años. Militante sindicalista a partir de 1890, condenado a trabajos forzados después de las grandes huelgas de 1917, indultado y elegido diputado a las Cortes en 1918, desempeña un papel crucial en el momento en que el partido rechaza sumarse a la Tercera Internacional. Pero su experiencia como ministro de Trabajo en el Gobierno de Manuel Azaña, al principio de la República, lo convence de la vacuidad de la vía reformista legal. En 1934 impulsa la formación de la Alianza Obrera, cuya función en la insurrección de los mineros asturianos ya ha sido evocada. En prisión tiene tiempo para leer, descubre los clásicos del marxismo, se entusiasma con *El Estado y la revolución* de Lenin y con la Revolución rusa que tanto había combatido.[14] Su evolución se parece a la de miles de campesinos y de obreros socialistas, que se sienten decepcionados por la República y la colaboración de clases.

La segunda tendencia, encabezada por Indalecio Prieto, un odiado rival de Largo Caballero —el

14. *Ibid.*, pp. 50-51.

sentimiento es recíproco—, representa el ala reformista del socialismo español. Aunque también proviene de una familia pobre y empieza su vida laboral vendiendo diarios en las calles de Bilbao, no tarda en despertar el interés de un banquero que lo contrata. Se convierte en propietario del gran periódico *El Liberal* y desarrolla su carrera política y su actividad de hombre de negocios en paralelo. El comité ejecutivo del partido está en sus manos, hasta tal punto que, incluso cuando Largo Caballero se convierte en presidente en septiembre de 1936, este se ve obligado a contar con él en la composición del Gobierno de la República.

En el verano de 1936 no existe ningún partido que pueda aspirar al papel de dirigente. Durante las primeras semanas, no obstante, esta ausencia de vanguardia no impide (¿favorece?) el despegue de una formidable revolución en las regiones que no están controladas por los fascistas.

El Gobierno legal ya no tiene influencia más que en la región de Madrid. El poder real pertenece a los comités obreros que se forman por todas partes. Además de la organización y del armamento de las milicias, estos se encargan de las tierras, de las fábricas y de las empresas cuyos propietarios han desaparecido o son considerados enemigos —es decir, casi todas las fincas y

las grandes fábricas—. Su composición varía en función de los pueblos, de las ciudades y de las regiones. En las fábricas, a veces son elegidos por las asambleas generales y los partidos y sindicatos tienen representación. En los pueblos controlados por los socialistas, el consejo municipal se convierte a menudo en un comité popular. En Cataluña, los comités están constituidos por militantes de la CNT y la FAI, con una participación minoritaria de los socialistas y del POUM. Pero se formen como se formen, los comités obreros toman todos los poderes, garantizando tanto el abastecimiento, el control de los precios y el alojamiento de los pobres, como la información o la preservación de cierto orden en ausencia de la policía.

> *Los ferrocarriles, los tranvías y los autobuses, los taxis y los navíos, las compañías de explotación y de distribución de la electricidad, las fábricas de gas, las compañías distribuidoras de agua, las fábricas de máquinas y de automóviles, las minas y los cementerios, las fábricas textiles, las papeleras, las fábricas de aparatos eléctricos, de productos químicos, de botellas de vidrio, las fábricas de productos alimenticios y las cerveceras, así como una multitud de otras empresas fueron confiscadas*

o controladas por los comités de trabajadores.[15]

En Barcelona, los restaurantes y los hoteles de lujo se transforman en comedores populares. Las iglesias han sido incendiadas o se han reconvertido en salas de reunión. Los mendigos son atendidos por organizaciones asistenciales. En todas partes pueden verse carteles que indican que tal empresa, tal café, tal tienda ha sido colectivizada por el pueblo.

En el campo, la acción de los comités difiere según las regiones. Donde dominan los socialistas, las propiedades confiscadas pasan a menudo a manos de los municipios que organizan la producción y pagan un salario a los obreros. La colectivización de las tierras solo tiene lugar allí donde había quedado estipulado por la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, sindicato agrario de la UGT, antes de que estallara la guerra, como ocurrió en Castilla la Nueva y La Mancha.[16] Por el contrario, en las regiones bajo control anarquista, los comités populares ejercen de tribunales, celebran bodas y entierros, dirigen la explotación colectiva y

15. Burnett Bolloten: *La Guerre d'Espagne*, *op. cit.*, p. 72.

16. Gerald Brenan: *Le Labyrinthe espagnol*, Ivrea, París, 2005 [1943] [en castellano: *El laberinto español*, trad. J. Cano Ruiz, Austral, Barcelona, 2017].

fijan los salarios. Se renuevan regularmente para que todo el mundo pueda formar parte de ellos. Los campesinos explotan conjuntamente sus propias tierras y las fincas confiscadas. Suprimen la moneda en buena parte de los pueblos: los salarios se pagan mediante cupones cuyo valor no es proporcional al trabajo suministrado, sino al número de miembros de la familia. Los bienes de consumo son distribuidos en los comercios comunales. En Fraga, pequeña ciudad aragonesa,

...hay un almacén general para el pan, tres para los productos comestibles, tres para la carnicería, tres para la charcutería. El trigo se conserva en unos almacenes reservados a los cereales, luego, a medida que se va consumiendo, se lleva a los molinos comunales que distribuyen la harina a once hornos de donde salen las hogazas de pan dorado, pronto entregadas para la distribución.[17]

En el pueblo, igualmente aragonés, de Calanda

...se constató que había colectividades ricas y otras pobres. Las pobres eran sobre

17. Gaston Leval: *Espagne libertaire*, Éditions Tops, Antony, 2013, p. 114 [en castellano: *Colectividades libertarias en España*, Aguilera, Madrid, 1972].

todo las de las montañas. Por eso se había establecido este sistema: para criar los cerdos, los productos eran demasiado caros; en cambio, en la montaña, con las bellotas de encina, la cría de cerdos era menos onerosa. Así pues, Calanda ya no tenía cerdos a finales de 1937, y las colectividades de la montaña se encargaban de suministrarnos la carne de cerdo que necesitábamos. Y, a cambio, la montaña recibía los tomates, los pimientos, las judías que no podían cultivar y que a nosotros nos sobraban.[18]

Pero este sueño no durará más que un verano. ¿Cómo se rompió esta revolución? Las derrotas militares (Toledo, Badajoz, Irún), el apoyo prestado por los alemanes y los italianos a los fascistas a partir del mes de agosto, el Acuerdo de No Intervención en España y los chanchullos políticos, conducen a la formación del Gobierno de Largo Caballero en septiembre —el Gobierno republicano del Frente Popular, con la participación de los comunistas y, como se ha visto, de los anarquistas—. Para establecer un poder central, necesario a su parecer en el desarrollo de la guerra, este equipo se

18. Collectif Equipo Juvenil Confederal: *La Collectivité de Calanda. 1936-1938. La révolution sociale dans un village aragonais*, Éditions CNT, París, 1997.

concentra de inmediato en la disolución de los comités populares. En Cataluña, se constituye un Consell de la Generalitat, con el apoyo de los anarquistas y del POUM, se disuelve el comité central de las milicias y, acto seguido, todos los comités obreros locales. En las regiones «republicanas», los comités populares son progresivamente sustituidos por consejos municipales, formados por representantes de diferentes partidos. Las bases populares de la revolución son desmanteladas en todos los lugares.

Este retroceso no hubiera sido posible sin la acción, determinante y eficaz, del Partido Comunista. Y es que, en agosto de 1935, durante su VII Congreso Mundial, la Komintern había dado uno de esos giros que tanto la caracterizaban, y abandonaba la política sectaria que había dictado hasta entonces a los «partidos hermanos». La nueva línea ordenaba la alianza con los socialistas —vilipendiados hasta hacía pocos días— y con el sector «progresista» de la burguesía: los radicales franceses y los republicanos de izquierdas en España. Desde el principio de la revolución, el Partido Comunista español y su equivalente catalán, el PSUC, se presentan como organizaciones que son capaces de proteger a las decenas de miles de artesanos, pequeños industriales, comerciantes, granjeros y aparceros aterrados por las expropiaciones y la colectivización. El partido descarta toda idea de revolución proletaria, pesadilla de la pequeña burguesía: en el diario *L'Humanité*

del 3 de agosto de 1936, se puede leer que «el pueblo español no lucha por el establecimiento de una dictadura del proletariado» y que «su único objetivo es la defensa del orden republicano en el marco del respeto de la propiedad». De repente, las afiliaciones se multiplican, los simpatizantes afluyen. En la rica provincia de Valencia, productora de arroz y de naranjas, el partido crea una Federación Provincial Campesina que se opone a la colectivización de las tierras impulsada por los obreros agrícolas socialistas y anarquistas. Su secretario general declara:

> *Es tal la simpatía que se nos profesa en la región de Valencia que cientos, miles de campesinos se afiliarían a nuestro partido si se lo permitiéramos.*[19]

En 1937, cuando el partido ya ha alcanzado una posición dominante después del último sobresalto popular vivido en Barcelona durante el mes de mayo, los comunistas se dedican a descolectivizar *manu militari* —momento muy bien descrito por Ken Loach en su película *Tierra y Libertad*—. En Aragón, la 11.ª división, capitaneada por Enrique Líster, arremete contra las colectividades, pueblo a pueblo. En Calanda, Líster manda escribir en las

19. Burnett Bolloten: *La Guerre d'Espagne*, *op. cit.*, p. 105.

paredes del ayuntamiento: «¡La colectivización es un robo!».

> *Hubo detenciones en Mas de la Matas, en Monzón, en Barbastro, en muchos sitios. En muchos lugares también hubo saqueos. Los comercios cooperativos, los almacenes municipales de víveres fueron desvalijados, los muebles destrozados. El gobernador de Aragón, que representaba al gobierno central, quiso oponerse a estas incursiones. Le dijeron que se fuera al infierno.*[20]

Luego llegó la tarea de liquidar a los opositores: en junio de 1937, los miembros del comité ejecutivo del POUM son detenidos y juzgados según el modelo que imperaba por aquel entonces en Moscú. En *Homenaje a Cataluña*, George Orwell describe esta caza de brujas: Andreu Nin, a quien no le han podido arrancar ninguna «confesión», es asesinado, los revolucionarios extranjeros antiestalinistas desaparecen uno tras otro, los agentes de la policía secreta soviética (Naródny Komissariat Vnútrennij Del, NKVD) trabajan con toda libertad, se crean tribunales especiales para reprimir toda crítica a la URSS. Los anarquistas se alinean: las Juventudes Libertarias se incorporan

20. Gaston Leval: *Espagne libertaire*, *op. cit.*, p. 375.

a la Alianza Juvenil Antifascista, controlada por los comunistas. El propio Largo Caballero (que ha dimitido en mayo de 1937) es detenido y puesto bajo custodia policial en su domicilio. El control comunista se vuelve total en la parte del país que aún no está dominada por los fascistas. Así, a lo largo de la Revolución española *ha emergido un partido dirigente*, pero dicho partido ha procurado liquidar el movimiento revolucionario.

Cierto, hoy ya no existe ni Komintern ni partido comunista occidental que no sea residual. Pero no es difícil detectar cuáles son las fuerzas que, tras una insurrección victoriosa, podrían asumir la función que tuvo el Partido Comunista de España: reunir y organizar a una multitud de personas acongojadas, crispadas por los pagos mensuales y las esperanzas de ascenso social, ajenas a toda alegría colectiva y hostiles a todo desorden. La izquierda se esforzará en reconfortarlas y les permitirá tener buena conciencia gracias a un discurso revolucionario moderado. En Francia, ya ha conseguido liquidar el movimiento revolucionario en tres ocasiones durante unos acontecimientos que, aunque no llegaron a ser insurrecciones, fueron seísmos importantes: las huelgas de mayo y junio de 1936 (Thorez: «Hay que saber terminar una huelga»); la Liberación (Thorez de nuevo, ministro del general de Gaulle: «Arremanguémonos, nos irá aún mucho mejor»), y mayo de 1968 (Georges Séguy: «Ninguna

complacencia hacia los elementos perturbadores y provocadores que denigran a la clase obrera»; François Mitterrand: «Volver a poner en marcha el Estado»). Cuidémonos de olvidarnos de ellos.

Sí, pero…

La insurrección de octubre de 1917 en Petrogrado y la insurrección espartaquista de enero de 1919 en Berlín son como dos hermanas, la mayor victoriosa y resplandeciente, la menor desgraciada de principio a fin. Tienen un aire de familia porque ambas fueron completamente inspiradas, impulsadas y guiadas por un partido de vanguardia. O, al menos, esta es la versión más recurrente. Todavía no hay espacio suficiente para cuestionar las leyendas —la de una vanguardia disciplinada y eficaz en Petrogrado bajo la dirección siempre clarividente de Lenin, frente a un partido revolucionario dividido e indeciso en Berlín, que habría conducido la insurrección hacia la derrota y la masacre—.

En Rusia, durante muchos meses, de febrero a octubre, el partido bolchevique sigue una trayectoria irregular. Pese a los tremendos reveses, pese a los errores y las divisiones internas, el grupúsculo

inicial se convertirá en el gran partido que desempeñará un papel esencial en la insurrección de octubre. He decidido detallar los vaivenes de esta ascensión dejando al margen la sucesión de gobiernos, la «política», para rastrear la progresión del partido.[21]

1. Puede afirmarse que las cosas empiezan mal: en el transcurso mismo de la Revolución de Febrero que acaba con la autocracia zarista, en lugar de ver como los soldados y los obreros victoriosos toman las riendas de la dirección del país, se asiste a la instalación de un *doble poder* que intentará avanzar a trancas y barrancas durante meses para evitar «la anarquía y el caos». Por un lado, durante la noche del 27 de febrero, no habiendo finalizado aún los combates, se constituye el Sóviet de Petrogrado de los Diputados de Obreros y Soldados en el Palacio Táuride,

> *como un eco de la confraternización [...] que, en este día, había decidido en la calle el destino de la revolución.*[22]

21. He seguido, en gran medida, la descripción que hace Alexánder Rabinowitch en *The Bolsheviks Come to Power,* Haymarket, Chicago, 2004 [1976]. Las citas sin referencias provienen de este volumen.

22. Leon Trotsky: *Historia de la revolución rusa*, *op. cit. (N. de la T.)*

En este sóviet, cuya idea surge directamente de la Revolución de 1905, los socialistas moderados, los mencheviques y los socialrevolucionarios son mayoritarios (sobre estos partidos, véanse las páginas 80 a la 82). Por otro lado, la Duma, asamblea elegida bajo el zarismo y constituida por representantes de la gran burguesía y de la nobleza terrateniente, forma un comité que se autoproclama legal. Después de algunas negociaciones entre el Sóviet y la Duma, se establece un Gobierno provisional presidido por el príncipe Gueorgui Lvov, que se rodea de ministros liberales, uno de cuyos hombres fuertes es Pável Miliukov, gran figura del partido kadete.[23] Se le confía la cartera de Justicia a un abogado socialrevolucionario llamado Aleksandr Kérenski.

Que una revolución popular engendre un gobierno burgués no es excepcional. En el presente caso, el papel de los mencheviques es clave: como buenos marxistas ortodoxos, están convencidos de que la revolución burguesa es la única posible, es el primer paso necesario en el camino hacia el socialismo en un futuro indefinido. Los bolcheviques, cuyo número e influencia son muy débiles, titubean. A finales de marzo, su comité central se alinea con los mencheviques y decide, siguiendo la idea de Stalin, «apoyar al

23. Denominado así por las siglas KD en ruso del Partido Democrático Constitucional: Konstitutsionnye Demokraty. *(N. de la E.)*

Gobierno provisional mientras vaya por la vía de satisfacer a la clase obrera». Acepta la posibilidad de la reunificación de todos los socialdemócratas propuesta por los mencheviques.

2. Durante las siguientes semanas se forman sóviets por todo el país, primero en los barrios obreros de Petrogrado, luego en Moscú y en las ciudades de provincia. En mayo se reúne en la capital el Congreso Panruso de los Sóviets Campesinos y, a continuación, el de los Sóviets Obreros, de donde nace finalmente un Comité Ejecutivo de Sóviets de todo el país. Dirigido por socialistas moderados, este comité apoya al Gobierno provisional, en particular en su esfuerzo por reconducir una situación militar cada día más desastrosa.

3. El 3 de abril Lenin llega a Petrogrado. Ha salido de Zúrich con Grigori Zinóviev y ha atravesado Alemania en el célebre «tren sellado».[24] En la estación de Finlandia de Petrogrado, ataviado con un bombín y abrazado a un ramo de flores, es acogido triunfalmente pero se encuentra con una situación que está muy lejos de complacerle. Desde Zúrich había enviado ya cuatro cartas al *Pravda*, el periódico del partido. En esas «Cartas desde lejos», se oponía radicalmente a la política llevada a cabo hasta entonces por los dirigentes bolcheviques: es preciso, escribía, crear una milicia obrera para preparar la revolución proletaria, rechazar la alianza con los moderados, rechazar el patriotismo y transformar la guerra imperialista en guerra civil. El *Pravda* considera que esas cartas son terribles, por lo que solo publica una de ellas. Cuatro días después, Lenin escribe un artículo para el *Pravda*, titulado «Las tareas del proletariado en la presente revolución», las famosas *Tesis de abril*. Califica de «ineptas» las posiciones adoptadas hasta ese momento: la tarea consiste en explicar a las masas que

> *...el sóviet de los diputados obreros es la única forma posible de gobierno revolucionario.*

[24] En febrero de 1917 Lenin recibe con gran alegría, en su exilio suizo, la noticia de la sublevación del pueblo de Petrogrado contra el zar. Debe regresar, pero ¿cómo? No le queda más remedio que negociar con el káiser Guillermo II para atravesar Alemania en tren. El beneficio es mutuo: Lenin llega a Rusia para implementar su revolución y luego Rusia suspende la guerra con Alemania, pudiendo el káiser trasladar así todas sus tropas a un solo frente. Acepta, pues, la propuesta del país con el que Rusia estaba en guerra, aun a riesgo de ser considerado un traidor. Para evitar tales acusaciones, impone sus condiciones: los vagones del tren en el que viajarán, él y sus treinta y un camaradas, constituirán una especie de embajada con poder de extraterritorialidad; los alemanes no subirán ni tendrán contacto alguno con ellos. Nadie sabrá sus nombres, serán solo treinta y dos números. *(N. de la T.)*

Es imposible que la guerra desemboque en una paz democrática si no se vence antes al capitalismo. La última tesis atañe al partido: sugiere un cambio de nombre, propone que se le denomine «partido comunista». Lev Kámenev, cabecilla de los bolcheviques conciliadores, responde en el *Pravda* que «tales tesis no representan sino la opinión particular de Lenin», que «las [anteriores] resoluciones siguen siendo nuestra plataforma» y que «el esquema general del camarada Lenin nos parece inadmisible porque considera que la revolución democrático-burguesa ha llegado a su fin».

La discusión prosigue durante varios días. En la Conferencia Panrusa del Partido que se inaugura en Petrogrado el 24 de abril, Lenin se ve obligado a hacer concesiones. Consigue que se condene al Gobierno provisional por ser un instrumento de la burguesía y un aliado de la contrarrevolución, así como que se fije el objetivo de transferir el poder a los sóviets. Sin embargo, fracasa su propuesta para cambiar el nombre del partido y, sobre todo, no logra que la resolución final hable de insurrección armada. Si bien el objetivo proclamado es la revolución socialista, las cuestiones cruciales «¿cómo?» y «¿cuándo?» quedan sin respuesta. El partido debe concentrarse en «la larga tarea de construir la conciencia de clase del proletariado». La victoria de Lenin es precaria. Prueba de ello es que, de los nueve miembros elegidos, cinco son «antiguos bolcheviques» partidarios de la

conciliación. Solo le siguen Zinóviev, Sverdlov y el joven letón Ívar Smilga.

4. Durante la primavera, el descontento se apodera del país. Todo escasea —tanto los alimentos como la madera y el carbón—, las empresas cierran, la caída del rublo se precipita, los transportes se desorganizan, la reforma agraria prometida no avanza, las noticias del frente son cada vez más alarmantes. La influencia de los bolcheviques —que reclaman el cese inmediato de la guerra, el reparto de las tierras entre los campesinos y el control obrero de las fábricas— crece significativa y velozmente, sobre todo en los sóviets. Pero los nuevos militantes que afluyen (los dos mil bolcheviques de Petrogrado en febrero se convierten en treinta y dos mil en junio) no tienen ninguna experiencia en la lucha. Lo que les reúne es la impaciencia, el afán de una acción revolucionaria inmediata. En abril y junio, la base del partido y la Organización Militar Bolchevique convocan grandes manifestaciones contra el Gobierno de Miliukov en Petrogrado. Aunque el comité central del partido sigue la corriente, intenta frenar el movimiento. En junio se vuelve muy difícil mantener el orden en la capital, ya que la gran ofensiva bélica prevista implica que la guarnición de la misma sea trasladada al frente. Los soldados pertenecientes a la organización militar exigen alto y fuerte que se derroque de inmediato al Gobierno provisional.

El 3 de julio todo se acelera. El primer regimiento de artilleros, que ha anunciado que «solo partirá al frente en caso de que la guerra adopte un carácter revolucionario», elige un comité revolucionario y envía emisarios a los regimientos y las fábricas en huelga para pedirles que apoyen una manifestación armada.

> *Así, por debajo de las organizaciones oficiales, se iba extendiendo temporalmente una nueva red de relaciones entre los regimientos y las fábricas más exasperadas. Las masas no tenían la intención de romper con el Sóviet; al contrario, querían que este tomase el poder. Y mucho menos se proponían romper con el partido bolchevique. Pero les parecía que este partido pecaba de indeciso. Querían ejercer presión sobre él, amenazar al Comité Ejecutivo [del Sóviet], empujar a los bolcheviques.*[25]

Los artilleros recuperan automóviles y camiones en las fábricas, instalan las ametralladoras Maxim en los tejados y recorren las calles con banderas rojas

[25] Leon Trotsky: *Histoire de la Révolution russe,* tomo 2: *La révolution d'Octobre*, Seuil, París, 1995 [1930-1932], p. 143 [en castellano: *Historia de la Revolución rusa*, trad. Andreu Nin y Emilio Ayllón, Capitán Swing, Madrid, 2017]

ondeando al viento. Miles de marineros acuden desde la ciudad portuaria de Kronstadt. En las fábricas Putilov en huelga, los insurgentes son aclamados. El secretario del comité de esta fábrica, un bolchevique, propone esperar la opinión del partido; nadie le hace caso. Al día siguiente, se oyen disparos por todos sitios, los soldados y los obreros ocupan las calles, rodean el Palacio Táuride, donde reside el Comité Ejecutivo del Sóviet. La Fortaleza de San Pedro y San Pablo, lugar estratégico y simbólico, es ocupada sin combate alguno. Las tropas encargadas de restablecer el orden se niegan a obedecer a los oficiales. La situación del Gobierno es extremadamente crítica.

Pero los dirigentes bolcheviques también se encuentran con dificultades. La consigna «¡Todo el poder para los sóviets!» ha quedado obsoleta, pues ahora el Sóviet ya no quiere el poder. Hay que elegir: o bien derrocar al Gobierno por la fuerza, o bien poner fin al movimiento. Durante la tarde del 4 de julio, los principales jefes bolcheviques (entre los que se halla Trotsky, recién llegado de su exilio americano) juzgan que la toma del poder en oposición al Sóviet nunca ha sido proclamada ante los militantes y que en el seno del propio partido está lejos de ser aceptada por todos, que el movimiento insurreccional es inestable, que las reacciones de las provincias y del frente siguen siendo imprevisibles. Deciden, por lo tanto, organizar la retirada en buen orden. Se

envía a Zinóviev a las fábricas Putilov para calmar los ánimos de los huelguistas, a emisarios por todas partes para que comuniquen la orden de retirada, seguida con una inmensa consternación. El 5 de julio, las páginas interiores del *Pravda* anuncian que se ha decidido acabar con las manifestaciones porque su objetivo «había sido alcanzado», esto es: «Las consignas de la vanguardia del proletariado y del ejército [habían sido] proclamadas con contundencia y dignidad». Una forma bastante lamentable de encubrir la retirada.

Las consecuencias de las Jornadas de Julio son desastrosas para el partido bolchevique. Por un lado, los impacientes obreros, soldados y marineros —que habían seguido al partido hasta entonces— concluyen la aventura decepcionados y desmoralizados. Por otro, la prensa burguesa lanza una gran campaña acusando a Lenin de ser un espía alemán. Se vuelve a sacar a la luz la historia del «tren sellado» que atraviesa Alemania, y se hace hincapié en la propaganda antiguerra de los bolcheviques. Incluso el viejo y respetable Plejánov declara que «aparentemente, los disturbios formaban parte de un plan ideado por el enemigo para destruir Rusia». Miles de periódicos difunden esta calumnia provocando un efecto devastador que justificará la represión ejercida por el nuevo Gobierno, en adelante dirigido por Kérenski. Se saquean los diarios bolcheviques, se desarman las unidades insurrectas, la represión se abate

sobre Kronstadt, se da la orden de detener a Lenin, Zinóviev, Kámenev, Aleksandra Kolontái y los dirigentes de la organización militar. Lenin y Zinóviev optan por la clandestinidad en Finlandia, Kámenev y Trotsky son encarcelados unos días después, junto a centenares de bolcheviques. El partido queda decapitado, sus militantes desorientados y algunos piensan que no puede (esperan que no pueda) superar semejante situación.

5. Lenin se encuentra a salvo en Finlandia, donde termina de escribir *El Estado y la revolución*. El partido entra en una fase de recuperación bajo la dirección de quienes no han ido a la cárcel: Stalin y Sverdlov, además de los líderes moscovitas Félix Dzerzhinski, Andréi Búbnov y Nikolái Bujarin. Con el propósito de definir una nueva línea estratégica, el Comité Central se reúne el 13 de julio en un apartamento del extrarradio de Petrogrado. Lenin ha enviado instrucciones que divergen de las posiciones adoptadas antes de julio: ahora, la contrarrevolución, secundada por los mencheviques y los socialrevolucionarios, se ha hecho con el control del gobierno; el propio Sóviet se ha convertido «en mera hoja de parra de la contrarrevolución»; la consigna «¡Todo el poder para los sóviets!» debe ser abandonada, y con ella, la esperanza de un desarrollo pacífico de la revolución: hay que preparar una insurrección armada que deberá apoyarse, principalmente, en los comités de fábrica. Pero de los quince votos del

Comité Central, diez *rechazan estas tesis de Lenin*. La resolución final afirma que los socialistas moderados no son irrecuperables y que hay que reforzar las posiciones del proletariado revolucionario a fin de establecer el programa bolchevique cuando la situación lo permita. Esta resolución —que Lenin tilda de «puerilmente ingenua, cuando no estúpida»— se difunde en todo el país mediante la distribución de miles de copias.

Durante el sexto congreso del partido, inaugurado el 26 de julio en el barrio obrero de Vyborg, se evidencian de nuevo las discrepancias entre las personas que apoyan a Lenin, que proponen abandonar la consigna «¡Todo el poder para los sóviets!» y preparar la insurrección armada, y las que creen que es peligroso aislar al proletariado cayendo en el voluntarismo revolucionario. Este momento fluctuante de la dirección permite que la base del partido vuelva a organizarse. Con motivo de las elecciones del Sóviet de Petrogrado y de la Duma (ayuntamiento) de la ciudad, la prensa clandestina hace campaña a favor de los bolcheviques. El empeoramiento de las condiciones de vida juega a su favor. Consiguen que los mencheviques y los socialrevolucionarios de izquierdas se sumen a la lucha contra la represión y las maniobras de la extrema derecha. Los efectos del desastre de julio comienzan a atenuarse.

6. Los bolcheviques serán desplazados por un acontecimiento de gran envergadura: el golpe de Estado

de Lavr Kornílov. A principios de agosto, Kérenski, carente de ideas, convoca una Conferencia de Estado que reúne a los representantes de todas las clases y todos los grupos políticos del país. El Gobierno fija su composición, pero no le concede ningún poder concreto. Los bolcheviques la boicotean, advirtiendo a todo el mundo que se trata de un complot contrarrevolucionario. El 21 de agosto, mientras estallaba una huelga en Moscú pese al voto contrario del sóviet local, la ciudad de Riga cae en manos del ejército alemán. El pánico se apodera de Petrogrado: ante la doble amenaza de invasión y de disturbios revolucionarios, los más privilegiados empiezan a organizar su fuga.

Frente a la parálisis tanto del Gobierno como de los dirigentes de las grandes industrias y los jefes militares, los representantes de Francia y de Gran Bretaña (al ver que su aliado está a punto de hundirse) piensan que ha llegado el momento de instaurar un poder fuerte, una dictadura, como la única vía para restablecer el orden y remediar la situación militar. El hombre designado para ello es Kornílov —recién nombrado generalísimo por Kérenski—, «elegido entre otros candidatos aún menos aceptables», dice Trotsky.[26]

El 27 de agosto, Kornílov sale con destino a la capital, acompañado por las cuatro divisiones de

26. *Ibid.*, p. 178.

caballería que considera más fiables: los cosacos y la división «salvaje» de los montañeses del Cáucaso. En cuanto al poder vigente, ninguna de las decisiones que toma es clara: el Gobierno crea un Comité de Defensa que, además de decidir medidas abstractas, no las aplica. En el campo de los bolcheviques vuelve a producirse un enfrentamiento entre quienes siguen la línea de Lenin y quienes consideran que, frente al peligro, es inevitable unirse a los socialistas moderados. La incertidumbre es notable, pero el Comité Central acaba agrupándose para organizar la lucha.

El golpe de Estado de Kornílov fracasará de forma lamentable. El general había jurado que combatiría hasta derramar la última gota de sangre.

> *No solo no se vertió la última gota de sangre, sino ni tan solo la primera. Los soldados de Kornílov no intentaron ni siquiera hacer uso de las armas para abrirse camino hacia Petrogrado. Los jefes no se atrevieron a ordenárselo. Las tropas del Gobierno no tuvieron que recurrir a la fuerza en ninguna parte para contener el ataque de los destacamentos de Kornílov. El complot se desmoronaba, se evaporaba.*[27]

27. *Ibid.*, p. 239.

Este sorprendente revés se explica, sobre todo, por la ineptitud de los partidarios de Kornílov.

> *El Estado Mayor de los conjurados seguía siendo el antiguo Estado Mayor zarista, una oficina de gente sin cabeza, incapaz de meditar de antemano, en el gran juego que emprendían, haciendo dos o tres jugadas sucesivas.*[28]

No habían previsto nada. Ni el armamento ni los transportes. En cambio, la resistencia popular, impulsada por los bolcheviques, se organizó muy rápido. Se dieron armas a los obreros para que defendieran sus barrios. En las fábricas Putilov se trabajaba noche y día para montar los cañones. Los ferroviarios bloqueaban los trenes para detener a las tropas de Kornílov. Los empleados de correos y telégrafos interceptaban los mensajes con órdenes del Cuartel General Supremo. La Organización Militar Bolchevique movilizaba a la guarnición de la capital.

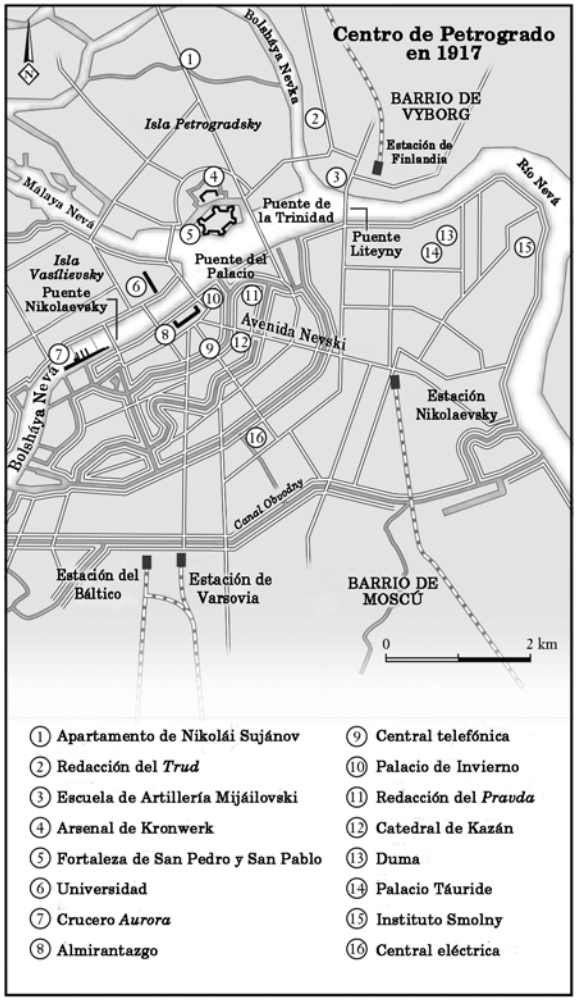
> *El general sublevado golpeó el suelo con el pie y surgieron legiones de debajo de la tierra, pero eran legiones enemigas.*

28. *Ibid.*

7. El caso Kornílov resucita al partido bolchevique, que se alza como vencedor del golpe de Estado. Su influencia aumenta en el Sóviet de Moscú y en el de Petrogrado, que pronto será presidido por Trotsky, como en 1905. En las provincias, los Sóviets de Kiev, de Sarátov y de Ivánovo-Voznesiensk ajustan su posición a la de la capital. El Comité Ejecutivo del Sóviet, que continúa apoyando al Gobierno, reacciona convocando una Conferencia Democrática —siguiendo el mismo principio que la Conferencia de Estado— que designa un Preparlamento encargado de preparar las elecciones de la futura Asamblea Constituyente. Ya en la primera sesión, el 7 de octubre, los bolcheviques se levantan y la abandonan en masa, después de un vehemente discurso de Trotsky que termina así:

> *Nosotros, fracción bolchevique de la socialdemocracia, declaramos que no tenemos nada en común con este gobierno que traiciona al pueblo, con la complicidad del consejo de la contrarrevolución. Abandonándolo, pedimos a los obreros, a los campesinos y a los soldados que se mantengan alerta y que muestren su coraje*.[29]

[29] Citado en Marc Ferro: *La Révolution de 1917*, *op. cit.*, p. 819. La versión de Trotsky (*op. cit.*, p. 440) es un poco diferente.



Este golpe de efecto preludia la insurrección de octubre.

8. La Revolución de Octubre no se parece a ninguna otra. En primer lugar, se debate y se prepara al aire libre, a la vista de todo el mundo. En los periódicos, en las calles, en las reuniones públicas, solo se habla del II Congreso de los Sóviets, previsto para el 20 de octubre: los bolcheviques obtendrán la mayoría y tomarán el poder, o tal vez lanzarán una insurrección armada. Pese a la habitual arrogancia de Kérenski, que dice querer un golpe bolchevique para poder sofocarlo, los militares manifiestan su preocupación. Durante tres semanas, el tema de la insurrección eclipsa todos los demás.

Otro aspecto asombroso: contrariamente a lo que dice la leyenda, la insurrección de octubre no fue conducida por un partido homogéneo y disciplinado. Las divergencias internas causan estragos y, más sorprendente aún, el propio Lenin —la principal cabeza pensante, el dirigente más importante y prestigioso— dará varios giros de ciento ochenta grados desde su exilio en Finlandia, provocando una terrible perplejidad entre los dirigentes bolcheviques; algo que, por lo demás, seguirá siendo tabú en la historiografía estaliniana.[30] Juzguen ustedes mismos:

30. Alexánder Rabinowitch: *The Bolsheviks Come to Power*, *op. cit.*, p. 342, nota 4.

• Tras el desastre de julio, como se ha visto, Lenin sostenía que la consigna «¡Todo el poder para los sóviets!» estaba obsoleta, que los mencheviques y los socialrevolucionarios eran irrecuperables para la revolución y que había que preparar la toma del poder por la fuerza. Ahora bien, después del golpe de Estado de Kornílov, su posición cambia por completo. En un artículo del 1 de septiembre, titulado «Acerca de los compromisos», se sitúa prácticamente a la derecha del partido bolchevique: regreso de la consigna «¡Todo el poder para los sóviets!», a condición de que los mencheviques y los socialrevolucionarios acepten formar un gobierno, sin partidos burgueses, que sea responsable ante el Sóviet. Los bolcheviques no participarían en él y tendrían toda libertad para difundir sus ideas. A principios de ese mismo mes, Lenin reafirma esta nueva posición en diferentes artículos. «Nuestro objetivo no es entrar en conflicto con los líderes del Sóviet, sino extraer de él los elementos más revolucionarios y movilizarlos para que nos sigan»; o también: «Solo la transferencia inmediata de todo el poder a los sóviets puede impedir la guerra civil en Rusia».

Este vuelco, como mínimo inesperado, es mal recibido por los elementos más progresistas del partido, en particular los comités bolcheviques de Moscú y de Petrogrado, siempre más «a la izquierda» que el Comité Central. En el comité de Petrogrado, un militante llamado Yevgueni Slutski exclama:

En las fábricas, en casa de los campesinos más pobres, vemos una evolución hacia la izquierda. ¡Contemplar un compromiso ahora es ridículo! ¡No al compromiso! Nuestro deber es dejar clara nuestra posición y prepararnos, sin discusión, para la lucha armada.

Sin embargo, la nueva posición de Lenin es aprobada y difundida por el Comité Central.

• Dos semanas más tarde, el 15 de septiembre, los dirigentes del partido reciben dos cartas incendiarias de parte de Lenin que señalan un giro *en sentido inverso al precedente*. En la primera, se lee: «Como han obtenido la mayoría en los sóviets de dos capitales, los bolcheviques pueden y *deben* hacerse con el poder de Estado». Los dirigentes del partido tienen la misión de «organizar una insurrección armada en Petrogrado y en Moscú, derribar al Gobierno y tomar el poder». En la segunda carta, Lenin afirma que «considerar la insurrección como un arte no es blanquismo», como pretenden los oportunistas, sino un punto esencial del marxismo. Negarlo equivale a «traicionar el marxismo y la revolución». Al final, da orientaciones tácticas precisas destinadas a las fábricas y a los cuarteles, a las centrales telefónicas, etc.

Los dirigentes bolcheviques son detenidos. El Comité Central, reunido en secreto esa misma noche, decide no hacer públicas esas cartas y velar por que el comité de Petrogrado no emprenda ninguna acción en

las fábricas ni en los cuarteles. Peor aún, deciden publicar en el *Rabochii put'* (El camino obrero, que ha sustituido al *Pravda*, prohibido en julio) uno de los artículos de Lenin donde expresa la tendencia «moderada» que había formulado a principios de mes.

• Después de haber enviado una serie de cartas amenazadoras que no surten ningún efecto, después de haber comunicado su intención de dimitir del Comité Central, Lenin decide volver a Petrogrado. El 10 de octubre, el comité se halla reunido en el apartamento de un viejo menchevique, Nikoláy Sujánov, cuya esposa es bolchevique. Hacia las diez de la noche, aparece Lenin. «Bien afeitado, con peluca y gafas, parecía un pastor luterano», recuerda Kolontái. Durante más de una hora, vuelve a exponer sus argumentos: el Gobierno está a punto de dejar Petrogrado en manos de los alemanes, la mayoría del pueblo apoya a los bolcheviques, la situación es favorable, es absurdo esperar algo de la Asamblea Constituyente. La toma del poder debe efectuarse antes de la reunión del II Congreso Panruso de los Sóviets (prevista para el día 18 y luego el 25). El debate prosigue hasta la mañana siguiente. Kámenev y Zinóviev afirman, una vez más, que la mayoría de las tropas seguirán siendo fieles al Gobierno, que el partido tendrá que luchar contra «los Cien Negros,[31] los kadetes, Kérenski y el Gobierno

[31] Los Cien Negros era un grupo paramilitar, defensor del

provisional, además del Comité Ejecutivo del Sóviet, los socialrevolucionarios y los mencheviques», que la derrota es inevitable. Proponen una línea defensiva que consiste en obtener la representación más amplia posible en la Asamblea Constituyente para aplicar el programa del partido.

Al final, Lenin coge una hoja de un cuaderno escolar y escribe en ella una resolución que es un llamamiento a las armas. Es aprobada por diez votos a favor y dos en contra (los de Kámenev y Zinóviev), y aun así el enfrentamiento continúa. El texto votado no indica ninguna fecha concreta para iniciar la insurrección, de tal modo que Mijaíl Kalinin podrá declarar:

> *Es una de las mejores resoluciones que ha adoptado el comité, pero cuándo tendrá lugar la sublevación, no se sabe, tal vez dentro de un año.*

Durante una reunión del comité celebrada en el extrarradio el 16 de octubre, la controversia vuelve a estallar ardientemente. Kámenev y Zinóviev presentan su dimisión. Al día siguiente exponen sus argumentos en contra de la insurrección en el periódico de Gorki, por lo que Lenin pide su exclusión del partido, la cual es rechazada.

---

poder del zar y con el antisemitismo como una de sus principales señas de identidad. *(N. de la E.)*.

¿Cómo puede ser que una insurrección preparada en semejantes condiciones triunfara una semana más tarde? Entre los motivos hay que señalar, sin duda, una parte de suerte —de la que nunca se habla: lo que sucede de forma efectiva siempre es contemplado como la única eventualidad posible, lo demás queda relegado a una especulación desprovista de interés histórico—. Sin embargo, creo que es evidente que, durante la insurrección de octubre, la suerte estaba del lado de los bolcheviques. Otra razón es el amateurismo del campo adversario, sus torpezas, sus fanfarronadas. Por último, y sobre todo, si la insurrección salió victoriosa fue gracias a la valentía y al entusiasmo de los obreros, de los soldados y de los marineros, a la eficacia de las organizaciones bolcheviques de menor grado, a esa gran ola popular que, en tan solo unas horas, borró los antagonismos y las vacilaciones de la dirección.

Durante las dramáticas jornadas vividas del 20 al 25 de octubre, corre el rumor de que el Gobierno tiene la intención de enviar al frente una guarnición de las situadas en Petrogrado, a la que considera, con toda la razón, poco segura. Alrededor del 20 de octubre, para organizar la resistencia se crea un Comité Militar Revolucionario compuesto por una mayoría de bolcheviques —entre los que se

encuentra Trotsky—, pero también por muchos anarquistas y socialrevolucionarios de izquierdas, como el jovencísimo Pável Lazimir que será nombrado presidente. Nada más formarse, el Comité Militar Revolucionario se opone al Cuartel General Supremo, envía comisarios a las diferentes unidades y a los almacenes de armas, y hace llegar un texto a toda la guarnición precisando que solo son válidas las órdenes firmadas por él. Consiguen resultados muy rápido. El día 23, la guarnición de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo decide obedecer las órdenes dadas por este comité militar y el arsenal de Kronwerk le proporciona una inmensa reserva de armas y municiones. En las unidades, en las fábricas, se celebran mítines masivos aclamando a los oradores bolcheviques.

Kérenski intenta reaccionar, ordena que se emprendan acciones legales contra los miembros del Comité Militar Revolucionario y envía cadetes (alumnos de la escuela de oficiales) para que cierren los dos periódicos bolcheviques, el *Rabochii put'* y el *Soldat*. Esta tentativa marca un antes y un después: hasta entonces los bolcheviques habían adoptado una posición defensiva; en adelante, su objetivo abiertamente declarado será la toma del poder. Mientras los delegados del II Congreso de los Sóviets llegan en pequeños grupos al Instituto Smolny, convertido en una fortificación, Trotsky envía una compañía del regimiento de la

guardia Litovski para recuperar el control de los periódicos ocupados. El 24 de octubre, el Gobierno ordena levantar los puentes del río Nevá —famosa secuencia de la película *Octubre* de Eisenstein— para que los manifestantes de los barrios obreros no puedan llegar al centro, pero, tras una breve batalla entre un bando formado por los cadetes y un batallón femenino de choque y otro de guardias rojos obreros, se restablece la circulación. Sin haber disparado un solo tiro, la central telegráfica es ocupada por los marinos que empiezan a llegar de Kronstadt, al igual que sucederá esa misma noche con la central telefónica, la oficina de correos, el banco estatal y la central eléctrica. Las sedes del poder quedan sumidas en la penumbra y desprovistas de contacto telefónico con el exterior.

Pese a estas victorias, el comité central del partido muestra una vez más su vacilación: ¿tomar el poder o esperar las decisiones del II Congreso? Es incapaz de inclinarse por una u otra opción. Lenin decide entonces abandonar el extrarradio donde se halla escondido y, durante la noche del 24 al 25, llega al Smolny. Sus objetivos son claros e inmediatos: tomar el Palacio de Invierno, disolver el Gobierno, detener y encarcelar a Kérenski y a los ministros, todo ello antes de la celebración del II Congreso.

A diferencia de lo que cuenta la leyenda, el Palacio de Invierno no fue asaltado. Este mito ha sido magnificado por las imágenes finales de la película

Octubre, anteriormente citada, realizada en 1927 bajo el régimen de Stalin, mientras que el libro de John Reed *Diez días que estremecieron el mundo*, escrito en caliente, da una versión totalmente opuesta. Las fuerzas reunidas para defender el palacio —batallón de ciclistas, batallón femenino de choque, cadetes, *junkers*, cosacos— se disgregan poco a poco. Las unidades que habían solicitado como refuerzo no llegan. El día 25, a las seis de la tarde, el Comité Militar Revolucionario lanza un ultimátum:

> *El Palacio de Invierno está rodeado por las fuerzas revolucionarias. Los cañones de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo y los del crucero* Aurora *apuntan hacia el Palacio de Invierno y los edificios del Cuartel General Supremo. Proponemos que el Gobierno provisional y las tropas que lo apoyan se rindan. Os damos veinte minutos para responder. Este ultimátum expirará a las 7:10 horas, después abriremos fuego.*

Los ministros reunidos se niegan a rendirse. Por razones técnicas, el bombardeo no comienza hasta las once de la noche: los cañones del *Aurora* empiezan a disparar balas de fogueo, y luego caen dos obuses sobre el palacio, uno de los cuales explota encima de la habitación donde se encuentran los ministros. Hacia las dos de la madrugada, estos

deciden rendirse. Vladímir Antónov-Ovséyenko, coordinador del movimiento, entra en la sala donde se hayan reunidos, ataviado con un pequeño sombrero y unas gafas, a la cabeza de una multitud armada. Los ministros son detenidos —excepto Kérenski, que ha abandonado el palacio para acudir al frente— y conducidos a la Fortaleza de San Pedro y San Pablo.

En el Congreso de los Sóviets, ironías de la historia, le toca a Kámenev anunciar la caída del Gobierno provisional. Cesan los interminables debates. Lunacharski lee un manifiesto, escrito por Lenin, que funda el nuevo régimen revolucionario. Este es aprobado a las cinco de la madrugada, el 26 de octubre, por una inmensa mayoría y con gran entusiasmo.

La insurrección de octubre fue, por tanto, preparada, impulsada y dirigida por el partido bolchevique. Pero —y es un *pero* que lo cambia todo— el partido de aquella época no tiene nada que ver con el partido que será después. Aunque la organización era de tipo «conspirativo», no era en absoluto disciplinada ni burocrática, había riñas, insultos, miembros excomulgados, lo que no impidió que se abrazasen unos días más tarde. La fábula de un partido tirano, conducido con mano de hierro por un Lenin siempre clarividente, fue creada bajo el régimen de Stalin

para consolidar su propia tiranía. Cabía pensar que, después de su fallecimiento, después de la caída del «socialismo real», esta falsificación histórica se rectificaría. Pero no fue así. La mayoría de los historiadores, sobre todo en Francia, continúan reduciendo el partido de 1917 a la imagen de la terrible organización que acabó siendo en los años treinta. Pretenden demostrar que el germen de todas las atrocidades cometidas durante estos años —juicios, gulag, terror— estaba desde el principio. Una imagen que, incluso hoy, sigue siendo muy útil: todo vale para desacreditar la revolución.

Siguiendo la ortodoxia marxista, la insurrección espartaquista de enero de 1919 —y, más generalmente, la Revolución alemana— partía de un contexto mucho más ventajoso que la insurrección en Rusia: una gran clase obrera en un país cuya industria superaba a la de Inglaterra; el partido socialdemócrata más poderoso de todo Occidente, inscrito en una filiación directa con las figuras teóricas históricas, ya que August Bebel, su referente más importante, había mantenido una relación continuada con Marx y Engels. Por estos motivos, los bolcheviques —y en particular Lenin— pensaban que la victoria de la revolución en Alemania iba a ser inminente y decisiva para su propia suerte.

Que estas esperanzas quedaran frustradas se debe a una serie de razones, en particular a la propia naturaleza del Partido Socialdemócrata de Alemania (Sozialdemokratische Partei Deutschlands, SPD). Como los socialistas franceses, el SPD había votado los créditos de guerra en agosto de 1914 y, desde entonces, seguía defendiendo la línea de «defensa nacional». Con sus centenares de miles de miembros y sus cuatro millones de electores, sus noventa periódicos, sus sindicatos, sus clubs deportivos, sus organizaciones juveniles, sus innumerables miembros fijos, el partido constituía un imponente imperio. En comparación, la situación de los socialistas moderados rusos, de los mencheviques de 1917, era lamentable: mucho menos numerosos, menos implantados en la clase obrera, no habían abandonado por completo la idea de la revolución, de ahí sus vacilaciones y demoras. En cambio, en Alemania el SPD es, desde el principio, el actor más influyente de la contrarrevolución, sobre el que se apoyan la alta burguesía y el cuerpo de oficiales. El talante de su principal dirigente, Friedrich Ebert, un tipo basto, frío y determinado, es muy distinto al del diletante Kérenski. Decía: «Odio la revolución como odio el pecado». Con esta sentencia en mente, conducirá al SPD al combate.

En 1916, no obstante, aparece una oposición en el seno del SPD que exige el fin del estado de sitio, el restablecimiento de las libertades democráticas y

la búsqueda de una paz sin anexiones. El ejecutivo del partido inicia una purga a marchas forzadas. Los «saboteadores» excluidos deciden, en ese momento, constituirse como Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands, USPD). No se trata de una fractura entre revolucionarios y reformistas, sino de una escisión entre los propios reformistas, enfrentados únicamente por la cuestión de la guerra. Los independientes arrastran a unos 120.000 militantes, frente a los 170.000 que permanecen fieles al SPD.[32] Se suman a ellos también figuras de extrema izquierda, al igual que moderados como Karl Kautsky e, incluso, el «revisionista» Eduard Bernstein.

Frente a estos dos mastodontes, los revolucionarios son poco numerosos y se encuentran divididos en tres grupos. El primero se forma al comienzo de la guerra, alrededor de Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Franz Mehring y Clara Zetkin, que fundan en 1915 la revista *Die Internationale* y publican, a partir de 1916, *Spartakusbriefe* (*Cartas de Espartaco*), origen de su demoninación como espartaquistas. Como miembros del SPD, siguen a los

32. Pierre Broué: *Révolution en Allemagne (1917-1923)*, Éditions de Minuit, París, 1971, p. 40 [en castellano: *Revolución en Alemania*, trad. Enrique Oltra, A. Redondo Editor, Barcelona, 1973].

independientes en el momento de la escisión. Temen perder el contacto con las masas obreras si abandonan el partido. Como escribe Leo Jogiches, muy próximo a Rosa Luxemburg:

> *Hay que combatir por las masas aún vacilantes que siguen al USPD. Y solo podemos hacerlo si libramos el combate dentro del partido sin crear una organización totalmente separada.*[33]

La propia Rosa Luxemburg escribe a una amiga:

> *No podemos permanecer fuera de la organización, fuera del contacto con las masas. Más vale el peor partido obrero que ninguno en absoluto.*[34]

El segundo grupo está compuesto por revolucionarios radicales que se niegan a afiliarse al USPD. Reúne al «grupo de Bremen», alrededor de Johann Knief y Paul Frölich (alumno de Rosa Luxemburg en la escuela del partido, que se convertirá en su biógrafo y en historiador de la Revolución alemana), los *radikalen* de Hamburgo y el Partido Comunista.

33. Chris Harman: *The Lost Revolution. Germany 1918-1923*, Bookmarks, Londres, Chicago y Sídney, 1997 [1982], p. 36.

34. Pierre Broué: *Révolution en Allemagne*, *op. cit.*, p. 22.

Todos estos grupos se fusionarán a finales de 1918 en el partido Comunistas Internacionales de Alemania (Internationale Kommunisten Deutschlands, IKD). Este grupo mantiene una constante relación con los bolcheviques y, en particular, con Karl Radek —el enviado especial del partido a Alemania—, que defiende una línea leninista:

> *La idea de construir un partido común con los centristas [los independientes] es peligrosamente utópica.*[35]

El tercer grupo se constituye durante la revolución misma alrededor de los *Revolutionäre Obleute* (delegados revolucionarios). Nace de la asociación de los torneros del sindicato metalúrgico, que ocupan un lugar preeminente en la industria del armamento. Esta red llega a comprender más de cien mil obreros que, pese a ser mayoritariamente miembros del USPD, desempeñarán una función importante en las jornadas revolucionarias.

La Revolución alemana comienza, como ya se ha comentado, en los puertos del mar del Norte, en Kiel, y luego en Wilhelmshaven. Los marineros de los buques de guerra se niegan a participar en un último combate contra la flota inglesa. El 3 de noviembre de 1918 reciben la orden de zarpar, a la que responden apagando las calderas. Acto seguido, detienen a los oficiales, eligen los consejos de marineros y enarbolan la bandera roja. Les siguen los trabajadores de los arsenales, que eligen un consejo obrero y decretan la huelga general. El movimiento se extiende a toda velocidad por el país y, el 9 de noviembre, Karl Liebknecht, convertido en héroe popular por su coraje (se había atrevido a tomar la palabra contra la guerra el 1 de mayo de 1916, en la Potsdamer Platz) proclama, desde el balcón del palacio imperial, «la república socialista alemana».

La revolución había triunfado sin demasiada oposición.

> *Todas las clases la acogieron favorablemente porque consideraban que era el mejor medio para poner fin a una guerra irremediablemente perdida y derrocar un sistema juzgado grotescamente anacrónico. […] El socialismo se puso de moda y, como por arte de magia, casi todo el mundo descubrió que era socialista, hasta el director del Banco Nacional. […] Durante las primeras semanas, la revolución estaba inmersa en la niebla mefítica de la servidumbre y de la simpatía almibarada que las*

35. *Ibid.*, p. 41.

clases dominantes vierten sobre la clase obrera.[36]

En este clima, el 10 de diciembre se forma un gobierno que adopta el nombre, sumamente demagógico, de «Consejo de Comisarios del Pueblo». Está compuesto por seis miembros, tres del SPD y tres independientes. Su jefe, Ebert, se convierte ese mismo día en canciller del Reich; el príncipe Maximiliano de Baden, primo del emperador y asignado a este cargo en septiembre, dimite en su favor.

En principio, el Consejo de Comisarios del Pueblo se encuentra bajo el control de los consejos de obreros y de soldados que se han constituido en todo el país. Durante un tiempo, se cree que se va a implantar una especie de doble poder, como había ocurrido un año antes en Rusia, pero la situación es muy diferente. Los consejos obreros alemanes no emanan de la base: se organizan las elecciones para dar ventaja al SPD y a los sindicatos, con la dócil participación de los independientes. En cuanto a los consejos de soldados, por lo general son hostiles a toda política revolucionaria. En el frente oriental, con el ejército en plena descomposición, se forman grupos para luchar contra los rojos en Finlandia y en

36. Paul Frölich, Rudolf Lindau, Albert Schreiner y Jakob Walcher: *Révolution et contre-révolution en Allemagne. 1918-1920*, Éditions Science Marxiste, París, 2013 [1929].

Rusia, esbozando lo que pronto serán los Freikorps, punta de lanza de la contrarrevolución. Al oeste, los consejos de soldados son organizados por los oficiales. Uno de ellos escribe:

Hay que intervenir con celeridad, constituyendo los consejos de soldados como órganos consultivos que canalizan el descontento, haciendo que el Ejército sea más impermeable a las tendencias extremistas.[37]

Solamente en el Landwehr (ejército nacional), estacionado en Alemania, se propagan las ideas revolucionarias gracias a los consejos de soldados que siguen estando en contacto con los obreros.

El Gobierno de Ebert mantiene a los ministros en sus cargos y el aparato de Estado, la burocracia y la justicia del Imperio siguen en pie. Los antiguos estados alemanes, y en particular Baviera, siguen funcionando con sus ministros y su Parlamento. La jerarquía y la disciplina militares, amenazadas por un momento, son restablecidas.

Para poner orden y canalizar el descontento, el Gobierno decide convocar una Asamblea Nacional Constituyente. El proyecto es respaldado por la burguesía —mucho más vigorosa que la débil burguesía rusa

37. *Ibid.*, p. 11.

de 1917—, por el SPD y, de forma menos evidente, por los independientes, los cuales se obstinan en pedir más tiempo para preparar las elecciones. La Liga Espartaquista y los Comunistas Internacionales se oponen a ello desde el principio. El 20 de noviembre, Rosa Luxemburg escribe en *Die Rote Fahne*, el periódico espartaquista:

> *Ningún engaño, ninguna hipocresía: la suerte está echada. El cretinismo parlamentario era en el pasado una debilidad, hoy es una ambigüedad, mañana será una traición del socialismo.*[38]

Bajo la consigna «Contra la Asamblea Nacional», los revolucionarios consiguen reunir multitudes cada vez más numerosas, decepcionadas por la orientación que ha tomado el poder socialista. En Berlín, miles de trabajadores de las grandes empresas participan en los mítines organizados por los oradores espartaquistas Karl Liebknecht, Paul Levi o Wilhelm Pieck. Los espartaquistas, que aún siguen formando parte de los independientes, piden que se convoque un congreso extraordinario. El 15 de diciembre, Rosa Luxemburg conmina a los dirigentes del partido a que abandonen el Gobierno, pero su moción es rechazada por

38. Pierre Broué: *Révolution en Allemagne*, *op. cit.*, p. 81.

485 votos, frente a los 185 que la apoyaban, a raíz de lo cual los espartaquistas deciden, finalmente, abandonar a los independientes y constituirse como partido autónomo.

Durante ese mes de diciembre de 1918, se multiplican los enfrentamientos entre el ejército y la Liga de Soldados Rojos, formada por los revolucionarios más impacientes. Ante esta situación explosiva, los espartaquistas siguen divididos. Para la central del partido (Rosa Luxemburg, Leo Jogiches y Paul Levi), las clases dirigentes y el Gobierno de Ebert tienen una posición de fuerza y los trabajadores no tienen más opción que implicarse en la campaña electoral, utilizar esa tribuna para movilizar a las masas. En cambio, para los más exaltados, la Liga de Soldados Rojos, luchar contra las elecciones significa luchar por el derrocamiento del Gobierno. Existe exactamente el mismo enfrentamiento en el seno de los Comunistas Internacionales, donde algunos son partidarios de boicotear las elecciones (Frölich) y otros no (Knief).

Pese a estos motivos de discordia, pese a la confusión de la vanguardia revolucionaria, el 30 de diciembre de 1918 los espartaquistas y los Comunistas Internacionales celebran un congreso en Berlín para fundar el Partido Comunista de Alemania (Kommunistische Partei Deutschlands, KPD). En nombre de la central espartaquista, Paul Levi se manifiesta a favor de la participación en la campaña electoral,

secundado por Rosa Luxemburg y —a regañadientes— Karl Liebknecht. Sus intervenciones son interrumpidas a menudo por los presentes, el debate se tensa cada vez más. Por el contrario, los oradores más izquierdistas son muy aplaudidos, como Otto Rühle que exclama:

> *Ahora tenemos otras tribunas. La calle es la grandiosa tribuna que hemos conquistado y que no abandonaremos, aunque nos disparen.*[39]

Al final, el congreso rechaza la resolución de Levi y adopta la de Rhüle —el boicot de las elecciones—, gracias a 62 votos a favor y 23 en contra.

Entretanto, el Gobierno Ebert y el Cuartel General Supremo, al constatar la evolución de las ideas —y de la praxis— revolucionarias entre los obreros y la guarnición de Berlín, se preparan para el enfrentamiento. Por una parte, emprenden una campaña de odio contra los espartaquistas mediante carteles, octavillas y periódicos, donde se resucita el fantasma del bolchevismo. El *Vorwärts* (Adelante), diario de la socialdemocracia, califica a Liebknecht de enfermo mental.

39. *Ibid.*, p. 103.

> *Karl Liebknecht, un tal Paul Levi y la impetuosa Rosa Luxemburg que nunca han trabajado en una prensa ni en un torno están arruinando nuestros sueños y los de nuestros padres.*[40]

Además, como ya se ha visto, el Alto Mando forma cuerpos de mercenarios, los Freikorps, cuyos elevados sueldos se pagan gracias a las aportaciones de los grandes industriales. Armados e instruidos para la lucha cuerpo a cuerpo, se hallan estacionados con varios miles de integrantes cerca de Berlín. Gustav Noske, comisario de guerra, tras ser nombrado comandante en jefe de las tropas de Berlín, se convierte en el hombre fuerte del momento. En el instante decisivo, pronunciará estas palabras:

> *Uno de nosotros debe hacer de verdugo. Personalmente, no temo esta responsabilidad.*

A finales de diciembre y principios de enero de 1919, las huelgas se extienden por toda Alemania. Los combates encarnizados se multiplican en Dortmund, Düsseldorf, Hamburgo… Para Noske y los suyos, es preciso poner fin a la situación. Como

40. Paul Frölich *et al.*: *Révolution et contre-révolution en Allemagne*, *op. cit.*, p. 45.

disponen de un ejército de guerra civil, el Gobierno y el Alto Mando planean una serie de provocaciones para empujar a los revolucionarios hacia la insurrección y aplastarlos de una vez por todas. El punto culminante de esta operación se alcanza con el caso Eichhorn. Este veterano socialdemócrata, miembro de los independientes, había sido nombrado jefe de policía de Berlín durante la Revolución de Noviembre. El 1 de enero, el *Vorwärts* inicia una campaña de difamación contra él, acusándole de haber recibido oro ruso. El día 4 es destituido, pero se niega a aceptarlo. Para apoyarlo, la izquierda de los independientes berlineses, los *Revolutionäre Obleute* y la central del KPD convocan la mañana del 5 de enero una gran manifestación en la Siegesallee (avenida de la Victoria). La octavilla que distribuyen concluye así:

> *¡Está en juego vuestra libertad, está en juego vuestro futuro! ¡Está en juego el futuro de la revolución! ¡Viva el socialismo revolucionario internacional!*[41]

Pese a este enérgico tono, las organizaciones no veían en este movimiento más que una protesta pacífica y en absoluto un movimiento insurreccional.

41. Pierre Broué: *Révolution en Allemagne*, *op. cit.*, p. 114.

La manifestación tuvo un alcance extraordinario: todo el centro de Berlín estaba tomado por cientos de miles de proletarios, desde la Siegesallee hasta la Alexanderplatz.

> *Lo que se vio aquel día en Berlín puede que fuera la manifestación de masas más grande de la historia. Desde Roland hasta Victoria [desde la fuente de Roland hasta la columna de la Victoria, los dos extremos de la Siegesallee], allí estaban los proletarios, frente a frente. Algunos estaban muy a lo lejos en el Tiergarten. Habían traído sus armas, enarbolaban sus estandartes rojos. Estaban dispuestos a hacer lo que fuera y a darlo todo, incluso la vida. Un ejército de doscientos mil hombres, como ningún Ludendorff había visto nunca.*

Pero ese fuerte impulso no llevará a ningún lugar.

> *Las masas se encontraban allí demasiado temprano, bajo el frío y la niebla. Y los jefes estaban sentados en alguna parte deliberando. La niebla aumentaba y las masas seguían esperando. Llegó el mediodía y, además del frío, el hambre. Y los jefes seguían deliberando. Las masas estaban muy exaltadas, esperaban que llegara*

un acto, una palabra que calmara su exaltación. Nadie sabía nada. Los jefes seguían deliberando.[42]

Reunidos en la prefectura de policía de la Alexanderplatz, los jefes de las tres organizaciones que habían llamado a manifestarse no lograban ponerse de acuerdo. Unos consideraban que, pese a la envergadura de la manifestación, la situación no era suficientemente madura, que no se podía contar con las provincias y que había que contentarse con obtener la reintegración de Eichhorn, el desarme de las tropas contrarrevolucionarias y el armamento del proletariado. Otros, entre ellos Liebknecht —no mandatado por la central de partido— y Ledebour —en nombre de los *Revolutionäre Obleute*— creían, al contrario, que había llegado el momento de derribar al Gobierno. Por unanimidad menos seis votos, la asamblea decidió intentar la aventura. Para ello creó un comité revolucionario —siguiendo sin duda el modelo del Comité Militar Revolucionario de octubre de 1917, pero en este caso más multitudinario (cincuenta y dos miembros)— que iba a revelarse ineficaz. Mientras tanto, los obreros revolucionarios desprovistos de órdenes ocupaban el *Vorwärts*

42. *Ibid.* Texto publicado el 5 de septiembre de 1920 en *Die Rote Fahne* sin firmar, pero escrito probablemente por Paul Levi.

y otros periódicos, el cuartel de ingeniería militar de la Köpernickerstrasse, la Imprenta Nacional, la Potsdamer Bahnhof (estación central)...

Pero al día siguiente, el 6 de enero, las ilusiones se esfuman. Si el día anterior había centenares de miles de manifestantes, ese día no había ni siquiera diez mil personas dispuestas a combatir. La masa obrera estaba preparada para manifestarse, pero no para lanzarse en una lucha armada. Radek hace llegar un mensaje a la central del KPD, que se reúne esa misma noche, pidiéndole al partido que abandone cualquier idea de insurrección. Sin embargo, Rosa Luxemburg —sin duda convencida de que había que retirarse— no quería desautorizar a los insurgentes en pleno combate y rechazaba, en particular, condenar a Liebknecht por haber actuado por iniciativa propia. Esta misma indecisión se puso de manifiesto entre los *Revolutionäre Obleute*.

Fuese cual fuese la decisión, las organizaciones que habían llamado a manifestarse y a tomar las armas no ejercían la suficiente influencia sobre los obreros insurrectos para conseguir que se detuvieran y se replegaran de forma ordenada —como hicieron los bolcheviques en julio de 1917—. Al final, impulsado por los *Revolutionäre Obleute*, el Comité Revolucionario decidió pedirle al Gobierno que negociara. Las reuniones comenzaron la noche del 6 al 7 de enero, pero el Gobierno las alargó en exceso y, durante la noche del 10 al 11, Noske lanzó la

ofensiva. Los Freikorps recuperaron uno a uno todos los puntos ocupados por los revolucionarios, los regimientos de la Guardia lanzaron el ataque al distrito de Spandau (uno de los baluartes de la insurrección), los ocupantes del *Vorwärts* fueron reducidos a golpe de cañón, los parlamentarios enviados para negociar la rendición fueron fusilados. La jefatura de policía fue asaltada tras un intenso bombardeo; se fusiló allí mismo a la delegación que ondeaba la bandera blanca.

Los Freikorps buscaban a los jefes revolucionarios, pero ni Rosa Luxemburg ni Karl Liebknecht querían irse de Berlín en el momento en que la represión se encarnizaba con los obreros insurrectos —una actitud heroica muy diferente del comportamiento más realista de Lenin, en julio de 1917—. Luxemburg continuaba publicando *Die Rote Fahne*, Liebknecht intentaba organizar, en medio del caos, un gran mitin donde ambos tomarían la palabra en nombre del partido. Sus amigos lograron convencerles para que se pusieran a salvo, pero se negaron a abandonar la ciudad. La noche del 15 de enero fueron apresados en un apartamento cercano a Charlottenburg, llevados al hotel Eden, sede del cuartel general de la División de Guardias de Caballería, y asesinados por oficiales leales. Al día siguiente, los periódicos titulaban: «Liebknecht asesinado al intentar huir. Rosa Luxemburg linchada por desconocidos». Las

elecciones a la Asamblea Constituyente tuvieron lugar cuatro días después, el 19 de enero. El SPD obtuvo una mayoría aplastante. Los periódicos socialdemócratas publicaban que, gracias a las tropas de Noske, las votaciones se habían desarrollado con regularidad en todos los lugares. Así terminaba el primer acto de la Revolución alemana.

•

Para los historiadores trotskistas, como Pierre Broué o Chris Harman, la insurrección espartaquista fracasó porque no existía un partido organizado capaz de dirigirla. Yo sostengo, en cambio, que esta ausencia es más bien un efecto que una causa. ¿Un efecto de qué? De la presencia aplastante del partido socialista alemán, presencia real, física, pero sobre todo presencia simbólica. Para Rosa Luxemburg, el partido «es la clase obrera misma». Puede ser criticado, modificado desde el interior, pero no abandonado, ya que esto implica desarraigarse, desgajarse de las «masas» (noción de la cual, por lo demás, nunca se dirán suficientes atrocidades). Esta fidelidad a una organización *a pesar de todo*, esta imposibilidad de romper con ella, se produce en diferentes momentos de la historia: en los obreros «lealistas» respecto al Partido Comunista chino durante la Revolución Cultural, pero también en los obreros franceses respecto a la CGT

en mayo y junio de 1968. Cabe pensar que, si los futuros espartaquistas hubieran abandonado el SPD en agosto de 1914, cuando se votaban los créditos de guerra, o no hubieran seguido al lamentable grupo de los independientes en 1916 —es decir, si hubieran abandonado a tiempo el «antiguo hogar» para fundar su propio partido—, las cosas hubieran podido ser muy diferentes.

En la controversia entre Lenin y Luxemburg, la balanza se inclina actualmente hacia la segunda, no solo por el personaje que era, por su coraje y su trágico fin, sino también por sus ideas. Su crítica del leninismo, concebido como «trasposición mecánica de los principios de organización blanquistas de los círculos de conjurados»;[43] su visión de las revoluciones «que no permiten que nadie juegue con ellas al maestro de escuela»;[44] su rechazo a fijar el momento posterior a las revoluciones, cuando escribe «[lo] negativo, la destrucción, puede decretarse; lo positivo, lo constructivo,

43. Rosa Luxemburg: *Marxisme contre dictature*, Spartacus, París, 1947 [1904], p. 21 [en castellano: *La crisis de la socialdemocracia*, Akal, Tres Cantos, 2017].

44. Rosa Luxemburg: *Grève de masses, Parti et syndicats* , Maspero, París, 1964 [1906], p. 59 [en castellano: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, trad. José Aricó y Nora Rosenfeld, Siglo XXI, Tres Cantos, 2015].

NO. Territorio virgen, miles de problemas»;[45] todo este espontaneísmo nos resulta mucho más cercano que las rigideces leninistas. Pero la triste historia de los espartaquistas demuestra cuánta razón llevaba Lenin cuando empujó al partido bolchevique a rechazar cualquier colaboración con los moderados, los conciliadores, los oportunistas. Se mantuvo fiel a esta posición incluso cuando la mayoría de su partido estaba dispuesta a aceptar «una unión amplia», la política de frente popular que la Komintern impondrá, con consecuencias nefastas, doce años después de su muerte.

Cien años más tarde, esta célebre controversia sigue estando al orden del día. La disputa entre lógica conspirativa y lógica de movimiento, entre organización y espontaneísmo, entre verticalidad estratégica y horizontalidad no ha cesado jamás. Todo movimiento revolucionario es un modo de vivir la tensión generada entre esas dos necesidades opuestas. Para resolverlo, se requieren viejas complicidades, un análisis común de la coyuntura y, mucho más aún, el aliento de la vida colectiva que madura la revolución. La desorientación y la contrarrevolución que se produjeron tras la caída del régimen en Túnez y en Egipto se explican, sin

45. Rosa Luxemburg: *La Révolution russe, op. cit.*, p. 63 [en castellano: *La Revolución rusa*, Akal, Tres Cantos, 2017].

duda, por la ausencia de este contexto. Por el contrario, la manera en que los zapatistas lograron mantener la verticalidad militar clandestina del EZLN y la organización autónoma horizontal de las comunidades indígenas es impresionante. Durante diez años (1984-1994), prepararon una revolución armada sin que el Estado se percatara y sin convertirse en una guerrilla desvinculada de la población. Además, la sublevación que impulsaron no fue fruto de un grupo armado sino de todo un pueblo insurgente.

El fracaso inmediato de la insurrección espartaquista y el fracaso tardío de la revolución bolchevique se deben, probablemente, a que ni Luxemburg ni Lenin rompieron realmente con la política. En cambio, los zapatistas encontraron una salida, al margen de los parlamentos pero también de los militantes, de los grupúsculos, de los partidos, de un mundo que flota por encima de la existencia ordinaria y que ya nadie desea. Me han explicado que, en el Istmo de Tehuantepec, los pescadores que luchan contra los proyectos de parques eólicos de las multinacionales no dicen que protegen sus intereses ni tampoco que luchan por una idea, dicen que *defienden su forma de vida*.

Ciertamente sí

Las insurrecciones o revoluciones impulsadas de forma voluntaria por un partido de vanguardia son poco frecuentes, si descartamos las pseudorrevoluciones que se produjeron inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial bajo el auspicio del Ejército Rojo en Europa del Este. Los dos casos más emblemáticos, cercanos en el tiempo, son las insurrecciones dirigidas por el Partido Comunista de Alemania tras el fin del espartaquismo, entre 1920 y 1923, y las lanzadas por el Partido Comunista de China entre 1927 y 1929. Tanto unas como otras fueron un auténtico y terrible desastre. Tanto unas como otras fueron teledirigidas por una organización nacida en esta época: la Internacional Comunista o Tercera Internacional, en ruso Komintern. Cuando se creó, en 1919, su objetivo era coordinar las luchas revolucionarias que los bolcheviques consideraban inminentes en Europa. Bajo la presidencia de Zinóviev (a quien se le habían perdonado por completo los titubeos de octubre), se impusieron las célebres veintiuna condiciones a los partidos comunistas que querían adherirse a ella, pero la Komintern seguía siendo en principio una organización donde los partidos estaban en pie de igualdad. Muy pronto, no obstante —pese a que Lenin vio el peligro y propuso (sin éxito) que su sede se trasladara a Berlín—, se «rusificaría», las instrucciones

dadas a los partidos extranjeros ya no tendrían más objetivo que el de servir los intereses de la Rusia soviética. En 1924, durante su quinto congreso, la Komintern dio un giro autoritario —imponiendo la «bolchevización» de los partidos comunistas, es decir, su transformación en organizaciones sometidas— y ultraizquierdista al mismo tiempo. Durante aquellos años, la lucha estaba causando estragos en Moscú, donde Stalin, Zinóviev y Kámenev se afanaban en lograr la eliminación política de Trotsky y del «trotskismo». Las peripecias de esta lucha se debieron, en gran medida, a las incoherencias de la Komintern en Alemania y, más aún, en China.

Después de la sangrienta derrota de los espartaquistas en enero de 1919, los Freikorps emprenden una marcha a través de toda Alemania: parten de Berlín y pasan por Bremen, la región del Ruhr, Múnich —donde la república de consejos de Baviera es totalmente derrotada—, Chemnitz, Hamburgo… En todas partes, los consejos obreros se disuelven, las huelgas son reprimidas, los combates provocan miles de muertos. Al final del verano de 1919, tras meses de guerra civil, Alemania se encuentra prácticamente bajo ocupación militar y la república burguesa parece haber quedado estabilizada por las bayonetas. El KPD, condenado a la clandestinidad, permanece replegado sobre sí mismo, sin demasiada influencia sobre los obreros. No tarda en escindirse: los más jóvenes, los más

impacientes, lo abandonan en octubre y crean una formación ultraizquierdista: el Partido Comunista Obrero de Alemania (Kommunistischen Arbeiter-Partei Deutschlands, KAPD).

Las cláusulas del Tratado de Versalles, que se dan a conocer a finales de año, causan una gran indignación en todo el país, especialmente en las filas del Ejército profesional, formado alrededor de los Freikorps, que queda condenado a una desmovilización masiva (el tratado prevé reducirlo a cien mil componentes). Guiadas por nostálgicos del antiguo régimen, estas tropas van a ser utilizadas para dar un golpe militar: el golpe de Estado de Kapp (que toma el nombre de un burócrata que dirigirá un efímero Gobierno provisional). El 13 de marzo de 1920 por la mañana, las tropas golpistas ocupan Berlín sin disparar un solo tiro. Ebert y Noske se escapan, pero ese mismo día la huelga general estalla en la ciudad y se extiende rápidamente por todo el país. En la región del Ruhr, donde se forma un «Ejército Rojo», y en las regiones industriales del centro de Alemania, los obreros armados atacan a las tropas. Igual que sucedió con el golpe de Kornílov durante el verano de 1917 en Rusia, el golpe de Estado de Kapp será vencido por la clase obrera. Pese a esta coincidencia, entre estos dos acontecimientos existe una diferencia crucial: los bolcheviques estaban presentes en el momento álgido del combate contra Kornílov, mientras que el KPD se posiciona desde el

primer día *contra la huelga*: se produce una confrontación entre «dos alas de la contrarrevolución», y el proletariado revolucionario «no moverá un solo dedo para apoyar al Gobierno que ha asesinado a Rosa Luxemburg y a Karl Liebknecht». El partido solo llama a la huelga el tercer día y, aunque los combates se han apoderado de las calles, advierte a quienes tienen la tentación de tomar las armas:

> *Trabajadores, no salgáis a la calle. Reuníos en las fábricas. ¡No cedáis a las provocaciones de los guardias blancos!*

Desde la prisión, Paul Levi escribe:

> *Mi opinión: el KPD está amenazado por la bancarrota moral y política.*[46]

De hecho, el partido está tetanizado por el recuerdo de la masacre de los espartaquistas del año anterior, un error que volverá a producirse:

> *En vez de extraer lecciones del pasado sobre la situación presente, los dirigentes del KPD parecían estar condenados a un círculo vicioso donde cada derrota generaba tal confusión que la siguiente se volvía inevitable.*[47]

En efecto, la serie de derrotas continuará. Durante el verano de 1920, los independientes (USPD) se dividen, el ala izquierda se pone en contacto con el partido bolchevique y solicita su adhesión a la Komintern. Para obtenerla, decide fusionarse con el KPD que, gracias a esto, deja de ser casi grupuscular, adquiere unos efectivos considerables y siente como le crecen las alas. En marzo de 1921, la situación se complica alrededor de la ciudad de Halle, donde los obreros han tomado prácticamente el poder en el momento del golpe de Estado. Cuando las autoridades locales deciden enviar a la policía para acabar con «esos ladrones y esos terroristas», el KPD aprovecha este pretexto para lanzar una acción de gran envergadura: llama a la huelga general y al armamento de los obreros en toda Alemania. El fracaso es inmediato y rotundo, la huelga no es seguida en ningún lugar. Lejos de hacer la más mínima autocrítica, el KPD elude cualquier responsabilidad descargándola sobre… los propios obreros:

> *Nos avergüenza y nos deshonora el obrero que no toma parte en la lucha; nos avergüenza*

46. Chris Harman: *The Lost Revolution*, *op. cit.*, pp. 184-185.

47. *Ibid.*, p. 186.

y nos deshonora el obrero que no sabe cuál es su lugar.[48]

Este fue el resultado de la «estrategia de la ofensiva» defendida en la Komintern por Bujarin, Zinóviev y Radek. Paul Levi, contrario a esta «acción de marzo», abandonó el partido que no solo perdió a su dirigente más sensato, sino también a casi la mitad de sus miembros.

Esta desastrosa estrategia, orquestada por un partido alejado de sus bases y dirigido desde Rusia por bolcheviques que se despedazaban entre ellos, continuó en 1923. Para Alemania fue un año terrible, la región del Ruhr fue ocupada por los franceses y la famosa inflación vio como el marco se depreciaba varias veces en un mismo día. La miseria era inmensa y el progreso de la extrema derecha fulminante. A lo largo del verano, los consejos de las fábricas impulsaron huelgas en todas las regiones industriales y, el 11 de agosto, una asamblea de consejos decidió hacer una huelga general de tres días. Esta exigía la inmediata dimisión del canciller Wilhelm Cuno y la formación de un gobierno obrero y campesino. Cuno dimitió, pero para ser reemplazado por Gustav Stresemann, que formó un Gobierno de coalición con cuatro ministros del SPD. Nuevo cambio de sentido: Radek escribe que

48. *Die Rote Fahne*, 30 de marzo de 1921.

... tal vez, a pesar de todo, el señor Stresemann represente una etapa que le proporcione al movimiento un tiempo de pausa, un período de calma relativa.

Pero el KPD dio la orden de terminar la huelga lamentablemente: «¡Han roto la lucha! ¡Preparemos la próxima![49]

El 23 de agosto, el buró político se reúne en Moscú en ausencia de Lenin, moribundo. Trotsky y Zinóviev creían que el momento decisivo para la toma del poder en Alemania se estaba acercando, un «Octubre alemán». La «comisión alemana» de la Komintern estaba preparando la insurrección con los representantes alemanes. El aparato militar del KPD (el M-Apparat) fue reforzado por oficiales del Ejército Rojo. Diversas milicias obreras, las Centurias Proletarias, aguardaban en pie de guerra, sobre todo en Sajonia y en Turingia, donde estaban autorizadas legalmente. El 23 de septiembre, *Die Rote Fahne* publica en portada un artículo titulado «La vía de la revolución proletaria en Alemania».[50] A fi-

49. Pierre Broué: *Révolution en Allemagne*, *op. cit.*, p. 343.
50. *Ibid.*, p. 354.

nales de septiembre, los dirigentes comunistas decidieron, desde Moscú, que el KPD debía formar parte de los Gobiernos de Sajonia y Turingia para que fueran «gobiernos obreros». Sin embargo, el ejército de Sajonia se posicionaba contra el Gobierno local, desmantelaba las Centurias Proletarias y prohibía los periódicos comunistas. La guerra civil que amenazaba Sajonia, ¿corría el riesgo de propagarse por todo el país? La edición de *Die Rote Fahne* del 20 de octubre proclamaba que «los trabajadores alemanes no dejarán que se azote al proletariado sajón»,[51] pero los independientes de izquierdas (cuyo apoyo era indispensable) vacilaban y, al final, descartaron la opción de llamar a la huelga general. El frente único quedó fracturado, el comité central del KPD renunció a la insurrección y el arriesgado plan concebido sobre la idea de la «Sajonia roja» se desmoronaba.

Cuando las tropas del general Müller entraron en acción contra el Gobierno sajón, los dirigentes del KPD no lograron ponerse de acuerdo. No tenían nada que proponer al proletariado y el «Octubre alemán» acabó siendo una debacle sin combate. En Hamburgo, no obstante, ya sea porque los comunistas no habían sido informados del abandono del proyecto insurreccional, ya sea porque los izquierdistas locales habían querido «desbordar» al Comité Central y forzar, pese a todo, la lucha armada, diferentes unidades de choque atacaron comisarías y edificios públicos, pero la base obrera no las siguió y, dos días después, los últimos disparos ponían fin a la Revolución alemana.

51. *Ibid.*, p. 367.

Al esfumarse las esperanzas puestas en el Oeste, la burocracia de Moscú y la Komintern volcaron su mirada hacia el Este, hacia China. Desde 1921, existía un Partido Comunista de China, constituido sobre todo por intelectuales y estudiantes; en comparación con el Kuomintang, el gran partido nacionalista fundado por Sun Yat-sen, el padre de la República de China, no tenía mucha relevancia. En 1922, incitados por Moscú, los comunistas decidieron afiliarse al Kuomintang a título individual —estrategia que albergaba el germen del futuro desastre—. Al año siguiente, la Rusia soviética se aproximó al Kuomintang y le envió un consejero especial, Mijaíl Borodin, cuya misión era insuflarle sangre nueva y coordinar la colaboración con el Partido Comunista. De hecho, se trataba más bien de subordinación, pues el partido chino afirmaba que «el Kuomintang sería la fuerza central de la revolución nacional y que

debía ocupar una posición dirigente».[52] En 1924, los rusos fundaron la Academia Militar de Whampoa, dirigida por Chiang Kai-shek, que había pasado seis meses en Moscú para aprender los métodos del Ejército Rojo y que pronto se convertiría en el hombre fuerte del Kuomintang. Los comunistas ayudaron al partido nacionalista a consolidar su poder en la ciudad de Cantón, a implantarse en Shanghái gracias a una inmensa huelga de boicot de mercancías británicas y, finalmente, a barrer a los señores de la guerra durante una gran «Expedición del Norte». Respaldado por Borodin, Chiang Kai-shek tomó el mando de un Kuomintang que, para Moscú, se había convertido en la fuerza que lograría «destrozar los cimientos de la dominación imperialista en Asia». Regresaba, pues, la vieja línea menchevique: en 1925, Stalin declaraba ante los estudiantes que, en los países coloniales o semicoloniales, el bloque nacionalista «podía tomar la forma de un partido único de obreros y de campesinos, del estilo del Kuomintang».[53]

52. Afirmación pronunciada durante su tercer congreso, en junio de 1932. Harold Isaacs: *La Tragédie de la Révolution chinoise. 1925-1927*, trad. francesa René Viénet, Gallimard, París, 1967, p. 97.

53. *Ibid.*, p. 129.

En Moscú se desata una lucha feroz entre los miembros del partido, donde Stalin y Bujarin (Zinóviev y Kámenev habían sido marginados) se concentran en eliminar políticamente a Trotsky y a la oposición. En esa lucha, China se vuelve un asunto fundamental: para Trotsky el Partido Comunista chino debe recuperar su independencia, a diferencia de Stalin y sus hombres que le prohíben que emprenda cualquier acción autónoma. Cuando los comunistas chinos comunican a Moscú que Chiang Kai-shek quiere desarmar a los obreros de Shanghái, Bujarin responde: «Enterrad las armas».[54]

El resultado de esta política no se hace esperar. En Shanghái, al acercarse las tropas nacionalistas de la Expedición del Norte, los obreros emprenden una huelga general a finales de febrero de 1927 y se hacen con el control de la ciudad. La consigna de los comunistas era: «¡Viva Chiang Kai-shek, apoyemos al ejército de la Expedición del Norte!».[55] Este ejército, que supuestamente debía apoyar al movimiento proletario, se detendrá a unos cuarenta kilómetros de la ciudad para que el señor de la guerra local y las bandas armadas tengan tiempo de masacrar al mayor número posible de obreros. Chiang llega a la ciudad después de tres días de matanzas. El

54. Pierre Broué: *Le Parti Bolchevique*, *op. cit.*, p. 257.

55. Harold Isaacs: *La Tragédie de la Révolution chinoise*, *op. cit.*, p. 173.

Pravda del 21 de marzo publica este titular: «Los obreros victoriosos entregan las llaves de Shanghái al ejército de Cantón. Este gesto expresa el acto heroico del proletariado de Shanghái».[56] En *L'Humanité* del día siguiente aparece este otro: «Los Rojos victoriosos entran en Shanghái». El 12 de abril, tras minuciosos preparativos, el verdugo deja caer su hacha. Los soldados de Chiang Kai-shek, los gánsteres, los policías, las fuerzas de las legaciones británica y francesa se alían para acabar con los obreros sublevados, a golpe de cañón y de ametralladora. Los muertos se cuentan por miles. En Moscú, el golpe es duro para los partidarios de la línea estaliniana, los cuales recurren a una de sus tácticas preferidas: negar la evidencia. Un portavoz de la Komintern afirma que «la traición de Chiang no era inesperada» y el propio Stalin declara que los acontecimientos «habían confirmado la pertinencia de la línea de la Komintern».[57]

Para poner fin a esta serie de desastres —bien reflejados en los libros *La condición humana* y

56. *Bibliothèque Internationale de la Gauche Communiste*: bit.ly/2Pr4hPQ (última consulta: septiembre del 2019).

57. Harold Isaacs: *La Tragédie de la Révolution chinoise*, *op. cit.*, p. 230.

Los conquistadores, de André Malraux—, los comunistas fueron zarandeados del compromiso más extremo al aventurismo más incoherente. Los dirigentes de Moscú dieron la orden de «organizar sublevaciones de obreros y de campesinos bajo la bandera de la izquierda del Kuomintang».[58] Una vez más, los comunistas chinos obedecieron dócilmente a esta directiva absurda (¿qué era eso de la «izquierda del Kuomintang»?). Se lanzaron a una sucesión de aventuras agrupadas bajo el nombre de «Cosecha de Otoño», cuyo punto culminante fue la «Comuna de Cantón». El 10 de diciembre de 1927, miles de obreros se enfrentaron a los soldados, a los policías, a los gánsteres armados y, después de haber ocupado, a pesar de todo, el centro de la ciudad, instalaron un «sóviet de delegados obreros, campesinos y soldados». Pero la masa obrera no se sumó a la iniciativa. Al día siguiente, las tropas del Kuomintang contratacaron y redujeron una por una las miserables barricadas de los insurgentes. La noche del 13 de diciembre, la ciudad estaba sumida en el terror.

> *Mucho tiempo después de la caída de los últimos focos de resistencia, las calles estaban tomadas por el estruendo de las ametralladoras y seguían sembradas*

58. *Ibid.*, p. 335.

de cadáveres [...]. «Cantón parece un infierno —telegrafió un periodista—, los cadáveres que no son recogidos son amontonados a lo largo de las carreteras».[59]

Resulta difícil entender cómo los comunistas alemanes y chinos pudieron seguir unas directivas tan incoherentes, cómo se dejaron arrastrar hacia la masacre por burócratas tan lejanos. Es cierto que no podían imaginar que, para Moscú, su destino no era más que un arma en la lucha entre Stalin y la oposición trotskista. Tanto para ellos como para los comunistas del mundo entero, el prestigio de la Rusia soviética se encontraba en su momento más álgido. Les era imposible suponer que la Komintern estuviera encabezada por unas mentes extremadamente básicas (Zinóviev) y muy mal informadas.

En la actualidad es inconcebible que una revolución victoriosa pueda dictar su ley a levantamientos de otros países. Las insurrecciones de los últimos años no siguen ningún modelo ni se convierten en modelo de nadie. Las que están por venir seguirán su propio camino con su propia temporalidad y sabrán, así lo esperamos, rectificar su recorrido en función de los eventuales fracasos.

59. *Ibid.*, p. 347.

Oklahoma

En 1927 se publica en Berlín una novela editada por Kurt Wolff, titulada *Amerika*. El autor, Franz Kafka, había fallecido tres años antes. El último capítulo de este libro inacabado lleva por título «El gran teatro de Oklahoma». Karl, el muchacho cuyas desventuras seguimos desde su desembarco en Nueva York, se enfrenta una vez más a una situación sin salida al divisar este cartel en la calle:

> *En el hipódromo de Clayton, se contratará hoy desde las seis de la mañana hasta la medianoche para el teatro de Oklahoma. ¡El gran teatro de Oklahoma os llama! ¡Y solo os llamará hoy, es la primera y última vez! ¡Quien pierda esta oportunidad la perderá para siempre! ¡Quien piense en su porvenir es de los nuestros! ¡Todo el mundo es bienvenido!*[1]

1. Franz Kafka: *L'Amérique (L'oublié)*, tomo I, Obras completas, trad. francesa Alexandre Vialatte, Gallimard, París,

Al llegar a Clayton, Karl descubre delante de la entrada del inmenso hipódromo

> *... una larga tarima con centenares de mujeres disfrazadas de ángeles, con ropas blancas y grandes alas a la espalda, [que] tocaban trompetas doradas.*

Todo está organizado para contratar a los candidatos: las secretarías se han instalado en los locales de apuestas y los gerentes ordenan las solicitudes por profesiones, marcan casillas en las listas, comprueban los papeles —Karl no tiene y, cuando le preguntan su nombre, «como no se le ocurría ninguno», dice que se llama Negro—.

«El gran teatro de Oklahoma» puede leerse como una premonición del mundo capitalista actual. Hasta pueden distribuirse los roles: tocando las trompetas doradas, *Direct Matin*[2] y France Inter;[3] distribuyendo los formularios, la oficina de empleo y la jefatura de Bobigny;[4] sirviendo la comida de bienvenida, la fundación Les Restos du Cœur[5] y el comedor de la parisina prisión de La Santé. Como dice una persona que espera en la misma cola que Karl:

> *Este teatro parece ser una buena empresa; hace falta tiempo para adaptarse, pero eso sucede en todas partes.*

Otras trompetas son entonadas con más refinamiento por filósofos, historiadores, economistas, sociólogos. No se oponen a la emancipación humana, muy al contrario, a condición de seguir siendo *realistas*. A quienes reflexionan sobre las insurrecciones por venir y se preparan para ellas, les dicen lo mismo que los maestros benevolentes a los alumnos revoltosos: soñáis, consideráis vuestros deseos realidades, sabéis que sois solamente un puñado, que «la gente» que os rodea está a mil leguas de vuestras

p. 235 [en castellano: *El desaparecido (América)*, trad. Luis Acosta, Cátedra, Madrid, 2000].

2. Diario gratuito francés de gran difusión. El 4 de diciembre del 2017 adquirió el nombre de *CNews*, como la cadena informativa del grupo Canal, que pertenece al *holding* industrial francés Bolloré. *(N. de la T.)*

3. Radio pública generalista francesa creada en 1947, que forma parte del grupo Radio France, empresa totalmente pública. *(N. de la T.)*

4. Esta jefatura se encuentra en el departamento de Seine-Saint-Denis, situado a diez kilómetros de París. En él se concentra un gran número de inmigrantes, muchos de ellos sin papeles, lo que genera una gran miseria, discriminación y guetización. *(N. de la T.)*

5. Los restaurantes del corazón. Entidad francesa fundada en 1985, que dispone de una red de alrededor de dos mil comedores sociales. *(N. de la E.)*.

ideas. Además, si os movierais, seríais aplastados. De todos modos, esa revolución, si sobreviniera algún día, ¿cómo lograría esquivar la fatalidad histórica? ¿Cómo no iba a acabar, como siempre, en un caos sangriento? Entre las actividades de estos doctos una de las principales consiste en diseccionar, al máximo detalle posible, el último avatar del capitalismo, el neoliberalismo, lo que no deja de recordar al trabajo de los anatomistas de siglos pasados que, como no podían entender el funcionamiento del cuerpo humano, se pasaban todo el tiempo describiendo minuciosamente las inserciones de los músculos y la trayectoria de los vasos sanguíneos, sin otra utilidad que la de justificar su existencia.

•

Walter Benjamin puso de relieve en sus *Tesis*[6] desesperadas de 1940 que la historia siempre se ha escrito desde el punto de vista de los vencedores, lo que no significa sin embargo que la leamos con ojos de sempiternos vencidos. Las revoluciones pasadas como repertorio de catástrofes; debemos deshacernos de una vez por todas de esa imagen

6. Una de las ediciones en castellano es Walter Benjamin: *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, ed. y trad. Bolívar Echeverría, Itaca, México DF, 2008. *(N. de la T.)*

que los termidorianos[7] intentan imponer desde hace tiempo. La formación de las fuerzas revolucionarias implica necesariamente la reapropiación de nuestro pasado.

Pero el camino está obstruido por las palabras. Los *canuts* (tejedores de seda) sublevados[8] las lucían en sus banderas, que han atravesado el tiempo como balas: «Vivir libre trabajando o morir combatiendo». En vísperas de la Jornadas de Junio, los obreros

7. El término *termidoriano* procede del mes de termidor del calendario republicano de la Revolución francesa, y más exactamente del 9 de termidor del año II (27 de julio de 1794), fecha de la caída de Robespierre y del fin del Terror. Designa a los diputados de la Convención que precipitaron su ejecución y, por ende, el fin del período en que la República francesa fue dominada por los jacobinos, dando paso al gobierno de los republicanos conservadores, llamados justamente *termidorianos*. *(N. de la T.)*

8. En el siglo XIX, la industria textil se desarrolla considerablemente en Francia. Lyon es una de las ciudades donde más fábricas se implantan, empleando sobre todo a mujeres. Las obreras de la seda trabajan alrededor de diecisiete horas al día en lugares insalubres. Las penosas condiciones de trabajo fueron la causa de que se organizaran muchos levantamientos conocidos como las revueltas de las y los *canuts*. La primera, que tuvo lugar en 1831, es considerada una de las primeras rebeliones de trabajadores. En 1834 se amotinaron por segunda vez. El tercer pronunciamiento tuvo lugar en 1848 tras la proclamación en Francia de la Segunda República. Todas las revueltas fueron violentamente reprimidas. *(N. de la T.)*

parisinos recorren las calles de París coreando: «¡O pan, o plomo! ¡O pan, o plomo!». Hoy en día ya no oímos estas palabras, pero no porque la cultura popular de la rebelión haya desaparecido, sino porque sus formas de expresión fugitivas —rap, grafitis, carteles callejeros— se hallan asfixiadas por el sonido de las trompetas. «París decide dar la palabra al pueblo para restablecer el pacto republicano, regenerar la cohesión social y liberar el futuro»,[9] escribía la alcaldesa de París Anne Hidalgo en un editorial reciente, excelente muestra del discurso pantanoso en el que se ha quedado encallada la izquierda desde Jean Jaurès.[10] Esta situación, a mi juicio, tiene su origen en la lenta e inexorable degradación de dos nociones básicas alrededor de las cuales gira todo el embrollo: república y democracia.

El culto a la República es una peculiaridad francesa asociada al recuerdo de la Revolución, con su

9. *À Paris*, n.º 53, verano/invierno del 2014-2015.

10. Jean Jaurès (1859-1914), dirigente y político francés socialista, defendía un socialismo marxista de talante humanista. Se oponía a la «dictadura del proletariado» porque consideraba que los obreros eran hijos de los movimientos revolucionarios del pasado. Cofundador del Parti Socialiste Français (1901) y fundador del periódico *L'Humanité* (1904), murió asesinado por un militante de Action Française, un movimiento político de derechas que más tarde apoyaría al general Pétain y al régimen colaboracionista de Vichy. (*N. de la T.)*

correspondiente imaginario romano. Pese a todas las distorsiones históricas, el día de su proclamación sigue siendo un excepcional momento de *felicidad política*. Estamos a 21 de septiembre de 1792, la Convención se halla reunida para celebrar su primera sesión, Jean-Marie Collot d'Herbois pide la palabra:

> *Hay una gran medida, una que es saludable, indispensable, una que no pueden dejar para mañana, que no pueden dejar para esta noche, que no pueden diferir ni un instante sin ser infieles al deseo de la nación: la abolición de la monarquía.*

El presidente quiere someter esta propuesta a votación, pero todos los miembros de la Asamblea se levantan, lanzan su sombrero al aire y, entre vítores y aplausos, proclaman unánimemente la república. La noticia de la victoria de Valmy llega a París al día siguiente. La Convención, a propuesta de Jacques-Nicolas Billaud-Varenne, decreta que, desde la víspera, todos los actos públicos serán fechados con el año I de la República y que el sello del Estado

> *...portará por tipo a una mujer, sujetando con una mano un haz de luz, y con la otra mano una pica coronada por un*

gorro de la libertad, con la inscripción: República Francesa.[11]

Si el punto de partida era ese gran entusiasmo general, ¿cómo puede ser que hoy se abuchee *La Marsellesa* en los estadios? ¿Que la Asamblea Nacional haya votado una ley, en el año 2003, creando el delito de ultraje a la bandera o al himno nacional? ¿Qué ha sucedido? Durante los doscientos diez años que separan estos acontecimientos, hemos visto cómo la República se despeñaba peldaño a peldaño por una larga y resbaladiza escalera. Bajo la Restauración, todavía existían personas dispuestas a morir por ella, como los cuatro sargentos de la Rochelle, guillotinados el 21 de septiembre de 1822 en la Place de Grève; un espectáculo que marcará para siempre a un estudiante de diecisiete años, llamado Auguste Blanqui. Más tarde, tras los violentos motines de principios de la década de 1830, el poder tolerará una oposición republicana, pero procedente de la alta sociedad: los «término medio», los republicanos burgueses (Lamartine, Ledru Rollin, Marrast, Arago, Garnier-Pagès) que, al caer el rey Luis Felipe, en febrero de 1848, se autoproclamarán como gobierno provisional y confiarán al general Cavaignac la misión de masacrar a los obreros insurgentes en junio.

11. Archivos parlamentarios, tomo 52, p. 73.

Es justo en ese momento cuando se produce *el punto de inflexión* que modificará la idea misma de república. El viejo sueño de ver a la burguesía y al pueblo, cogidos de la mano, concluyendo la obra interrumpida de la Revolución francesa, queda anegado en la sangre de los obreros. La derrota de junio, dice Marx, muestra que «la república burguesa significa el despotismo ilimitado de una clase sobre las otras clases».[12]

Instaurado durante la II República, ese despotismo ilimitado se prolongará hasta la V República provocando, desde entonces, una guerra civil constante, unas veces encubierta, otras con el empleo de la fuerza. Durante todos esos largos años, la república ha tenido tiempo suficiente para desvelar su verdadera naturaleza. Cuando un ministro del Interior anuncia hoy que «el orden republicano será garantizado», todo el mundo sabe que estas palabras significan el envío de fuerzas de seguridad republicanas al sitio en cuestión. Cuando se habla de «laicidad republicana», todo el mundo entiende que se trata de alejar el peligro que representan las muchachas con velo y sus madres. Cuando se apela a la «disciplina republicana» durante una segunda

12. Karl Marx: *Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte*, Éditions sociales, París, 1963, p. 21 [en castellano: *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, trad. Elisa Chuliá, Alianza Editorial, Madrid, 2015].

vuelta electoral, todo el mundo lo interpreta como el comienzo de despreciables chanchullos locales. En cuanto a los jóvenes franceses, hijos o nietos de argelinos, que abuchean *La Marsellesa* durante un partido entre Francia y Túnez, sencillamente muestran que no han olvidado la historia.

Por lo que respecta a la democracia, ha ido cayendo por una pendiente muy distinta. Antes de la Revolución, esta palabra solo se empleaba para referirse a la Antigüedad grecorromana. No aparece casi nunca en los textos de Saint-Just y aún menos en los de Robespierre, para quien república y democracia son nociones equivalentes:

> *¿Qué clase de gobierno puede realizar estos prodigios? Solamente el gobierno democrático, o sea republicano: estas dos palabras son sinónimos, a pesar de los equívocos del lenguaje común. […] La democracia no es un Estado en el que el pueblo —constantemente reunido— regula por sí mismo todos los asuntos públicos, y menos aún un Estado en el que cien mil facciones del pueblo, con medidas aisladas, precipitadas y contradictorias, decidirían la suerte de la sociedad entera. La democracia es un Estado en el que el pueblo soberano, guiado por leyes que son el fruto de su obra, lleva a cabo por sí mismo todo lo que está en sus manos, y por medio de delegados todo lo que no puede hacer por sí mismo.*[13]

«Hacer por nosotros mismos»,[14] dicen los zapatistas.

Entonces, nada de democracia directa, como sucedió en las secciones parisinas, y nada de entregar las llaves a los delegados, a los diputados de la Convención Nacional de los que tanto desconfía Robespierre: el pueblo lleva a cabo *por sí mismo* lo que está en sus manos. El auge, la autonomía de la noción de democracia llega más tarde. *La democracia en América* es a la vez signo y agente de esta realidad. El libro, que se publica en dos volúmenes, en 1835 y 1840, tiene poco éxito entre el público, pero su influencia sobre «las élites» es inmensa. Alexis de Tocqueville sostiene que la democracia, es decir, la igualdad de condiciones, es ineluctable pero peligrosa, ya que conduce a la centralización del poder, a la dictadura burocrática y al aburrimiento:

> *Mi mirada recorre esta innumerable multitud, compuesta de seres semejantes, en los que nada se eleva ni se rebaja. El espectáculo*

13. Maximilien Robespierre: *Sobre los principios de moral política*. Discurso pronunciado el 18 pluvioso del año II (5 de febrero de 1794) en la Convención. Disponible en: bit.ly/2kkwGsa (última consulta: septiembre del 2019).

14. En castellano en el original. *(N. de la T.)*

de esta uniformidad universal me entristece y me deja helado, y estoy tentado de echar de menos la sociedad que ya no existe.[15]

Stendhal, que muy rara vez comparte las posiciones de Tocqueville, opina no obstante lo mismo que él sobre la democracia americana, el reino de los comerciantes y del sufragio universal, ese «tirano de manos sucias».

Después del gran salto de 1848, la idea de democracia pasa del registro especulativo al conflictivo. François Guizot, que acaba de ser expulsado del poder por la revolución, escribe, en 1849, en su libro *De la democracia en Francia*:

> *Hoy el caos se oculta tras una palabra: democracia. Es la palabra soberana, universal. Todos los partidos la invocan y quieren apropiársela como un talismán […]. Idea fatídica, que plantea o fomenta incesantemente la guerra entre nosotros, ¡la guerra social!*[16]

15. Alexis de Tocqueville: *De La démocratie en Amérique*, 2.ª parte, cap. 8, Éditions Robert Laffont, París, 1986, p. 658 [en castellano: *La democracia en América*, ed. crít. y trad. Eduardo Nolla, Trotta, Madrid, 2018].

16. Véase: bit.ly/2Ht5jo2 (última consulta: septiembre del 2019).

Palabras de un conservador amargado —que no siempre había sido—: el término *lucha de clases* aparece por primera vez en uno de sus cursos en la Sorbona, en 1829; término que, según él, databa de la conquista de los francos del siglo v y que oponía a dos pueblos, el Tercer Estado de origen galorromano y una nobleza de origen franco.

Como si procediera de otro planeta, desde la prisión de Belle-Île, Blanqui se suma a esta crítica de la democracia:

> *¿Qué es un demócrata, por favor? Esta es una palabra vaga, banal, sin sentido preciso, una palabra de goma. Todo el mundo pretende ser demócrata, sobre todo los aristócratas. ¿Acaso no saben que monsieur Guizot es demócrata? Los taimados se complacen en esta ambigüedad que les conviene; sienten horror de los puntos sobre las íes. Por eso proscriben los términos* proletarios *y* burgueses. *Estos tienen un sentido claro y neto; dicen categóricamente las cosas. Esto es lo que les molesta. Se los rechaza como provocadores de guerra civil. ¿No basta esta razón para abriros los ojos? ¿Y qué estamos obligados a hacer, desde hace mucho tiempo, si no es la guerra civil? ¿Y contra quién? ¡Ah! Ahí radica precisamente la cuestión que procuran embrollar mediante la oscuridad*

de las palabras; pues se trata de impedir que las dos banderas enemigas se contrapongan frente a frente para, tras el combate, arrebatarle a la bandera victoriosa los beneficios de la victoria y permitir que los vencidos se vuelvan a encontrar, poco a poco, en la posición de los vencedores. No quieren que los dos campos adversos se llamen por su verdadero nombre: proletariado, burguesía. Sin embargo, no tienen ningún otro.[17]

Hoy la democracia es un fetiche, un objeto investido mágicamente que ocupa el sitio de aquello que es, aunque no lo queramos admitir, un lugar vacío. No queremos renunciar a la democracia porque desempeña una función primordial: consolarnos de una ausencia, la de una sociedad cuyo objetivo sería la felicidad de todos. Esta palabra de goma levanta una cortina de humo para ocultar la guerra civil que «estamos obligados a hacer, desde hace mucho tiempo», como dice la férrea voz de Blanqui. Debido a esta función mistificadora, *democracia* se ha convertido en la gran palabra contrarrevolucionaria de nuestra época.

17. Auguste Blanqui: *Lettre à Maillard*, 6 de junio de 1852, en *Maintenant, il faut des armes*, textos escogidos y presentados por Dominique Le Nuz, La Fabrique, París, 2006, p. 176.

Para poder cumplir esa función, se adapta, se utiliza de manera distinta según los lugares. En los países pobres y poco cristianos que no tienen la suerte de beneficiarse de un sistema parlamentario bien establecido (los «países picantes de pimienta y empapados» de los que habla Rimbaud en el pasaje de las *Iluminaciones* titulado precisamente «Democracia»), la palabra no va acompañada de ningún adjetivo: es *la democracia*, sin más. Así, las elecciones tunecinas de octubre del 2014 —el regreso con fuerza del benalismo sin Ben Ali— son acogidas como una victoria de la democracia, una transición democrática exitosa (una celebración que, de manera implícita pero tajante, nos recuerda que se trata de algo poco frecuente en los países árabes). Después de la insurrección victoriosa contra Blaise Compaoré, los militares toman el poder en Burkina Faso. «La opinión pública internacional» finge que le preocupa: ¿está en peligro la democracia? Pero los militares eligen a un civil como presidente provisional y se anuncian elecciones generales. «Vamos a tener una verdadera democracia», dice un miembro de la *sociedad civil* —otro concepto maleable—.[18]

En este contexto, *democracia* no designa ningún régimen preciso, basta con que se programen elecciones. Da igual que sean dentro de mucho tiempo,

18. *Agence France-Presse*, 17 de noviembre del 2014.

que se amañen o que el resultado se sepa de antemano. Tras una insurrección, el «regreso de la democracia» significa que las posiciones comerciales y estratégicas seguirán protegidas, que el mercado permanecerá abierto, que el país progresará a golpe de reformas hacia el modo de vida capitalista occidental, ideal compartido por el mundo entero. A quienes luchan contra la policía en Hong Kong con escudos de madera se les llama «estudiantes prodemocracia».

•

«Las democracias» (en plural) es una especie de metonimia que designa al conjunto de países respetables en los que la institución parlamentaria funciona desde hace tiempo. En este caso, la palabra suele ir acompañada de un calificativo porque sin él equivaldría a «democracia parlamentaria», un concepto cuya decrepitud es ya un hecho establecido —incluso en uno de los últimos números de *Débat*, revista de un honrado conservadurismo, se puede leer un artículo titulado «Comment la démocratie fait faillite» (La democracia abocada a la quiebra)—.[19] En todas partes, es cuestión de mejorarla y se habla de democracia directa, o

[19] Raffaele Simone: «Comment la démocratie fait faillite», *Débat*, n.º 182, noviembre/diciembre del 2014, pp. 14-24.

participativa —invención de una espeluznante candidata a las elecciones presidenciales del 2007—, o también digital, como la ciberdemocracia del Movimento 5 Stelle en Italia, que consigue diputados sin que sus miembros tengan otro contacto con la gente que el que permiten los *bytes*. Estos diferentes disfraces tienen un componente común: ocultar el carácter perverso de la democracia, que se afirma a la vez como frágil perfección actual y como ideal que alcanzar en un futuro indefinido. Entre ambas, se utiliza para deslegitimar cualquier ataque contra el orden existente.

Las insurrecciones que estallan por todo el mundo desde hace unos años se sofocan a menudo en la fase de gran sublevación, sin llegar a la de revolución, y una de las causas es el respeto instintivo al formalismo democrático. Para conciliar el afán de eficacia y el deseo, legítimo, de evitar a una organización de tipo militar que entrañaría el riesgo de instaurar su poder sobre el pueblo sublevado, la historia nos ofrece diversos ejemplos: la Comuna insurreccional formada en el Ayuntamiento durante la noche del 9 al 10 de agosto de 1792; el Comité Central de la Guardia Nacional constituido en el Vauxhall el 15 de marzo de 1871; el Comité Militar Revolucionario formado en el Smolny el 20 de octubre de 1917 —una veintena de hombres (de hombres y de mujeres, en las insurrecciones por venir), enviados por los diversos grupos que se preparan para la

inminente batalla—. ¿Cómo son elegidos estos desconocidos? La historia no siempre nos lo dice, pero podemos imaginárnoslo: no se convocan elecciones, no es una prioridad ni hay tiempo para ello; se envía al comité insurreccional a las personas que parecen tener más experiencia y determinación. Cuando ya ha logrado la victoria y garantizado la vida de los primeros días, el comité insurreccional *se disuelve* y cada cual vuelve a sus tareas (la Comuna de 1792 siguió existiendo después del 10 de agosto, pero como municipalidad de París). Un comité insurreccional es, pues, una especie de Cincinato[20] colectivo, un «advenimiento de seres oscuros», como dice Lissagaray, que no puede transformarse de ningún modo en gobierno provisional.

Lo que muestra la historia revolucionaria es que los momentos más felices son aquellos en los que el poder *pierde toda forma decible*. En las grandes multitudes insurrectas de París y de Petrogrado, de Berlín y de El Cairo, en las colectividades de Aragón durante el verano de 1936, nadie puede decir dónde está el poder, está diseminado entre todas las personas presentes. El deber de los revolucionarios

20. Lucio Quincio Cincinato (519 a.C.-439 a.C.). Patricio, cónsul y dictador romano. *(N. de la E.)*

es mantener la diseminación de ese momento insurreccional inicial, luchar contra toda forma de hegemonía que pudiera insinuarse en las filas vencedoras.

En el presente libro, he procurado sacar partido del período relativamente tranquilo que precede a los compromisos históricos para intentar recopilar las trampas esparcidas a lo largo de las revoluciones pasadas, así como los momentos victoriosos y esperanzadores. Y es que el instante insurreccional es poco dado a esta reflexión y podríamos lamentar entonces no habernos dedicado a ella cuando podíamos hacerlo. Vivimos una época en suspenso en la que cada cual espera el fin —y este no llega precisamente por eso, porque todo el mundo lo espera—. El fin no puede llegar por sí mismo. Si queremos que llegue ese fin liberador, tenemos que organizarnos como si ya hubiera tenido lugar. Pues «la organización no está desvinculada de la vida cotidiana, es la vida cotidiana que se despliega en la acción insurreccional».[21]

21. Raúl Zibechi: *Disperser le pouvoir*, L'Esprit Frappeur, París, 2009, p. 73 [en castellano, idioma original: *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*, Virus, Barcelona, 2007].

Bibliografía

À Paris, n.º 53, verano/invierno del 2014-2015.

BARRUCAND, Victor: *La Vie véritable du citoyen Jean Rossignol. Vainqueur de la Bastille et Général en Chef des Armées de la République dans la guerre de Vendée (1759-1802)*, Libraire Plon, París, 1896 (edición digital disponible en: bit.ly/2Ubdyu4).

BASCHET, Jérôme: *La Rébellion zapatiste*, Flammarion, París, 2019 (en castellano: *¡Rebeldía, resistencia y autonomía! La experiencia zapatista*, Ediciones EÓN, México, 2018).

BENJAMIN, Walter: *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, ed. y trad. Bolívar Echeverría, Itaca, México DF, 2008.

BLANQUI, Auguste: *Lettre à Maillard*, 6 de junio de 1852, en *Maintenant, il faut des armes*, textos escogidos y presentados por Dominique Le Nuz, La Fabrique, París, 2006.

BOLLOTEN, Burnett: *La Guerre d'Espagne*, trad. francesa Étienne Dobenesque, Agone, Marsella, 2014 (en castellano: *La Guerra Civil española. Revolución y contrarrevolución*, trad. Belén Urrutia, Alianza Editorial, Madrid, 2015).

BRENAN, Gerald: *Le Labyrinthe espagnol*, Ivrea, París, 2005 [1943] (en castellano: *El laberinto español*, trad. J. Cano Ruiz, Austral, Barcelona, 2017).

BROUÉ, Pierre: *Le Parti Bolchevique*, Éditions de Minuit, París, 1963 (en castellano: *El Partido Bolchevique*, trad. Ramón García, Ayuso, Madrid, 1974).

—*Révolution en Allemagne (1917-1923)*, Éditions de Minuit, París, 1971 (en castellano: *Revolución en Alemania*, trad. Enrique Oltra, A. Redondo Editor, Barcelona, 1973).

BROUÉ, Pierre y TÉMIME, Émile: *La Révolution et la guerre d'Espagne*, Éditions de Minuit, París, 1961 (en castellano: *La revolución y la guerra de España*, trad. Francisco González Aramburo, Fondo de Cultura Económica, México, 1977).

BÜCHNER, Georg: *Lenz, le Messager hessois, Caton d'Utique, correspondance*, trad. francesa Henri-Alexis Baatsch, Éditions Christian Bourgois, París, 1985 (en castellano: «Cartas», en *Obras Completas*, trad. Carmen Gauger, Trotta, Madrid, 1992).

CHARTIER, Roger: *Les Origines culturelles de la Révolution française,* Seuil, París, 2000 [1990] (en castellano: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, trad. Beatriz Lonné, Gedisa, Barcelona, 2003).

COLLECTIF EQUIPO JUVENIL CONFEDERAL: *La Collectivité de Calanda. 1936-1938. La révolution sociale dans un village aragonais*, Éditions CNT, París, 1997.

COLLECTIF LIEUX COMMUNS: «Le Mouvement des places en Grèce», en *Le Mouvement grec pour la démocratie directe*, Collectif Lieux Communs, septiembre del 2011 (disponible en: bit.ly/2MJiSUO).

COQUIN, François-Xavier: *1905, la Révolution russe manquée*, Éditions Complexe, París, 1985 (en castellano: *La Revolución Rusa*, Ediciones Diana, México DF, 1966).

FERRO, Marc: *La Révolution de 1917,* Albin Michel, París, 1997 [1967] (en castellano: *La revolución de 1917. La caída del zarismo y los orígenes de Octubre*, trad. Máximo Loizu, Laia, Barcelona, 1975).

FRÖLICH, Paul, LINDAU, Rudolf, SCHREINER, Albert y WALCHER, Jakob: *Révolution et contre-révolution en Allemagne. 1918-1920*, Éditions Science Marxiste, París, 2013 [1929].

FURET, François: *Le Passé d'une illusion,* Le Livre de Poche, París, 2003 [1995] (en castellano: *El pasado de una ilusión*, trad. Mónica Utrilla, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1995).

GUEVARA, Ernesto: *Souvenirs de la guerre révolutionnaire cubaine,* Mille et une Nuits, París, 2007 [1963] (en castellano: *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Txalaparta, Tafalla, 2001).

HARMAN, Chris: *The Lost Revolution. Germany 1918-1923*, Bookmarks, Londres, Chicago y Sídney, 1997 [1982].

ISAACS, Harold: *La Tragédie de la Révolution chinoise. 1925-1927*, trad. francesa René Viénet, Gallimard, París, 1967.

JIANG, Hongsheng: *La Commune de Shanghai*, La Fabrique, París, 2014.

Journal officiel de la République française sous la Commune, Victor Brunel ediciones, París, 1871.

KAFKA, Franz: *L'Amérique (L'oublié)*, tomo I, Obras completas, trad. francesa Alexandre Vialatte, Gallimard, París, (en castellano: *El desaparecido (América)*, trad. Luis Acosta, Cátedra, Madrid, 2000).

LEFRANÇAIS, Gustave: *Souvenirs d'un révolutionnaire,* La Fabrique, París, 2013 [1886].

LEVAL, Gaston: *Espagne libertaire*, Éditions Tops, Antony, 2013 (en castellano: *Colectividades libertarias en España*, Aguilera, Madrid, 1972).

LISSAGARAY, H. Prosper-Olivier: *Historia de la Comuna*, trad. Wenceslao Roces, Estela, Barcelona, 1971.

LUXEMBURG, Rosa: *Marxisme contre dictature*, Spartacus, París, 1947 [1904] (en castellano: *La crisis de la socialdemocracia*, Akal, Tres Cantos, 2017).
—*Grève de masses, Parti et syndicats* , Maspero, París, 1964 [1906] (en castellano: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, trad. José Aricó y Nora Rosenfeld, Siglo XXI, Tres Cantos, 2015).

—*La Révolution russe*, Maspero, París, 1964 [1918] (en castellano: *La Revolución rusa*, trad. Antonio López y Roberto Ramos, Página Indómita, Barcelona, 2017).

MACEDO, Heitor de: *Lettres à une jeune psychanaliste*, Stock, París, 2008.

MANDEL, Ernest: «Vanguard parties», *Bulletin in Defense of Marxism*, n.º 44, originalmente publicado en *Mid-American Review of Sociology*, vol. VIII, n.º 2, 1983 (disponible en: bit.ly/30BRxHo).

MARX, Karl: *Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte*, Éditions sociales, París, 1963 (en castellano: *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, trad. Elisa Chuliá, Alianza Editorial, Madrid, 2015).

MATHIEZ, Albert: *Les Grandes journées de la Constituante*, Éditions de la Passion, París, 1989.

MICHELET, Jules: *Histoire de la Révolution française*, Éditions Robert Laffont, tomo II, 1979 [1874], p. 443 [en castellano: *Historia de la Revolución Francesa*, trad. Vicente Blasco Ibáñez, Editora de los Amigos del Círculo del Bibliófilo, Barcelona, 1982]

MINCZELES, Henri: *Histoire générale du Bund. Un mouvement révolutionnaire juif*, Austral, París, 1995.

MORNET, Daniel: *Les Origines intellectuelles de la Révolution française,* Tallandier, París, 2010 [1933] (en castellano: *Los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa. 1715-1787*, trad. Carlos A. Fayard, Paidós, Buenos Aires, 1962).

PAZ, Abel: *Guerre d'Espagne*, Hazan, Paris, 1997.
—*La guerra de España. Paradigma de una revolución*, Flor del Viento, 2005.

PROGRAMME COMMUNISTE n.º 73: «Shanghai, avril 1927-Le bain de sang du prolétariat chinois arrose la victoire du stalinisme». *Bibliothèque Internationale de la Gauche Communiste* (disponible en: bit.ly/2Pr4hPQ).

RABINOWITCH, Alexánder: *The Bolsheviks Come to Power*, Haymarket, Chicago, 2004 [1976].

ROBESPIERRE, Maximilien: *Sobre los principios de moral política* (disponible en: bit.ly/2kkwGsa).

SALOMON, Ernst von: *Los proscritos*, Luis de Caralt Editores, Madrid, 1969.

SIMONE, Raffaele: «Comment la démocratie fait faillite», *Débat*, n.º 182, noviembre/diciembre del 2014.

TARÌ, Marcello: *Autonomie! Italie, les années 1970*, trad. francesa Étienne Dobenesque, La Fabrique, París, 2011 (en castellano: *Un comunismo más fuerte que la métropoli. La Autonomía italiana en la década de 1970*, trad. Roberto Giovanetti, Asier Merino *et al.*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2016).

TOCQUEVILLE, Alexis de: *Souvenirs*, Gallimard, París, 1999 [1850] (en castellano: *Recuerdos de la Revolución de 1848*, trad. Marcial Suárez, Trotta, Madrid, 2016).
—*De La démocratie en Amérique*, Éditions Robert Laffont, París, 1986 (en castellano: *La democracia en América*, ed. crít. y trad. Eduardo Nolla, Trotta, Madrid, 2018).

TROTSKY, Leon: *Histoire de la Révolution russe,* tomo 1 *y 2*, Seuil, París, 1995 [1930-1932] (en castellano: *Historia de la Revolución rusa*, trad. Andreu Nin y Emilio Ayllón, Capitán Swing, Madrid, 2017).

VAILLAND, Roger: *Éloge de la politique*, Le Temps des Cerises, París, 2012.

ZIBECHI, Raúl: *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*, Virus, Barcelona, 2007).

Impreso en octubre de 2019
en Romanyà Valls
La Torre de Claramunt